



Por:

Jet Witherspoon Toole

Una publicación de la
Asociación Global de Estudios Teológicos

CONTENIDO

PARTE I: De Adán a Abraham 3

PARTE II: Los Patriarcas 11

PARTE III: De Moisés a Samuel 19

PARTE IV: El Reino 45

PARTE V: El Reino Dividido 60

PARTE VI: La Dispersión y el Retorno 70

PARTE I DE ADÁN A ABRAHAM

4004 a. C. - 2000 a. C.

Génesis 1:1-12:1

La historia de la humanidad comenzó con la creación de Adán por parte de Dios, pero la mayor parte del Antiguo Testamento se centra en la historia de los israelitas, quienes más tarde fueron llamados judíos. La historia de Israel comenzó con Abraham. Como contexto para la historia de Israel, presentaremos un breve resumen de la historia de la humanidad desde Adán hasta Abraham.

Dios creó a Adán del polvo de la tierra y tomó una costilla de su costado para crear a Eva como su compañera. Colocó un árbol prohibido en el hermoso jardín que había preparado para el primer hombre y la primera mujer. Les advirtió que morirían si comían del fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

Eva cedió a la tentación de Satanás y comió del fruto, e influyó en Adán para que también lo hiciera. Con este primer acto de desobediencia, su comunión con Dios se rompió, y Dios los expulsó del Jardín del Edén, el lugar del Árbol de la Vida, a un lugar donde reinaban el pecado, el dolor, la enfermedad y la muerte. Y dado que toda la raza humana desciende de Adán y Eva, toda la humanidad ha heredado su naturaleza caída, sujeta al pecado y a su castigo de muerte (Génesis 2:16-17; 3:1-6).

A medida que la tierra se poblaba, los hombres se volvieron cada vez más malvados (Génesis 6:1-7). Dios creó a Adán a su imagen, pero después de la caída de Adán, sus descendientes nacieron a su imagen caída (Génesis 5:1-5).

En el transcurso de unos mil setecientos años, los hombres se volvieron tan malvados que Dios los destruyó con un gran diluvio. Sin embargo, un hombre y su familia hallaron gracia ante Dios. Noé construyó un arca según las instrucciones de Dios, y él, su familia y una pareja de cada especie de animales fueron salvados en el arca. Dios salvó a este predicador de la justicia (2 Pedro 2:5) para preservar la raza humana.

ABRAHÁM

Lo lógico habría sido que los descendientes de Noé hubieran continuado en la justicia, pero esto no sucedió. Unos doscientos años después del Diluvio, los hombres se volvieron tan malvados como lo habían sido antes. Pero, una vez más, hubo un hombre de fe que halló gracia ante Dios.

Abram, según su genealogía (Génesis 11:10-26), nació unos trescientos diez años después del Diluvio, y unos ciento veinte años después de que Dios dispersara a la gente cuando intentaron construir la Torre de Babel.

Dios llamó a Abram de Ur de los caldeos para que se separara de sus compatriotas (Génesis 12:1-3). Salió de Ur con su padre Taré, su esposa Saraí, su hermano Nacor y su esposa, y su sobrino Lot, cuyo padre Harán había muerto en Ur. Viajaron río arriba por el Éufrates hasta un lugar en la alta Mesopotamia que probablemente llamaron Harán en honor al hermano que había muerto en Ur. Abram permaneció en Harán con su familia hasta la muerte de su padre Taré. Entonces Dios lo llamó de nuevo para que dejara a su familia y fuera a la tierra de Canaán (Génesis 12:1-3; Hechos 7:2-4). Tenía setenta y cinco años cuando, con su esposa Saraí y su sobrino Lot, partió de Harán hacia Canaán (Génesis 12:4-6).

Mientras Abram atravesaba la tierra, el Señor se le apareció, prometiéndole que le daría toda esa tierra a su descendencia. Entonces Abram construyó un altar al Señor y lo adoró. Se trasladó a una montaña al este de Betel y construyó otro altar (Génesis 12:6-9).

Más tarde, debido a una hambruna en la tierra, fue a Egipto (Génesis 12:10-20). Saraí era muy hermosa y, por temor a que el faraón lo matara y se llevara a su esposa, la presentó como su hermana. El faraón tomó a Saraí para sí. Dios reprendió a Abram y trató con el faraón al respecto, lo que provocó que el faraón los enviara de regreso a Canaán (Génesis 12:14-20).

Algún tiempo después, fue necesario que Abram se separara de Lot (Génesis 13:5-13). Hubo discordia entre sus pastores, y Abram le dio a Lot la opción de elegir un lugar. Lot escogió las llanuras bien regadas al oeste del río Jordán; Abram permaneció en la región montañosa. Dios prometió nuevamente a Abram y a su descendencia toda la tierra de Canaán y le dijo que su descendencia sería tan numerosa como el polvo de la tierra (Génesis 13:14-18).

Después de que Lot se estableciera en Sodoma, cuatro reyes del este invadieron las llanuras del Jordán y saquearon Sodoma y Gomorra. Se llevaron a Lot y a la gente, sus bienes y alimentos, y viajaron hacia el norte, camino a Damasco.

Cuando Abram se enteró de que Lot había sido capturado, armó a sus siervos entrenados y persiguió a los reyes por el camino de Dan hasta Hobah. Rescató a Lot y a la gente y los trajo de regreso con sus bienes (Génesis 14:1-16).

Fue en esta ocasión que Melquisedec, rey de Salem (Jerusalén) y sacerdote del Dios Altísimo, trajo pan y vino y bendijo a Abram. Y Abram le pagó los diezmos (Génesis 14:17-24; Hebreos 7:1-2).

El rey de Sodoma quiso recompensar a Abram, pero él rechazó la recompensa. Solo quería la recompensa de Dios, y Dios lo recompensó con la promesa de un heredero. Hizo un pacto para dar a su descendencia toda la tierra de Canaán y describió los límites de la tierra que heredarían (Génesis 14:21-24).

La primera promesa del pacto de Dios a Abram fue que haría de él una gran nación, engrandecería su nombre y lo convertiría en una bendición. Pero lo más importante, prometió que en él serían benditas todas las familias de la tierra (Génesis 12:1-3). Abram creyó con fe sencilla todo lo que Dios prometió, y su fe le fue contada por justicia (Génesis 15:1-6).

Sin embargo, ni él ni Saraí podían comprender cómo podrían tener un hijo en su vejez. Saraí, que había sido estéril toda su vida, sugirió que Abram tomara a su criada egipcia Agar como concubina para que su hijo pudiera convertirse en hijo de Saraí. Pero su razonamiento humano no encajaba con el plan de Dios, y tras la concepción de Agar, Saraí y su criada se convirtieron en enemigas. Agar huyó de la ira de Saraí al desierto, donde Dios cuidó de ella por amor a Abram. Abram tenía ochenta y seis años cuando nació Ismael (Génesis 16:1-16).

Cuando Abram tenía noventa y nueve años, Dios se le apareció y le dijo que ya no se llamaría Abram, sino Abraham, porque sería padre de muchas naciones. El nombre Abram significa «padre excelso», pero el nombre Abraham significa «padre de una gran multitud» (Génesis 17:1-8). En ese momento, Dios le dio a Abraham la señal del pacto: la circuncisión (Génesis 17:9-14). Luego, Dios prometió que Saraí tendría un hijo y que su nombre ya no sería Saraí, sino Sara, porque sería madre de naciones.

A Abraham le costaba creer que él, a los noventa y nueve años, y Sara, a los noventa, pudieran tener un hijo. Le dijo a Dios: «¡Ojalá que Ismael viva delante de ti!» (Génesis 17:18). Dios le dijo que establecería su pacto solo con el hijo de Sara y con su descendencia. Sin embargo, prometió bendecir a Ismael y hacer de él también una nación (Génesis 17:19-22).

Después, el Señor se le apareció a Abraham en forma de tres hombres.

El Señor se apareció a Abraham como uno de tres viajeros. Abraham, con gran hospitalidad, los invitó a descansar mientras él y Sara preparaban comida. Uno de los tres resultó ser el ángel de la presencia de Dios, quien prometió nuevamente que Sara tendría un hijo. Sara, desde dentro de la tienda, lo oyó y se rió. Y Dios preguntó: "¿Hay algo imposible para el Señor? En el tiempo señalado volveré a ti, según el tiempo de la vida, y Sara tendrá un hijo" (Génesis 18:14).

Después de que los hombres (ángeles) disfrutaron de la hospitalidad de Abraham, continuaron su camino hacia Sodoma. Abraham caminó con ellos un corto trecho. Como Dios conocía a Abraham como su amigo, le reveló su propósito de destruir Sodoma. La iniquidad de Sodoma y Gomorra había llegado a su colmo. Era tiempo de juzgarlas, pero primero le daría a Abraham la oportunidad de interceder por ellas por amor a Lot. Finalmente, Dios prometió perdonar a Sodoma si se encontraban allí diez personas justas. No había diez justos en Sodoma. Sin embargo, Dios prometió salvar a Lot y a su familia (Génesis 18:16-33).

Los dos ángeles enviados para salvar a Lot se le aparecieron mientras él estaba sentado a la puerta de Sodoma. Esa noche se manifestó la maldad de la ciudad. Lot y sus visitantes se salvaron solo cuando los ángeles hirieron a los hombres con ceguera. Los yernos de Lot estaban entre los malvados.

Al amanecer, los ángeles sacaron a la fuerza a Lot, a su esposa y a sus dos hijas solteras de la ciudad. Los ángeles salvaron una pequeña ciudad de la zona para que Lot y su familia pudieran refugiarse en ella. Sin embargo, la esposa de Lot miró hacia atrás (con nostalgia por su lugar en Sodoma) y se convirtió en una columna de sal (Génesis 19:26). Jesús usó este incidente para advertir a todos sobre el juicio final de Dios contra el pecado (Lucas 17:28-37).

Abraham viajó hacia el sur y se estableció en la ciudad de Gerar. Allí, nuevamente presentó a Sara como su hermana. Abimelec, rey de Gerar, tomó a Sara con la intención de hacerla su esposa. Pero Dios intervino y salvó la situación para Abraham y Sara por segunda vez (Génesis 20:1-18). Abraham ha sido llamado "el amigo de Dios" y "el padre de los creyentes". (Véase Génesis 13:14-17; 18:17-19; Juan 15:12-15; Santiago 2:23; Romanos 4:11; Gálatas 3:6-9). Era humano y ocasionalmente cometía errores, y a veces tardaba en comprender el plan perfecto de Dios. Pero a pesar de sus errores, era un hombre de gran fe y su mayor deseo era obedecer a Dios en todo.

Me gusta pensar en la fe de Abraham como una fe a largo plazo. Vivía en tiendas, mudándose de un lugar a otro en la tierra de Canaán. El único pedazo de tierra que llegó a poseer fue un campo con una cueva, en las cercanías de Hebrón, que compró para un cementerio. Sin embargo, nunca dudó de que Dios cumpliría todo lo que había

prometido. Incluso miró más allá de la herencia prometida en la tierra de Canaán, hacia la ciudad eterna (Hebreos 11:8-10).

Abraham tenía cien años y Sara noventa cuando nació Isaac, el hijo prometido (Génesis 21:1-5). Ismael, que tenía catorce años, estaba descontento de tener otro hijo en la familia. Sara se entristeció al ver a Ismael burlándose de su hijo Isaac. Le dijo a Abraham que expulsara a Agar y a su hijo para que Ismael no pudiera ser heredero junto con su hijo Isaac. Abraham se afligió al tener que hacer esto, pero Dios le dijo que obedeciera el deseo de Sara. Dios había ordenado que la descendencia que bendeciría a todas las naciones (Gálatas 3:16) viniera a través del verdadero heredero de Abraham, Isaac (Génesis 15:4; 17:19-21; 21:12).

Isaac probablemente era un muchacho cuando Dios llamó a Abraham para que lo ofreciera en sacrificio en una montaña en la tierra de Moriah (Génesis 22:1-2). El lugar del sacrificio era el monte Moriah, el mismo que la era de Ornán, el sitio que David había preparado para el templo en Jerusalén (2 Crónicas 3:1-2). Abraham obedeció plenamente al Señor, sin dudar jamás de que Dios cumpliría todo lo que le había prometido respecto a Isaac (Hebreos 11:17-19). Ató a su hijo sobre el altar y levantó la mano con el cuchillo para quitarle la vida, pero el Señor detuvo su mano y le mostró un carnero atrapado en un matorral. Esta fue la prueba suprema de Dios a la fe obediente de Abraham. Le dijo: «Ahora sé que temes a Dios, pues no me has negado a tu hijo, tu único hijo» (Génesis 22:12).

Tras esta demostración de la fe obediente de Abraham, Dios repitió su promesa de Génesis 12:1-3 y enfatizó su certeza mediante un juramento. Dijo: «En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto has obedecido mi voz» (Génesis 22:18). La descendencia de Abraham, por medio de la cual todas las naciones son bendecidas, es el Señor Jesucristo (Gálatas 3:16). Como Dios no podía jurar por nadie superior a Él, juró por sí mismo para dar absoluta seguridad a todos los herederos de su promesa (Hebreos 6:13-18). ¡Qué bendita seguridad tenemos en estas dos cosas inmutables: la promesa de Dios y el juramento de Dios!

Sara murió a la edad de ciento veintisiete años y fue sepultada en la cueva de Macpela, que Abraham compró a Efrón el hitita (Génesis 23:1-20).

Dado que la gran nación que daría origen a Cristo debía provenir de Isaac, era de suma importancia que este no tomara esposa de entre las tribus cananeas. El linaje de Abraham debía mantenerse puro a través de las generaciones. Por ello, Abraham envió a su fiel y más confiable siervo de regreso a Harán para encontrar una esposa para Isaac.

El siervo oró pidiendo guía, y Dios lo condujo al pozo donde Rebeca iba a buscar agua. Ella era nieta de Nahor, hermano de Abraham, y de su esposa Milca. Cuando el siervo le pidió agua para beber, ella le dio de beber y también sacó agua para sus diez camellos, en respuesta a su oración (Génesis 24:10-21). Fue recibido con hospitalidad y sus camellos fueron atendidos en la casa de los padres de Rebeca. El siervo les contó su misión, cómo había orado y cómo Rebeca había respondido a su oración. La familia de Rebeca coincidió en que esa era la voluntad del Señor. Dejaron la decisión en manos de ella, y Rebeca accedió a ir con el siervo de inmediato (Génesis 24:22-61).

Isaac estaba esperando en el campo cuando regresaron a las cercanías de Beerseba. Se enamoró de esta hermosa joven, la llevó a la tienda de su madre y ella se convirtió en su esposa (Génesis 24:62-67).

Abraham murió a la edad de ciento setenta y cinco años, e Isaac e Ismael lo sepultaron en la cueva de Macpela (Génesis 25:7-11).

Repaso de la lección

Parte 1. De Adán a Abraham

1. ¿Qué período de tiempo abarca aproximadamente la historia desde Adán hasta Abraham?

2. La historia de la raza humana comenzó con la creación de Adán por parte de Dios, pero ¿de qué trata la mayor parte del Antiguo Testamento?

3. ¿De qué tierra llamó Dios a Abram?

4. ¿Qué cuatro cosas contenía la primera promesa del pacto de Dios con Abram?

5. ¿Qué significa el nombre Abram y qué significa el nombre Abraham?

6. ¿Qué edad tenían Abraham y Sara cuando nació Isaac?

7. ¿Cuál era el nombre del monte donde Abraham ofreció a Isaac, y qué se construiría posteriormente en ese lugar?

8. ¿Quién es la descendencia de Abraham a través de quien todas las naciones son bendecidas?

9. ¿A dónde envió Abraham a su siervo para encontrarle una esposa a Isaac?

10. ¿Quién se convirtió en la esposa de Isaac, y quiénes eran sus abuelos?

PARTE II:

LOS PATRIARCAS

ESAU Y JACOB

Isaac tenía cuarenta años cuando se casó con Rebeca. Tenía sesenta años cuando Rebeca dio a luz a dos hijos gemelos (Génesis 25:19-26). Esaú, por ser el primogénito, tenía derecho a heredar la primogenitura de su padre Isaac. Sin embargo, el Señor le había dicho a Rebeca que de este nacimiento nacerían dos naciones, y que el mayor serviría al menor (Génesis 25:22-23).

Cuando Esaú y Jacob llegaron a la edad adulta, la revelación de Dios a Rebeca comenzó a cumplirse. Esaú se convirtió en un hábil cazador, un hombre de campo, que se preocupaba más por el presente que por el futuro. Se decía que Jacob era un hombre sencillo que vivía en tiendas. Desarrolló fe en la promesa del pacto de Dios a su abuelo Abraham y a su padre Isaac, y anhelaba poseer la primogenitura que Esaú no valoraba.

Un día, cuando Esaú regresó del campo desfallecido de hambre, Jacob aprovechó la oportunidad y le ofreció a su hermano un guiso a cambio de su primogenitura. Esaú vendió su herencia más preciada por un plato de lentejas, lo que llevó a las Escrituras a afirmar que "despreció su primogenitura" (Génesis 25:27-34; Hebreos 12:16-17). El hijo que heredaba la primogenitura de su padre no solo heredaba una doble porción de la riqueza de su padre, sino también su posición como cabeza de familia con la responsabilidad de perpetuar el nombre y las tradiciones familiares. El hijo que heredara la primogenitura de Isaac heredaría la promesa de Dios de hacer de los descendientes de Abraham una gran nación de la cual vendría el Mesías.

Cuando Esaú tenía cuarenta años, se casó con dos mujeres hititas, lo que afligió profundamente a Isaac y Rebeca (Génesis 26:34-35). Evidentemente, Isaac no sabía que Esaú había vendido su primogenitura a Jacob. Cuando Isaac era anciano y su vista se debilitaba, decidió otorgarle a Esaú la bendición de la primogenitura. Envío a Esaú al campo a cazar para preparar un guiso para la ocasión.

Rebeca sabía que Jacob había comprado la primogenitura y que debía recibir la bendición, mediante la cual se otorgaba la primogenitura. Planeó e influyó en Jacob para que engañara a su padre. Creo que ella debió recordar lo que Dios le había dicho antes del nacimiento de Esaú y Jacob (Génesis 25:22-23). Preparó un guiso sabroso con carne de cabrito. Le puso pieles de cabra a Jacob en los brazos y el cuello y lo vistió con la ropa

de Esaú. Isaac comió el guiso que le ofreció Jacob y luego le otorgó la bendición de la primogenitura, creyendo que era Esaú.

Cuando Esaú regresó y se enteró del engaño, se entristeció y se enojó mucho. Amenazó con matar a Jacob después de la muerte de su padre. Rebeca, al enterarse de esto, le rogó a Jacob que huyera a casa de su hermano en Harán hasta que a Esaú se le pasara el enojo. Luego le pidió a Isaac que enviara a Jacob a Harán para que no se casara con una de las hijas de Het, que eran hititas (Génesis 27:1-46).

Isaac bendijo a Jacob y lo envió a casa de su tío Labán en Harán (Génesis 28:1-9). La primera noche de su viaje, Jacob durmió en un lugar solitario al norte de Jerusalén, usando una piedra como almohada. Sin embargo, este lugar se convirtió en un lugar sagrado, porque Dios lo visitó en un sueño esa noche. Vio una escalera que llegaba desde la tierra hasta el cielo, con ángeles de Dios subiendo y bajando por ella.

El Señor estaba en la cima y confirmó a Jacob el pacto que había hecho con Abraham e Isaac. Le dijo a Jacob lo mismo que les había dicho a Abraham e Isaac: que «en ti y en tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra» (Génesis 28:14). Le dijo a Jacob que lo protegería en Harán, lo traería de regreso a Canaán y cumpliría todo lo que le había prometido. Jacob despertó y dijo: «Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía» (Génesis 28:16).

Pensó: «Este debe ser la casa de Dios y la puerta del cielo», y lo llamó Betel (la casa de Dios). Erigió una columna conmemorativa con la piedra que había usado como almohada y derramó aceite sobre ella. Entonces Jacob prometió a Dios que si lo acompañaba y lo traía de regreso a la casa de su padre, serviría al Señor y le daría el diezmo de todo (Génesis 28:20-22).

Dios bendijo a Jacob en Harán y lo trajo de regreso a Canaán para cumplir su propósito en su vida. Jacob pasó veinte años en Harán, durante los cuales trabajó para su tío Labán. A cambio de siete años de trabajo, Jacob recibiría en matrimonio a Raquel, la hija menor de Labán. Pero Labán lo engañó, dándole a Lea como esposa en su lugar. Jacob sirvió entonces otros siete años por Raquel (Génesis 29:16-30).

Aunque Labán fue injusto y deshonesto con Jacob respecto a su salario, Dios prosperó a Jacob de tal manera que regresó a Canaán con una considerable riqueza (Génesis 30:43; 31:1-9).

Después de veinte años en Harán, Dios habló a Jacob en un sueño y le dijo que era hora de regresar a Canaán. Él, con sus dos esposas, once hijos, una hija y muchos siervos y rebaños, partió repentinamente sin avisar a Labán. Labán se enteró de su partida tres días después y los persiguió. Los alcanzó siete días después en el monte Galaad. Labán y

Jacob finalmente hicieron un pacto de paz y Labán regresó a su casa en Harán (Génesis 31:25-55).

Jacob envió mensajeros a Esaú, que vivía al sur del Mar Muerto, para decirle que quería hacer las paces y hallar gracia a sus ojos (Génesis 32:1-5). Pero se turbó mucho cuando los mensajeros regresaron diciendo que Esaú venía a su encuentro con cuatrocientos hombres. Clamó al Señor pidiendo ser librado de la ira de su hermano. Entonces, intentando apaciguar a su hermano, Jacob envió siervos por delante con rebaños de cabras, camellos y otros animales como regalos para Esaú (Génesis 32:13-21). También envió a todos sus siervos con todos sus rebaños, y a sus esposas e hijos, al otro lado del arroyo Jaboc, mientras él se quedaba atrás.

Entonces Dios se encontró con él en forma de ángel, con quien Jacob luchó toda la noche. El ángel le dislocó la cadera para dejarlo indefenso y fingió querer irse. Sin embargo, Jacob no lo soltó hasta que lo bendijo.

Esta era la actitud que Dios quería que tuviera, y le dio la bendición que necesitaba. «Ya no te llamarás Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has prevalecido» (Génesis 32:28). Dios lo cambió de Jacob (suplantador) a Israel (príncipe de Dios). Esto es lo que Dios hace por todos los que se rinden a Él, llenándolos con su Espíritu. El Señor debe ganar la batalla contra nuestra carne antes de que podamos tener la victoria con Él. Cuando Jacob salió por la mañana a encontrarse con Esaú con confianza, lo encontró en paz. Dios había obrado tanto en Esaú como en Jacob. Esaú quería llevar a su hermano a su casa, pero Jacob se excusó diciendo que sus rebaños y sus hijos no podían viajar tan rápido. Entonces Esaú regresó a su casa, mientras que Jacob cruzó el Jordán y se dirigió a Canaán (Génesis 33:1-17).

Los hijos de Jacob, Simeón y Leví, le causaron grandes problemas al cometer un crimen contra los hombres de Siquem. Dios le dijo que regresara a Betel y construyera un altar. Jacob se dio cuenta de que no podía regresar a Betel, la casa de Dios, hasta que purificara a su familia de la idolatría que habían traído de Harán. Hizo esto, luego regresó a Betel y construyó un altar al Señor. Dios se encontró con él y renovó sus promesas cuando Jacob renovó sus votos (Génesis 35:1-15).

Todo hijo de Dios necesita regresar con frecuencia a Betel, donde recibió por primera vez una visión de la escalera de Dios que une la tierra con el cielo. Allí conocimos a Jesús, quien vino a la tierra para morir por todos los hombres, tendiendo así un puente entre la tierra y el cielo (Juan 1:47-51). Allí necesitamos renovar nuestros votos para recibir una renovación y una nueva plenitud del Espíritu Santo. La continua presencia del Espíritu Santo es tan esencial para la vida espiritual como la respiración lo es para la vida física.

Jacob y su familia viajaron luego hacia el sur, hacia Efrata, que era Belén. En el camino, Raquel dio a luz a su segundo hijo, Benjamín. Murió durante el parto y fue sepultada cerca de Belén. Jacob erigió una columna sobre su tumba.

Jacob tenía ahora doce hijos. Algunos de ellos hicieron cosas que lo entristecieron y avergonzaron, pero en años posteriores se reformaron considerablemente.

Jacob viajó hacia el sur, a Arba, que era Hebrón, donde vivía Isaac, que tenía ciento ochenta años. Isaac murió poco después de la llegada de Jacob, y Esaú y Jacob lo sepultaron (Génesis 35:22-29).

Las doce tribus de Israel descendieron de los doce hijos de Jacob. Dios le dijo a Abraham que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas del cielo, que serían extranjeros en una tierra que no era la suya, que serían siervos y que sufrirían aflicciones.

Sin embargo, también prometió que regresarían a la tierra de Canaán en la cuarta generación. Quizás hubo dos razones por las que Israel no heredó la tierra de Canaán antes: crecieron hasta convertirse en una multitud en Egipto, donde se beneficiaron de sus experiencias y aprendizajes; y salieron de Egipto con grandes riquezas. Además, Dios no expulsaría a los amorreos antes de que la medida de su iniquidad estuviera completa (Génesis 15:3-6, 13-16).

Dado que Raquel era el primer amor de Jacob, quizás era natural que amara a su primer hijo, José, más que a sus otros hijos. Sin embargo, su favoritismo provocó que sus otros hijos sintieran celos de José y lo odiaran. Cuando José tenía diecisiete años, el Señor le dio dos sueños que indicaban claramente que en el futuro sus hermanos, su padre y su madre se inclinarían ante él. Cuando les contó estos sueños, sus hermanos se enfurecieron aún más contra él.

Más tarde, los hermanos de José fueron a Siquem para apacentar los rebaños de su padre. Jacob envió a José como mensajero para que le informara sobre su bienestar. Cuando los hermanos vieron venir a José, conspiraron para matarlo. Sin embargo, por consejo de Judá, lo vendieron a una caravana de mercaderes ismaelitas que transportaban mercancías a Egipto, quienes a su vez lo vendieron como esclavo a Potifar, capitán de la guardia del faraón.

Los hermanos de José tiñeron su túnica con la sangre de una cabra y le dijeron a su padre que la habían encontrado. Jacob guardó luto durante muchos días, pensando que José había sido devorado por animales salvajes (Génesis 37:3-36).

JOSÉ EN EGIPTO

Dios bendijo y prosperó a José en la casa de Potifar, pero la esposa de Potifar lo acusó de agredirla, lo que provocó que fuera enviado a prisión. El Señor continuó bendiciendo a José allí, dándole el favor del carcelero, quien lo nombró supervisor de todos los prisioneros (Génesis 39:1-23).

El copero y el panadero del rey habían ofendido al rey y fueron encarcelados bajo la supervisión de José. Ambos tuvieron un sueño la misma noche y estaban preocupados por su significado. José, por inspiración divina, interpretó sus sueños, los cuales se cumplieron en tres días. El copero fue restituido a su antiguo cargo, pero el panadero fue ahorcado. José le había pedido al copero que hablara con el faraón en su nombre, pero el ingrato copero se olvidó de José (Génesis 40:1-23).

Dos años después, el faraón tuvo dos sueños muy impresionantes. Llamó a todos los sabios y magos, pero ninguno pudo interpretar sus sueños. Entonces el copero se acordó de José y le contó al faraón cómo había interpretado sus sueños y los del panadero. El faraón mandó llamar inmediatamente a José, quien respondió: «No está en mí; Dios dará al faraón una respuesta de paz» (Génesis 41:16).

La interpretación de los sueños del faraón marcó el comienzo de siete años de abundancia, seguidos de siete años de hambruna devastadora. José advirtió que la hambruna pronto consumiría el excedente de los siete años de abundancia. Aconsejó al faraón que eligiera a un hombre sabio para que se encargara de almacenar todo el excedente de los siete años de abundancia para usarlo durante los años de hambruna. El faraón respondió: «¿Podemos hallar a otro como este, un hombre en quien esté el Espíritu de Dios?» (Génesis 41:38). José fue elegido para esta gigantesca tarea.

El faraón nombró a José gobernador de todo Egipto, solo superado por él mismo. José tenía treinta años cuando fue nombrado para este importantísimo cargo. José se casó con Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. Tuvieron dos hijos. El primogénito fue Manasés y el segundo, Efraín. Los descendientes de estos dos hijos se convirtieron en las dos tribus de Israel: Manasés y Efraín.

Después de los siete años de abundancia, comenzó la hambruna y muy pronto la gente clamaba al faraón por comida. Los envió a José. La hambruna azotaba todos los países vecinos, además de Egipto. Pronto, gente de todas estas regiones comenzó a acudir a José en busca de alimento (Génesis 41:53-57).

En la tierra de Canaán, Jacob y su familia comenzaron a sufrir escasez, y él envió a sus diez hijos a Egipto a comprar comida. Se negó a enviar a Benjamín, hermano de José y el menor de sus hijos, por temor a que le ocurriera alguna desgracia.

Cuando los hermanos de José llegaron ante él, se postraron con el rostro en tierra, y él recordó el sueño que había tenido en su juventud en Canaán. Los reconoció, aunque ellos no lo reconocieron a él. Deseaba darse a conocer, pero para poner a prueba su carácter, los trató con aspereza y los acusó de ser espías.

Como les hablaba a través de un intérprete, ellos no sabían que él entendía cuando se decían entre sí que aquel trato era un castigo. Los reprendió por lo que le habían hecho a José. Se apartó de ellos para que no lo vieran llorar. Finalmente, retuvo a Simeón como prisionero y permitió que los otros nueve regresaran con sus sacos llenos de grano. Exigió que regresaran con su hermano menor antes de liberar a Simeón.

Se asustaron mucho cuando encontraron que el dinero que cada uno había pagado por el grano había sido devuelto en sus sacos (Génesis 42:1-38). Jacob se negó a dejar que llevaran a Benjamín a Egipto hasta que se les acabara la comida. Pero cuando los otros hijos se negaron a ir sin él, finalmente accedió a que lo llevaran.

Cuando los hermanos de José regresaron con regalos especiales para él y el doble de dinero, él ordenó que los llevaran a su casa para cenar. Preparó un banquete para ellos y les preguntó por su padre, pero aún no se dio a conocer (Génesis 43:1-34).

Como prueba final, José ordenó que los enviaran de regreso con el dinero de cada uno en su saco y su copa de plata en el saco de Benjamín. Luego envió a su mayordomo para que los alcanzara y registrara los sacos de cada uno. Cuando encontraron la copa en el saco de Benjamín, José declaró que retendría a Benjamín como prisionero y dejaría que los demás regresaran en paz. Judá se postró ante él y le contó la historia completa del amor de su padre por el muchacho y le rogó que lo retuviera a él en lugar de Benjamín. Después de esta conmovedora escena, José ya no pudo ocultarles su identidad. Ordenó que todos los demás se fueran y lo dejaran a solas con sus hermanos, y luego les dijo que él era José.

Les rogó que no se culparan por haberlo vendido, porque Dios lo había dispuesto todo para que sus vidas fueran preservadas. Siguió una escena muy emotiva en la que José abrazó a sus hermanos y ellos lo abrazaron a él en una verdadera muestra de amor. Luego los envió de regreso a Canaán para que trajeran a su padre y a toda la familia a Egipto.

José dispuso que vivieran en la tierra de Gosén, que parece haber sido la parte más fértil de Egipto. El faraón se alegró de que la familia de José viniera a Egipto. Ordenó que enviaran carros a Canaán para trasladarlos a ellos y todas sus pertenencias a Egipto. Cuando los hermanos de José regresaron a Canaán y le contaron a su padre todo lo que había sucedido, este dijo: «¡Basta! Mi hijo José aún vive; iré a verlo antes de morir» (Génesis 45:28). Jacob, sus hijos y todas sus familias, con todos sus rebaños y posesiones,

emprendieron el viaje a Egipto. En el camino se detuvieron en Beerseba, donde Jacob ofreció sacrificios a Dios, y el Señor le habló en una visión. Le dijo: «Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y ciertamente te haré regresar» (Génesis 46:3-4).

Cuando Jacob y su familia llegaron a Egipto, fueron honrados por el faraón gracias a José. Se les concedió la mejor tierra para vivir y pastorear sus rebaños.

Jacob ya era anciano y sabía que pronto moriría. Pidió que, al morir, José lo llevara de regreso a Canaán y lo enterrara junto a sus padres. José le aseguró con un juramento que así lo haría (Génesis 47:1-12, 27-31). Jacob vivió diecisiete años en Egipto antes de morir a la edad de ciento cuarenta y siete años (Génesis 47:27-28).

Cuando Jacob enfermó, José llevó a sus dos hijos, Manasés y Efraín, a visitarlo, y Jacob bendijo a Efraín y a Manasés. Quizás debido a que José había pasado la mayor parte de su vida al servicio de Egipto, su herencia en Israel parece haber llegado a través de Efraín y Manasés. José, a través de sus hijos, se convirtió en las dos tribus de Efraín y Manasés. La tribu de Leví fue elegida por Dios como la tribu sacerdotal y no recibió una herencia de tierra como las demás tribus. Sin embargo, las dos tribus de los hijos de José completaron las doce tribus que recibieron su herencia en la tierra de Canaán (Génesis 48:1-22).

Antes de morir, Jacob bendijo a cada uno de sus doce hijos. Describió sus errores, fracasos y éxitos pasados, y profetizó sobre su futuro. Los descendientes de estos hijos se convertirían en la gran nación que Dios prometió formar a partir de Abraham. Crecieron hasta convertirse en una multitud durante sus cuatrocientos años en Egipto.

Cuando Jacob murió, José lo hizo embalsamar y todo Egipto guardó luto por él durante setenta días. Luego, una gran procesión de ancianos y funcionarios de Egipto, así como todos los miembros adultos de la familia de Jacob, lo llevaron a su sepultura en Canaán. Después de regresar del funeral, los hermanos de José temieron que ahora buscara vengarse de ellos por haberlo vendido a Egipto. Pero él calmó sus temores. Les dijo: «Ustedes pensaron hacerme daño, pero Dios lo convirtió en bien, para que sucediera lo que hoy vemos: salvar la vida de mucha gente. Así que no teman; yo los sustentaré a ustedes y a sus hijos». Y los consoló y les habló con bondad (Génesis 50:20-21).

José vivió ciento diez años y vio a sus nietos hasta la tercera generación. Antes de morir, les dijo a sus hermanos que Dios sin duda visitaría a los hijos de Israel y los haría regresar a Canaán. José les hizo jurar a sus hermanos que, cuando Israel saliera de Egipto, llevarían consigo sus huesos. Cuando José murió, lo embalsamaron y lo pusieron en un ataúd. Y cuando Moisés sacó al pueblo de Egipto, más de trescientos

años después, se llevó los huesos de José (Éxodo 13:19). Finalmente, enterraron sus huesos en Siquem, más de cincuenta años después de haber llegado a Canaán (Josué 24:32).

Repaso de la lección

Parte II. Los patriarcas

1. Define los beneficios del derecho de primogenitura.

2. ¿Qué le prometió Jacob a Dios en Betel después de la visión de la escalera?

3. ¿Qué nombre le dio Dios a Jacob después de que luchara con el ángel, y qué significa?

4. ¿Qué edad tenía José cuando sus hermanos lo vendieron como esclavo? ¿Por qué hicieron esto?

5. ¿Cuál fue la interpretación que José le dio al faraón sobre sus sueños?

6. ¿Qué le aconsejó José al faraón que hiciera para prepararse para la hambruna?

7. ¿En qué dos tribus de Israel se convirtieron los hijos de José?

8. Cuando los hermanos de José fueron a Egipto a comprar comida, ¿qué condición les impuso para que pudieran regresar por más comida?

9. ¿Cuáles fueron las palabras de Jacob cuando le dijeron que José estaba vivo en Egipto?

10. Después de que Jacob fuera enterrado en Canaán, ¿qué les dijo José a sus hermanos para consolarlos?

PARTE III: DESDE MOISÉS HASTA SAMUEL

ISRAEL BAJO LA ESCLAVITUD DE EGIPTO

Varias generaciones después de la muerte de José, los egipcios olvidaron lo que él había hecho por Egipto. El pueblo de Israel se había multiplicado rápidamente, y los egipcios temían que se rebelaran y se apoderaran de su país. Esclavizaron a los hebreos y comenzaron a oprimirlos. Finalmente, el rey ordenó que todo niño varón nacido de los hebreos (israelitas) fuera asesinado (Éxodo 1:7-22). Se encargó a las parteras hebreas que cumplieran esta orden, pero ellas temieron a Dios y pusieron excusas.

Cuando las condiciones en Egipto se volvieron casi insoportables para Israel, el plan de Dios para liberarlos comenzó a materializarse: Él designó a Moisés antes de su nacimiento como su instrumento para guiar a su pueblo fuera de Egipto.

Moisés nació de Amram y Jocabed, ambos levitas. Su madre lo escondió durante tres meses. Cuando ya no pudo esconderlo más, lo puso en una pequeña cesta de juncos, que había impermeabilizado, y lo colocó entre los juncos a la orilla del río Nilo, el lugar donde la hija del faraón solía bañarse.

Jocabed dejó a su hija Miriam cerca para que observara lo que sucedía. La hija del faraón llegó al río y vio la cesta. Cuando su criada se la trajo, el bebé lloró y conmovió su corazón. En ese momento apareció Miriam y le preguntó si quería una nodriza de entre las mujeres hebreas. Miriam llamó a su madre para que amamantara a su propio hijo. Esta amorosa madre pudo criar a su hijo en la fe de Jehová Dios y recibió un salario por ello. Cuando Moisés creció, la hija del faraón lo adoptó como hijo suyo. Fue ella quien lo llamó Moisés porque lo había sacado del agua (Éxodo 2:1-10).

Moisés fue criado y educado como hijo de la hija del faraón. Se decía que era instruido en toda la sabiduría de los egipcios y que era poderoso en palabras y obras. Pero su madre, que lo había cuidado en su infancia y que evidentemente mantuvo contacto con él después de que creció, le inculcó una verdadera fe en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Tenía una fe firme en la promesa del pacto de Dios hecha a Abraham y a su descendencia. Se le reveló a Moisés que Dios lo había llamado para liberar a su propio pueblo Israel de la esclavitud egipcia (Hechos 7:22-25). Y leemos en Hebreos 11:24-27:

Por la fe, Moisés, cuando ya era adulto, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón; prefiriendo sufrir aflicción con el pueblo de Dios, antes que gozar de los placeres temporales del pecado; considerando el oprobio de Cristo como mayores riquezas que

los tesoros de Egipto, porque tenía puesta la mirada en la recompensa. Por la fe abandonó Egipto, sin temer la ira del rey, porque se mantuvo firme como si viera al Invisible.

Cuando Moisés tenía cuarenta años, un día salió al campo y mató a un egipcio que estaba golpeando a un israelita. Quizás actuó con demasiada precipitación, tomando la situación en sus propias manos en lugar de esperar la dirección de Dios. Al día siguiente, cuando intentó reconciliar a dos israelitas, uno de ellos le preguntó si también lo mataría a él, como había hecho con el egipcio. Faraón también se enteró de que Moisés había matado a un egipcio y buscó matarlo. Entonces Moisés huyó de Egipto y se convirtió en fugitivo en la tierra de Madián. Fue acogido en la casa de Reuel (Jetro), sacerdote de Madián. Se casó con Séfora, hija de Jetro. Tuvieron dos hijos (Éxodo 18:1-5). Pasó cuarenta años en Madián cuidando las ovejas de su suegro (Éxodo 2:11-22).

LA LIBERACIÓN DE ISRAEL DE EGIPTO

Cuando Moisés sintió por primera vez el llamado a liberar a su pueblo de la esclavitud egipcia, aún no estaba preparado para esta tarea. Pero después de cuarenta años en Madián, había madurado lo suficiente, y era el momento de Dios para enviarlo de regreso a Egipto. Además, después de otros cuarenta años de dura esclavitud, el pueblo de Israel estaba más dispuesto a escucharlo (Éxodo 2:23-25).

Un día, Moisés llevó el rebaño de Jetro al otro lado del desierto y llegó al monte Horeb, el monte de Dios. Allí vio una zarza que ardía pero no se consumía. Se apartó asombrado. Entonces Dios le habló desde la zarza ardiente y le dijo que se quitara las sandalias en reverencia ante la presencia del Dios Santo. Mientras Moisés se cubría el rostro con temor, el Señor le dijo que había oído los clamores y visto la aflicción de su pueblo en Egipto y que había venido para liberarlos por medio de Moisés. Moisés se sentía completamente incapaz para esta misión que ahora parecía imposible. Pero aprendería que Dios, para quien nada es imposible, realizaría la tarea. Dios había estado preparando a Moisés durante los ochenta años de su vida como el instrumento que usaría en esta importantísima obra (Éxodo 3:1-10).

Cuando Moisés le preguntó a Dios a quién debía decir que lo había enviado, Dios reveló su identidad como «YO SOY EL QUE SOY». Los israelitas lo habían conocido solo como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, pero ahora lo conocerían como el único Dios verdadero, eterno y auto existente. El nombre de Dios, expresado como «YO SOY EL QUE SOY», ha llegado hasta nosotros en nuestra Biblia en español como JEHOVÁ o SEÑOR. E Israel lo conocería como su Señor Jehová (Éxodo 6:1-17). El rey de Egipto que había querido matar a Moisés había muerto, y Dios le dijo a Moisés que era hora de que regresara. También le dijo que le daría a Aarón, su hermano, para que hablara por él. Y Aarón lo encontró cuando regresó a Egipto con su esposa y sus dos hijos (Éxodo 4:20-28).

Moisés y Aarón fueron ante el faraón con el mensaje de Dios: «Deja ir a mi pueblo, para que me celebren una fiesta en el desierto» (Éxodo 5:1). Entonces comenzó el conflicto entre el Señor y el faraón. El Señor instruyó a Moisés sobre qué hacer y decir, Moisés se lo comunicó a Aarón, y Aarón se lo dijo al faraón. El faraón se resistió con todas sus fuerzas. Aumentó la carga de aflicción sobre el pueblo de Israel. Pero era un enemigo vencido ante el Dios Todopoderoso (Éxodo 7:1-9). El Señor, por medio de Moisés y Aarón, envió nueve plagas terribles sobre los egipcios. Pero cada vez que la plaga cesaba, el faraón endurecía su corazón y se negaba a dejar ir al pueblo (Éxodo 7:10-25; 8:1-32; 9:1-35; 10:1-29).

La décima y última plaga, que Dios había reservado para quebrar la resistencia del faraón, fue la muerte de los primogénitos en cada casa que no tuviera sangre en su puerta. Se ordenó a cada familia de Israel que matara un cordero, rociara su sangre en la puerta y asara su carne para comerla. No hubo ni una sola muerte entre los israelitas, pero un gran clamor de dolor se escuchó en cada hogar egipcio. Dios había pasado por la tierra y había matado a los primogénitos de cada familia que no tenía sangre en la puerta.

Después de esta última plaga, el faraón y todos los egipcios estaban ansiosos por que los israelitas se fueran lo antes posible. Los israelitas se habían preparado para esto y estaban listos para partir de inmediato (Éxodo 11:1-10; 12:1-41).

Dios ordenó a Israel que celebrara la Pascua en esta misma época cada año como conmemoración de su gran liberación. A partir de entonces, este sería el comienzo de su año (Éxodo 12:1-2). La Pascua fue instituida por Dios para ser tanto conmemorativa como profética (Éxodo 12:42-47). Era un recuerdo de la liberación de Dios de la desesperada condición de la esclavitud egipcia, mientras que el cordero pascual era un símbolo del Señor Jesucristo, nuestra Pascua (1 Corintios 5:7).

El Señor le dijo a Moisés que todos los primogénitos que Él había redimido de la muerte debían ser santificados (apartados) para su servicio (Éxodo 13:1-2). Desde entonces, el primogénito de cada familia pertenecía al Señor. Pero después de que se estableciera el servicio sacerdotal en el desierto, el Señor cambió a todos los primogénitos por los levitas, quienes fueron santificados para los servicios sacerdotales del Tabernáculo (Números 3:11-13, 40-48; 8:5-18).

Dios no guió al pueblo de Israel por la ruta principal entre Egipto y Canaán. Tomar esa ruta los habría involucrado en una guerra con los filisteos y habrían sentido la tentación de regresar a Egipto (Éxodo 13:17-18). En cambio, los guió con una columna de nube de día y una columna de fuego de noche a través del desierto del Mar Rojo.

Cuando el faraón se dio cuenta de que el pueblo de Israel se había marchado, endureció de nuevo su corazón. Tomó su ejército y todos los carros de Egipto y los

persiguió. Dios usó la dureza de su corazón para darle una última demostración de su poder todopoderoso y para destruir, de una vez por todas, cualquier peligro que pudiera representar para Israel.

Cuando el faraón supo la dirección que habían tomado los israelitas, pensó que quedarían atrapados junto al mar. Los alcanzó allí.

EL VIAJE DESDE EL MAR ROJO HASTA EL SINAÍ

Tras cruzar el Mar Rojo, Dios guió al pueblo durante tres días por el desierto de Shur sin encontrar agua. Luego llegaron a las aguas de Mara, pero eran amargas. El pueblo se quejó y murmuró contra Moisés. El Señor le mostró un árbol, que él arrojó al agua, y el agua se volvió potable (Éxodo 15:22-26).

Después, el Señor guió a Israel a Elim, donde encontraron doce pozos de agua y setenta palmeras. Pero después de salir de Elim y llegar al desierto de Sin, comenzaron a quejarse porque no tenían comida. El Señor hizo llover pan del cielo (maná) por las mañanas y les dio codornices por las tardes. El Señor también les dio una visión de su gloria en la nube para avergonzarlos por sus murmuraciones. Comieron maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a la frontera de Canaán (Éxodo 16:1-35).

Luego, Israel acampó en Refidim, donde no había agua para beber. De nuevo se quejaron a Moisés por haberlos sacado de Egipto para morir en el desierto. El Señor le dijo a Moisés que tomara su vara y golpeará una roca en Horeb. Él lo hizo y salió agua de la roca para toda aquella gran multitud (Éxodo 17:1-7). El Señor hizo esto no solo para suplir la necesidad del pueblo, sino para que fuera un claro símbolo del Señor Jesucristo, de quien fluye el agua de la vida (Juan 4:10-14; 7:37-39; 1 Corintios 10:1-4).

La siguiente prueba de Israel fue con el pueblo de Amalec. Amalec era nieto de Esaú (Génesis 36:12). Los descendientes de Esaú y los descendientes de Jacob tuvieron problemas durante todas sus generaciones, de los cuales este parece haber sido el comienzo. Jacob representaba al pueblo espiritual de Dios y Esaú representaba la línea carnal. El pueblo de Dios siempre ha tenido problemas con la carne (Romanos 8:1-14; 1 Corintios 3:1-3). Pero siempre habrá victoria a través del Espíritu Santo cuando seguimos completamente al Señor Jesucristo. Josué dirigió al ejército de Israel contra las fuerzas de Amalec, mientras Moisés estaba en la cima de la colina y levantaba su vara hacia el cielo. Mientras la mantenía en alto, Israel prevalecía. Pero cuando se cansaba demasiado para mantenerla levantada, Amalec prevalecía. Entonces Aarón y Hur colocaron una piedra para que Moisés se sentara, y uno a cada lado le sostenían las manos, mientras Josué derrotaba a Amalec y a su pueblo (Éxodo 17:8-13). Luego Moisés construyó un altar al Señor y lo llamó Jehová-Nisi (Jehová es mi estandarte). El Señor dijo que borraría por completo el recuerdo de Amalec (Éxodo 17:14; 1 Samuel 15:1-33). Así como el Señor

eliminó a los amalecitas, nosotros también debemos crucificar la carne si queremos caminar con el Señor (Gálatas 5:16-24).

Jetro, el suegro de Moisés, le enseñó una valiosa lección sobre organización (Éxodo 18:17-27). Después, Moisés organizó la congregación de Israel siguiendo el consejo de Jetro.

EL CAMPAMENTO DE ISRAEL EN EL MONTE SINAÍ

Tres meses después de que Israel saliera de Egipto, llegaron al desierto de Sinaí y acamparon frente al monte Sinaí. Inmediatamente, Dios comenzó a hablar con Moisés. Desde el monte, les dio instrucciones al pueblo de Israel. Quería que se convirtieran en un tesoro especial, un pueblo santo y un reino de sacerdotes (Éxodo 19:3-6). Nunca alcanzaron esta alta meta porque no les era posible ser perfeccionados solo por las leyes; la Ley simplemente señalaba el camino hacia el reino perfecto de Dios en Cristo (Romanos 3:20; 7:12-25; Hebreos 7:19; 10:1-23).

Desde el monte Sinaí, Dios le dio a Moisés la Ley para que gobernara a su pueblo. Pronunció los Diez Mandamientos con voz de trueno para que todo el pueblo los oyera (Éxodo 19:9-25; 20:1-26) en una demostración de la ira y el juicio de Dios contra el pecado. El apóstol Pablo lo contrastó con la gracia y la paz que ahora tenemos al acercarnos a Jesús, el gran Mediador de Dios en su nuevo pacto (Hebreos 12:18-29).

Dios llamó a Moisés a la montaña, a la nube de gloria de su presencia, donde le entregó dos tablas de piedra en las que había escrito su pacto de ley (Éxodo 24:12-18).

Moisés estuvo en el monte con el Señor durante cuarenta días, tiempo durante el cual recibió los planos del Tabernáculo. Dios le dio instrucciones completas para su construcción, materiales, mobiliario, servicios y su sacerdocio, con todas las ofrendas y sacrificios. Se le dijo a Moisés que pidiera al pueblo una ofrenda voluntaria de todos los materiales necesarios para la construcción del Tabernáculo y sus servicios. El Señor dijo: «Y me harán un santuario, para que yo habite entre ellos» (Éxodo 25:8). Este fue el primer propósito de Dios para el Tabernáculo: que el pueblo reconociera su presencia en medio de ellos. Pero el Tabernáculo, con su sacerdocio y sus servicios, representaba, mediante símbolos y figuras, el plan completo de salvación en Cristo y la iglesia del Nuevo Testamento.

Mientras Moisés estaba en el monte Sinaí con el Señor, el pueblo de Israel se impacientó y se volvió incrédulo. No sabían qué le había sucedido a Moisés. Le pidieron a Aarón que les hiciera dioses que los guiaran. Él les pidió sus joyas de oro y con ellas hizo un becerro de oro (el dios de los egipcios). El Señor sabía lo que estaban haciendo y

envió a Moisés a bajar del monte. Dios le dijo a Moisés que destruiría al pueblo de Israel y que de él haría una gran nación (Éxodo 32:10).

Sin embargo, Moisés intercedió por el pueblo y Dios se apiadó después de haberlos castigado por su pecado (Éxodo 32:11-35). No debemos concluir, sin embargo, que Moisés fuera más misericordioso que Dios. Dios había ordenado y preparado a Moisés para ser el mediador entre Él y un pueblo pecador. Dios lo hizo un prototipo de nuestro Señor Jesús, el gran Mediador entre Dios y los hombres pecadores (Deuteronomio 18:15, 18-19; Hechos 7:35-39; Hebreos 8:6; 12:24).

Cuando Moisés vio al pueblo bailando alrededor del becerro de oro, arrojó con ira las tablas de la Ley y estas se rompieron. Después de que Dios juzgó al pueblo por su pecado, le dijo a Moisés que tallara dos tablas de piedra como las primeras y que subiera al monte. Volvió a escribir todo lo que había escrito en las primeras tablas. Moisés pasó de nuevo cuarenta días con el Señor y cuando bajó con el pueblo, su rostro resplandecía con la gloria de Dios, de modo que no podían mirarlo. Entonces se cubrió el rostro con un velo cuando hablaba con el pueblo y se lo quitaba cuando iba a hablar con el Señor (Éxodo 34:1-35).

Cuando Moisés les dio al pueblo el mensaje de Dios acerca del Tabernáculo, se dedicaron a la obra con entusiasmo. El Señor designó a ciertas personas y les otorgó habilidades específicas para que fueran los líderes de este gran proyecto. Pero todo el pueblo trabajó y trajo materiales hasta que se les dijo que ya había demasiado (Éxodo 36:1-7). El tabernáculo temporal que Moisés había usado para albergar un altar al Señor dejó de usarse después de que este Tabernáculo fue completado e instalado (Éxodo 24:4-8; 33:7-11). Era de suma importancia que el Tabernáculo y todo lo relacionado con él se construyera exactamente como Dios lo había ordenado (Éxodo 25:40; Hebreos 8:1-5), ya que su propósito a largo plazo era prefigurar el plan de salvación de Dios en Cristo y su iglesia del Nuevo Testamento (Hebreos 9:1-28). El estudio de los símbolos y las prefiguraciones en el Tabernáculo, sus materiales, su mobiliario, el altar de bronce, la pila, los sacerdotes, sus vestiduras y sus servicios es un estudio muy importante. Muchos de estos aspectos se explican en el Libro de Hebreos.

El Tabernáculo finalmente se completó y se erigió el primer día del primer mes de su año (Éxodo 12:1-2). Era una maravilla por su construcción y su belleza interior. Era completamente portátil, y los levitas fueron instruidos y organizados para sus tareas de desmantelarlo, transportarlo y volver a armarlo. Después de que se erigió con el atrio a su alrededor y todo el mobiliario en su lugar, el Señor mismo lo dedicó. Su gloria lo llenó de tal manera que ni siquiera Moisés pudo entrar por un tiempo (Éxodo 40:16-35). A partir de entonces, Israel debía reconocer la presencia de Dios morando en el Lugar Santísimo, entre los querubines, sobre el propiciatorio.

EL LIBRO DE LEVÍTICO

En Levítico se registran todas las leyes que Dios le comunicó a Moisés para el pueblo de Israel. Sus leyes abarcaban todo lo relacionado con su adoración, su moral, su conducta en las relaciones interpersonales y sus necesidades físicas, como lo que debían y no debían comer. También incluían el día de reposo, las fiestas y todos sus sacrificios. Dios también les advirtió sobre el castigo por la desobediencia a sus leyes.

EL VIAJE DE ISRAEL DESDE EL SINAÍ A KADESH-BARNEA

Antes de que los israelitas partieran del Sinaí, donde habían estado acampados durante aproximadamente un año, Dios dio instrucciones a Moisés sobre el censo del pueblo por tribus y la organización de su campamento. El Tabernáculo debía estar siempre orientado hacia el este y situado en el centro del campamento. Las tres familias de los levitas acamparon junto al muro que rodeaba el atrio del Tabernáculo: una familia al norte, otra al oeste y otra al sur. Aarón y sus hijos, los sacerdotes, acamparon al este, justo delante de la puerta del atrio. Las demás tribus acamparon más alejadas del Tabernáculo, tres tribus a cada lado (Números 1:1-54; 2:1-34; 3:1-39).

La nube gloriosa de la presencia de Dios cubría el Tabernáculo durante el día y tenía la apariencia de fuego por la noche. Cuando la nube se elevaba, el pueblo levantaba el campamento y la seguía. Cuando la nube se detenía, armaban el Tabernáculo y plantaban sus tiendas. Cada movimiento estaba bien organizado. Los que estaban al este encabezaban la marcha cuando sonaba la trompeta, y todos los demás se unían a la fila según las instrucciones recibidas (Números 9:15-23; 10:1-10).

El día veinte del segundo mes, en el segundo año de su travesía, la nube se elevó del Tabernáculo y los guió fuera del desierto de Sinaí (Números 10:11-12). Después de tres días de viaje, el pueblo se cansó y se desanimó. Se quejaron de la comida, comparando su monotonía con la variedad de alimentos que habían comido en Egipto. Moisés casi sucumbió bajo el peso de sus quejas. El Señor le dijo que escogiera a setenta ancianos y oficiales para que estuvieran con él en el Tabernáculo y le ayudaran a sobrellevar la carga del pueblo. El Señor también prometió darles carne para comer, y envió codornices en tal abundancia que no podían con ellas. Luego los castigó con una plaga a causa de sus quejas (Números 11:1-35).

Miriam y Aarón, quizás por envidia, también hablaron en contra del liderazgo de Moisés. Parecen haberse aprovechado de su mansedumbre. El Señor habló desde la nube y les dijo que había elegido a Moisés para guiar al pueblo, y que hablaba con él cara a cara, como no lo hacía con ningún otro hombre. Castigó a Miriam con lepra. Aarón reconoció su pecado y le pidió a Moisés que orara por ellos. Dios sanó a Miriam, pero tuvo que permanecer fuera del campamento durante siete días (Números 12:1-14).

Después de que Aarón y Miriam se arrepintieran y Miriam fuera readmitida en el campamento, la nube se disipó e Israel viajó al desierto de Parán (Números 12:15-16). Cades-barnea estaba situada en la parte norte de este desierto. Desde allí, Moisés envió a doce hombres, uno de cada tribu, para que exploraran la tierra que Dios les había prometido si entraban y la conquistaban (Números 13:1-20).

Los doce recorrieron la tierra de Canaán de sur a norte y regresaron en cuarenta días. Encontraron una tierra hermosa y fértil, pero también vieron ciudades amuralladas y gigantes. Trajeron una muestra de las uvas de Escol. Sin embargo, debido a los gigantes y las ciudades amuralladas, diez de los espías dieron un informe negativo sobre la tierra. Dijeron: «A nuestros ojos éramos como langostas, y así éramos a los ojos de ellos» (Números 13:33).

Caleb y Josué quedaron impresionados por la fertilidad de la tierra, y los gigantes no les parecieron tan grandes. Creían en la palabra de Dios de que Él les daría la tierra. Caleb dijo: «Subamos enseguida y conquistémosla, porque ciertamente podremos vencerla» (Números 13:30).

La mayoría del pueblo había sido incrédulo y se había quejado en cada prueba que había enfrentado. Ahora volvían a ser incrédulos. Murmuraron contra Moisés y Aarón y quisieron elegir un capitán que los guiara de regreso a Egipto. A pesar de las súplicas de Josué y Caleb, se rebelaron (Números 14:1-10). Dios le dijo a Moisés que los destruiría y que haría de él una gran nación, pero Moisés intercedió nuevamente por el pueblo. Dios dijo que los perdonaría. Pero todos los mayores de veinte años no podrían entrar en la tierra debido a su constante rebelión y quejas. Fueron condenados a vagar por el desierto durante cuarenta años hasta que murieran. Solo Josué y Caleb, y los menores de veinte años, podrían entrar en Canaán. Entonces el pueblo se arrepintió e intentó entrar en la tierra, pero el Señor no los acompañó. Fueron derrotados estrepitosamente (Números 14:11-45).

EL VIAJE DE ISRAEL DESDE KADESH-BARNEA HASTA EL JORDÁN

Coré, bisnieto de Leví, cuestionó la autoridad de Moisés y el sumo sacerdocio de Aarón y encabezó una rebelión. Moisés reprendió a estos levitas ingratos que habían sido elegidos por Dios para servir en el Tabernáculo (Números 16:8-11). El castigo fue severo. El Señor juzgó a Coré y a sus seguidores abriendo la tierra para que los tragara; los que quemaban incienso fueron consumidos por el fuego; y más de catorce mil que simpatizaban con ellos murieron a causa de una plaga. Si Aarón no hubiera hecho expiación por ellos, muchos más habrían muerto (Números 16:12-50).

Entonces el Señor demostró al pueblo que había elegido a Aarón y a su familia para la dinastía sacerdotal haciendo que la vara de Aarón, una rama cortada de un árbol, brotara, floreciera y diera almendras, entre las varas de los príncipes de las doce tribus (Números 17:1-13). Los israelitas fueron guiados por la nube desde Cades-barnea hasta Meriba-Cades (Deuteronomio 32:51), donde murió y fue enterrada Miriam (Números 20:1). No había agua en ese lugar y el pueblo volvió a murmurar contra Moisés por haberlos sacado de Egipto. El Señor le dijo a Moisés que tomara la vara y reuniera a la congregación, junto con Aarón, y que hablara a la roca en presencia del pueblo. Moisés estaba enojado con el pueblo por sus quejas. Quizás no había escuchado con la atención debida las instrucciones de Dios. En lugar de hablar a la roca, la golpeó, como lo había hecho en el monte Horeb (Éxodo 17:1-7).

Por este acto de desobediencia, a Moisés no se le permitió entrar en Canaán. Su segundo golpe a la roca fue una infracción grave porque violó lo que Dios había previsto como un símbolo perfecto de Cristo. Cristo debía ser golpeado solo una vez por los pecados del mundo. Ahora solo necesitamos mirar hacia su muerte en la cruz y hablarle con fe para recibir el agua de vida (Hebreos 9:25-28).

Los israelitas habían estado vagando por el desierto durante muchos años desde que el Señor había condenado a la generación anterior a morir en el desierto. Moisés sintió que se acercaba el momento en que podrían entrar en Canaán desde el lado este del Jordán. Envío mensajeros al rey de Edom con la petición de que les permitiera pasar por su territorio al sur del Mar Muerto, pero el rey se negó. Entonces Israel viajó al monte Hor, a cierta distancia al sur del territorio de Edom (Números 20:14-22).

El Señor le dijo a Moisés que llevara a Aarón y a su hijo Eleazar al monte Hor, donde le quitaron las vestiduras sacerdotales a Aarón y se las pusieron a Eleazar. Aarón murió allí, en la cima de la montaña. No pudo entrar en Canaán porque había participado con Moisés cuando golpeó la roca en Meriba (Números 20:23-29).

Después de la muerte de Aarón, Israel viajó hasta el extremo norte del golfo de Aqaba, el brazo oriental del Mar Rojo, desde donde pudieron rodear el territorio de Edom y dirigirse nuevamente hacia el norte, al este de Edom.

El pueblo se cansó de nuevo en este largo y tortuoso camino y culpó a Moisés por haberlos sacado de Egipto. El Señor los castigó enviando serpientes venenosas entre ellos, y muchos murieron. El Señor le dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la pusiera en un poste para que todos los que la miraran fueran sanados (Números 21:4-9).

Este fue otro tipo muy significativo del Señor Jesucristo. Jesús dijo: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Juan 3:14-15). Jesús tomó nuestros pecados sobre sí mismo y murió como culpable de

nuestros pecados para que pudiéramos mirarlo a Él para obtener la vida eterna (2 Corintios 5:21).

Los israelitas rodearon la tierra de Edom y se dirigieron hacia el norte a través de la parte oriental de Moab, que estaba al este del Mar Muerto (Números 21:10-15). En Pisga se acercaron a la frontera de los amorreos, gobernados por Sehón. Moisés envió mensajeros para solicitar permiso para pasar por su tierra, pero Sehón se negó. En cambio, movilizó a su ejército y atacó a Israel. Sin embargo, Israel lo derrotó y tomó toda su tierra, desde la frontera de Moab hasta el arroyo Jaboc. Los israelitas tomaron sus ciudades y se establecieron en ellas (Números 21:21-32).

Luego, Moisés condujo a Israel hacia el norte, a Basán, otro territorio amorreo gobernado por Og. El rey Og también salió a luchar contra Israel, y el Señor les dio la victoria sobre su ejército. Og y sus hijos fueron muertos, y Moisés tomó posesión de toda su tierra. Esta era la región al norte del arroyo Jaboc y al este del río Jordán y del Mar de Galilea (Números 21:33-35; Deuteronomio 3:1-11). Las tribus de Rubén, Gad y la mitad de Manasés solicitaron este territorio que habían conquistado a los dos reyes amorreos como herencia. Moisés lo dividió entre ellos con la condición de que todos sus hombres de guerra cruzaran el Jordán y ayudaran a sus hermanos a conquistar el territorio al oeste del Jordán (Números 32:1-6, 16-22).

Después de las exitosas campañas de Moisés en la tierra de los amorreos, los israelitas acamparon en las llanuras del Jordán, frente a Jericó. Esto estaba justo al norte del Mar Muerto y muy cerca de la frontera de Moab. El rey de Moab, temeroso de que los israelitas...

EL CRUCE DEL JORDÁN

Moisés había nombrado a Josué como el nuevo líder de Israel, y todo el pueblo había reconocido y aceptado su autoridad, al igual que habían aceptado la autoridad de Moisés (Deuteronomio 34:9). Josué, bajo el liderazgo de Moisés, se había estado preparando para este cargo durante cuarenta años. Había demostrado ser fiel y digno durante todos los años en el desierto. Y demostró ser un líder fiel y digno de Israel hasta su muerte.

La primera tarea que el Señor le encomendó a Josué fue guiar al pueblo de Israel a través del río Jordán hacia la tierra de Canaán. El Señor lo animó con estas palabras: «Nadie podrá hacerte frente en todos los días de tu vida: como estuve con Moisés, así estaré contigo; no te fallaré ni te abandonaré» (Josué 1:5).

Josué inmediatamente comenzó los preparativos para cruzar el Jordán. Envío a dos espías a Jericó para investigar la situación allí. Obtuvieron la información que necesitaban de Rahab, quien los protegió de los oficiales del rey. Por este acto, Rahab obtuvo de los espías la promesa de salvación para ella y su familia cuando Jericó fuera destruida (Josué 2:1-23). Los espías le dijeron a Josué: «Ciertamente el Señor ha entregado en nuestras manos toda la tierra; pues todos los habitantes del país están atemorizados por nuestra causa» (Josué 2:24).

Al cabo de tres días, Josué preparó al pueblo para cruzar el Jordán, que se desbordaba en esa época de cosecha. Los sacerdotes que llevaban el Arca del Pacto abrieron el camino. Cuando pusieron los pies en la orilla del agua, el agua comenzó a retroceder. El Señor colocó una represa invisible a través del río, río arriba, a cierta distancia del lugar por donde los israelitas iban a cruzar. El agua por encima de ese punto se detuvo como un muro, y el agua por debajo fluyó hacia el Mar Muerto, dejando un lecho seco para el cruce. Los sacerdotes llevaron el Arca del Pacto hasta la mitad del río y se detuvieron en medio, después de lo cual los hombres de guerra guiaron al resto del pueblo a través del río. Se eligieron doce hombres para que tomaran una piedra del lecho del río como monumento conmemorativo al otro lado. Josué colocó doce piedras en medio del río, en el lugar donde los sacerdotes se habían detenido con el Arca.

Después de que todo el pueblo hubo cruzado, Josué ordenó a los sacerdotes que salieran del Jordán. Solo después de que los sacerdotes llegaron a la orilla occidental del río, el agua volvió a fluir y desbordó sus orillas como antes (Josué 3:1-17).

Los israelitas acamparon entre el Jordán y Jericó, donde erigieron las doce piedras que habían traído del río como monumento conmemorativo. Este monumento serviría para que las generaciones futuras recordaran y contaran a sus hijos la gran obra que Dios había realizado al hacerlos cruzar el río en tierra seca (Josué 4:19-24).

Todos los varones nacidos durante los cuarenta años en el desierto no habían sido circuncidados. Estos jóvenes eran ahora los hombres de guerra, y el Señor le dijo a Josué que los circuncidara (Josué 5:2-8). Una vez hecho esto, el Señor le dijo a Josué: «Hoy he quitado de vosotros la afrenta de Egipto» (Josué 5:9). Entonces Israel llamó Gilgal («rodar») al lugar donde habían erigido las piedras conmemorativas.

Los israelitas cruzaron el Jordán el décimo día del primer mes de su año, y solo cuatro días después, el decimocuarto día, celebraron la Pascua. Al día siguiente comenzaron a comer del grano de la tierra y el maná cesó (Josué 4:19; 5:10-12).

LOS SIETE AÑOS DE CONQUISTA DE CANAÁN

Josué, probablemente preparándose para iniciar su campaña por la posesión de la tierra de Canaán, se dirigió a las cercanías de Jericó. De repente, vio a un hombre con la espada desenvainada. Le preguntó si estaba con Israel o con sus adversarios. Cuando el hombre respondió que era el Capitán del ejército del Señor, Josué se quitó los zapatos y se postró rostro en tierra ante Él en adoración. El Señor le indicó entonces a Josué exactamente dónde empezar y qué hacer (Josué 5:13-15; 6:1-5).

Los habitantes de Canaán habían oído cómo Dios había hecho retroceder las aguas del Mar Rojo cuando sacó a Israel de Egipto cuarenta años antes. Ahora habían oído cómo las aguas del Jordán habían retrocedido para su cruce. Estaban fuera de sí de miedo (Josué 2:9-11; 5:1).

Jericó estaba bien fortificada con una sólida muralla y el pueblo se había atrincherado tras ella. El Señor le ordenó a Josué que el pueblo de Israel rodeara Jericó una vez al día durante seis días y siete veces el séptimo día. Los hombres de guerra encabezaban la procesión. Junto a los soldados, siete sacerdotes portaban siete trompetas de cuerno de carnero. Les seguían los sacerdotes que llevaban el Arca de la Alianza, seguidos por el resto del pueblo. Al séptimo día, tras haber rodeado la ciudad siete veces, los sacerdotes tocaron sus trompetas con fuerza, todo el pueblo dio un gran grito, y tal como el Señor había dicho, la muralla se derrumbó. Israel entró y tomó la ciudad (Josué 6:1-21).

Josué salvó a Rahab y a su familia, tal como habían prometido los espías, pero los soldados mataron a todos los demás e incendiaron la ciudad. Solo salvaron la plata, el oro y los utensilios de bronce y hierro, que depositaron en el tesoro de la casa del Señor (Josué 6:22-25). Josué maldijo a cualquiera que intentara reconstruir la ciudad después (Josué 6:26-27). Esta maldición fue enviada sobre Heil el Betel durante el reinado del malvado rey Acab (1 Reyes 16:33-34).

La caída de Jericó fue obra enteramente del Señor. Pero al intentar tomar Hai, una pequeña ciudad cerca de Betel, Israel confió en la cantidad de hombres más que en el poder de Dios. Los hombres enviados para evaluar la situación advirtieron que solo necesitarían dos o tres mil para tomar esta pequeña ciudad. Los tres mil enviados fueron derrotados miserablemente, no por su número, sino porque no fueron en el nombre del Señor.

Josué y el pueblo estaban muy angustiados y desanimados por la derrota. Sin embargo, cuando Josué acudió al Señor, este le dijo que había pecado en el campamento y que no podrían enfrentarse a sus enemigos hasta que la maldición fuera quitada de en medio de ellos (Josué 7:1-13).

Josué recorrió al pueblo, tribu por tribu, familia por familia, y el Señor sacó a la luz al culpable. Acán había tomado una prenda babilónica, doscientos siclos de plata y un lingote de oro de Jericó, escondiéndolos en su tienda. Fue destruido con todo lo que le pertenecía. Solo entonces Dios ayudó a Israel a tomar la ciudad de Hai. Dios les mostró una vez más que fue por su poder y no por su destreza (Josué 8:1-29).

Josué comprendió mejor la importancia de obedecer minuciosamente la palabra del Señor. Construyó un altar al Señor con piedras enteras, tal como Dios le había ordenado a Moisés (Éxodo 20:25), sobre el cual escribió una copia de la ley de Moisés. la presencia del pueblo de Israel (Josué 8:30-32). Luego leyó cuidadosamente todas las palabras de la ley de Moisés ante toda la congregación de Israel (Josué 8:34-35).

El Señor le había dicho a Moisés que enviaría su temor delante de Israel, destruyendo y expulsando a los habitantes que se encontraban ante ellos. Les ordenó que no hicieran pactos con la gente de la tierra ni entraran en ningún acuerdo con ellos; debían expulsar a las tribus paganas de la tierra para que no se corrompieran por su influencia (Éxodo 23:27-33).

La intención de Josué era obedecer todo lo que el Señor había mandado, pero los gabaonitas lo engañaron. Representaron de forma convincente la historia de que venían de un país lejano porque habían oído hablar de todo lo que el Señor había hecho en Egipto y también de la victoria que le había dado a Moisés sobre los amorreos al este del Jordán. Mostraron su pan viejo y mohoso y sus odres de vino rotos. Josué y los ancianos creyeron su historia sin consultar al Señor (Josué 9:14). Josué hizo un pacto de paz con los gabaonitas para permitirles vivir. Tres días después, se enteró de que pertenecían a la tierra y vivían cerca. Josué y los ancianos se sintieron obligados por su juramento, así que les permitieron vivir, pero los convirtieron en siervos de Israel (Josué 9:1-27).

No había unión entre las tribus nativas de la tierra; cada ciudad estaba gobernada por su propio rey. Y hasta entonces, Israel solo había luchado contra una ciudad a la vez. Sin embargo, cuando las otras ciudades oyeron hablar de las tremendas victorias sobre Jericó y Hai, y del pacto de paz con Gabaón, que era una de las ciudades más fuertes, se preocuparon mucho por su propia seguridad. Cinco de las ciudades más importantes formaron una liga para resistir la invasión de Israel. Estaba encabezada por Adoni-zedec, rey de Jerusalén, a quien se unieron los reyes de Hebrón, Jarmut, Laquis y Eglón. Estos cinco reyes consolidaron sus ejércitos y marcharon contra la ciudad de Gabaón, que se había convertido en tributaria de Israel (Josué 10:1-5).

Los hombres de Gabaón enviaron un llamado urgente de ayuda a Josué. Guiado por el Señor, Josué reunió a todo su ejército y marchó durante la noche, sorprendiendo a los ejércitos atacantes y derrotándolos.

Los israelitas los persiguieron mientras huían hacia el oeste desde Gabaón. Justo antes de que los ejércitos fugitivos llegaran a Bet-horón, el Señor hizo caer sobre ellos grandes granizos. Murieron más hombres por el granizo que por las espadas del ejército de Josué. Pero el día estaba terminando y Josué necesitaba más tiempo para completar la victoria. En presencia de los israelitas, le dijo al Señor: «Sol, detente sobre Gabaón; y tú, Luna, en el valle de Ajalón» (Josué 10:12). El Señor respondió a su oración. El sol se detuvo y la luna permaneció en su lugar durante casi un día entero, hasta que Israel hubo derrotado completamente al enemigo (Josué 10:6-15).

Los cinco reyes que habían escapado de la muerte huyeron y se escondieron en una cueva en Maqueda. Josué ordenó a sus hombres que rodaran grandes piedras sobre la entrada de la cueva y pusieran guardia. Cubrieron la entrada de la cueva para que los reyes no pudieran escapar. El ejército de Israel persiguió a los enemigos que huían y los destruyó a todos, excepto a unos pocos que escaparon a las ciudades amuralladas (Josué 10:16-20).

Entonces Josué ordenó a sus hombres que abrieran la cueva y sacaran a los cinco reyes. Los mataron y los colgaron en cinco árboles. Al atardecer, los bajaron y los arrojaron de nuevo a la cueva, cubriendo la entrada con piedras.

Después de esto, Josué y sus hombres capturaron varias ciudades de los reyes. Llegaron hasta Cades-barnea, al sur, desde donde Josué y otros once hombres habían explorado la tierra más de cuarenta años antes. Desde allí fueron a Gaza, una ciudad filisteá, y conquistaron todo el territorio desde allí hasta Gabaón (Josué 10:21-43).

Poco después de las victorias de Josué en la parte sur del país, un grupo de reyes del norte de Palestina unieron sus fuerzas y acamparon junto a las aguas de Merom, un pequeño lago en el río Jordán, al norte del Mar de Galilea. El Señor le dijo a Josué que los entregaría en sus manos al día siguiente (Josué 11:1-9).

Josué realizó una de sus características marchas rápidas por el valle del Jordán y atacó por sorpresa. Los persiguió hacia el norte hasta Sidón, hacia el oeste hasta la costa y hacia el este hasta el valle de Mizpa. Quemó sus carros y cortó los tendones de sus caballos, dejándolos inservibles, ya que Israel no usaba caballos en la guerra. Los israelitas mataron a la gente y tomaron sus ciudades y su ganado, como el Señor le había ordenado a Moisés (Josué 11:15).

Los israelitas no mataron a personas inocentes solo para apoderarse de sus tierras. Este fue el juicio de Dios sobre los habitantes de la tierra porque la medida de su iniquidad estaba colmada (Génesis 15:16).

Dios trató con Israel como su nación terrenal. Sus leyes les mostraron su voluntad para una nación santa (Éxodo 19:5-6). Pero no podían conocer la vida espiritual como podemos conocerla hoy, porque Cristo aún no había venido y su Espíritu no había sido dado. Las bendiciones y victorias terrenales que Dios le dio a Israel fueron tipos y sombras de las bendiciones y victorias espirituales que otorga a su pueblo hoy. Ahora podemos vencer aquellas cosas de nuestra naturaleza humana que se oponen a una vida santa (Gálatas 5:13-24).

Durante un período de aproximadamente siete años, en tres campañas, Josué conquistó toda la tierra, desde Cades-barnea en el sur hasta Hazor y las ciudades del extremo norte de Canaán. Su campaña central incluyó Jericó, Hai, Gabaón y toda la región montañosa de esa zona. La campaña del sur se extendió desde la región central hasta Cades-barnea en el sur y hasta Gaza en el oeste. Josué incluso exterminó a los anaceos (gigantes) de la región de Hebrón y Debir. Y la campaña del norte le aseguró a Israel todas las ciudades de la parte septentrional del país (Josué 11:10-23).

Más tarde, algunos de los israelitas volvieron a ocupar algunas de sus ciudades, e Israel nunca pudo expulsar a los filisteos que ocupaban la zona a lo largo de la costa mediterránea. La conquista de la tierra que Dios había prometido a Abraham no se completó hasta el reinado de David. Él conquistó toda la tierra que Dios había prometido a Abraham (Génesis 15:18-21), pero Israel nunca llegó a poseerla por completo.

Josué estaba envejeciendo. A pesar de sus exitosas campañas, aún quedaba mucho territorio por conquistar. El Señor le había prometido darle todo lugar que pisara (Josué 1:1-7), pero parece que se le acabó el tiempo. El Señor le dijo que repartiera la tierra por sorteo entre las nueve tribus y media, y que sería responsabilidad de ellas conquistar y poseer su herencia (Josué 13:1-7). Moisés ya había dado a las otras dos tribus y media su herencia al este del río Jordán. A la tribu de Leví no se le dio una herencia de tierra, excepto cuarenta y ocho ciudades con sus alrededores para que habitaran en ellas (Josué 14:1-5).

Caleb, de la tribu de Judá, se acercó a Josué para recordarle la promesa que Dios le había hecho en Cades-barnea (Números 14:6-12). Josué lo bendijo y le dio Hebrón, la zona donde los espías habían visto a los gigantes y las ciudades amuralladas (Josué 14:6-15). Caleb tomó Hebrón de los hijos de Anac, el gigante que había encontrado cuarenta y cinco años antes (Números 13:21-25). Su yerno tomó la ciudad vecina de Debir (Josué 15:13-17).

El reparto de tierras a la tribu de Judá se describe en Josué 15:1-12. Toda la congregación de Israel se reunió en Silo y levantó el Tabernáculo (Josué 18:1). Las tribus de Judá, Efraín y la mitad de Manasés ya habían recibido sus porciones de tierra, pero aún quedaban siete tribus por recibir su herencia. Josué les dijo: "¿Hasta cuándo seréis negligentes en ir a poseer la tierra que el Señor, el Dios de vuestros padres, os ha dado?"

(Josué 18:3). Envío a tres hombres de cada una de las siete tribus para que recorrieran la tierra, la describieran y la dividieran en siete partes. Así lo hicieron y llevaron la descripción a Josué, quien luego, por sorteo, asignó a cada una de las siete tribus su herencia (Josué 18:2-10). La tierra de Canaán, al oeste del río Jordán, fue dividida entre las nueve tribus y media de Israel alrededor del año 1170 a. C.

Después de la designación de las cuarenta y ocho ciudades para los levitas, entre las cuales seis fueron designadas como ciudades de refugio (Josué 20:1-9; 21:1-3), Josué llamó a los hombres de Rubén, Gad y la mitad de Manasés para enviarlos de regreso a su herencia al este del Jordán. Los elogió mucho por haber luchado junto a sus hermanos durante los siete años de la conquista de Canaán. Les exhortó a obedecer diligentemente todos los mandamientos del Señor y a andar en sus caminos. Luego los bendijo y los envió de regreso a sus familias y hogares (Josué 22:1-6).

Los hombres de Rubén, Gad y la mitad de Manasés partieron hacia su herencia, pero justo antes de cruzar el Jordán, construyeron un gran altar al Señor. El pueblo de Israel, al oeste del Jordán, malinterpretó su intención. Pensaron que los hombres de Rubén, Gad y la mitad de Manasés se estaban apartando del Señor para caer en la idolatría y que estaban a punto de ir a la guerra contra ellos. Entonces, estos hombres explicaron que habían construido el altar como un monumento para las generaciones futuras, para que siempre recordaran que querían ser parte de sus hermanos del lado oeste, a pesar del Jordán, que parecía ser una frontera entre ellos. Esto satisfizo al pueblo del lado oeste y el problema se resolvió (Josué 22:9-34).

Josué parece haber vivido varios años después de haber repartido la tierra entre las tribus. Antes de morir, volvió a convocar a todo Israel para que se reunieran ante él. Les recordó las grandes bendiciones y victorias que Dios les había concedido en el pasado, pero también les recordó que aún quedaba mucho territorio por conquistar. Les exhortó a ser fieles y leales al Señor y les advirtió que no se dejaran llevar por el pecado y la idolatría de las naciones que los rodeaban. Les dijo a los israelitas que el Señor expulsaría a sus enemigos si eran valientes y obedecían todas sus leyes. Les advirtió que si no cumplían las leyes de Dios y no se mantenían apartados de los paganos, la ira de Dios caería sobre ellos y perecerían rápidamente en la buena tierra que les había dado (Josué 23:1-16). Los desafió a elegir entre el Señor Dios y los dioses paganos que los rodeaban. Dijo: «Pero en cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor» (Josué 24:15). Ellos hicieron un pacto con él de que servirían al Señor, y él los dejó partir a sus hogares.

Poco después de la última reunión de Josué con todo Israel, murió a la edad de ciento diez años. Había servido al Señor fielmente durante todas las peregrinaciones por el desierto, la campaña en el este de Palestina bajo el liderazgo de Moisés, y durante todos los años de su propio liderazgo de Israel. Como resultado de su celo por la obra del Señor y su fidelidad...

EL PERIODO DE LOS JUECES

Tras la muerte de Josué, los hijos de Israel preguntaron al Señor quién debía ser el primero (o líder) en marchar contra los cananeos, y el Señor dijo que Judá debía ser el primero. Judá fue el líder, pero la tribu de Simeón se unió a ellos. Y el Señor les concedió gran éxito. Conquistaron toda la región montañosa hasta el sur, hasta Cades-barnea. Sin embargo, no pudieron expulsar a los habitantes del valle hacia el mar Mediterráneo porque estos poseían carros de hierro (Jueces 1:19). Evidentemente, los israelitas no tuvieron el valor de enfrentarse a quienes combatían con carros de guerra. Capturaron al malvado rey Adoni-bezec y le cortaron los pulgares y los dedos gordos de los pies. Él reconoció haber hecho lo mismo a setenta reyes y que este era el juicio de Dios sobre él (Jueces 1:5-7).

Las tribus de Israel nunca lograron expulsar por completo a los cananeos, amorreos y filisteos de sus territorios. Preferían que los habitantes de la tierra vivieran entre ellos a esforzarse por expulsarlos. Sin embargo, algunas de las tribus paganas se vieron obligadas a pagar tributo a Israel, pero esto no agradó al Señor. Sucedió como Él les había advertido: Israel se corrompió por los paganos y su idolatría comenzó a infiltrarse entre los israelitas. Esto atrajo la ira de Dios sobre ellos. Él permitió que las naciones vecinas los oprimieran y los saquearan (Jueces 2:11-15, 20-23).

Sin embargo, Dios, con gran amor y misericordia, nunca abandonó a los hijos de Israel. Levantó jueces que, cuando Israel clamaba al Señor, los liberaban de sus enemigos (Jueces 2:16-18). El período de los jueces fue una época en la que Israel no tuvo un líder fuerte como lo había tenido bajo Moisés y Josué, quienes les enseñaban continuamente las leyes de Dios. Israel había olvidado las leyes de Dios y cada uno hacía lo que le parecía bien (Jueces 17:6; 21:25; 2:19). Cuando los israelitas comenzaron a casarse con las tribus paganas y a adorar a sus dioses, el Señor permitió que el rey de Mesopotamia subyugara a Israel, quien le sirvió durante ocho años (Jueces 3:5-8). Entonces se acordaron del Señor y comenzaron a clamar a Él. El Señor levantó a Otniel, sobrino de Caleb, para que los liberara. El Señor inspiró a Otniel, quien fue a la guerra contra el rey de Mesopotamia y prevaleció contra él. El pueblo de Israel tuvo entonces cuarenta años de paz, hasta la muerte de Otniel (Jueces 3:5-11).

Tras la muerte de Otniel, el pueblo de Israel pronto volvió a caer en las costumbres y la religión de las naciones que los rodeaban. Esta vez, el Señor incitó al rey de Moab. Él, junto con los amonitas y los amalecitas, atacó a Israel y tomó la ciudad de las palmeras, que se cree que estaba en las cercanías de Jericó. Israel estuvo bajo el dominio del rey de Moab durante dieciocho años (Jueces 3:12-14).

De nuevo, Israel clamó al Señor en su aflicción, y Él levantó a Ehud, un benjaminita, para que los liberara. Ehud fabricó una daga de doble filo y se la ciñó bajo la túnica, en el muslo derecho. Luego llevó un presente de Israel al rey de Moab. Después de entregar el regalo, le dijo al rey que tenía un asunto secreto, y el rey despidió a todos los que estaban con él. Entonces Ehud, que era zurdo, se acercó al rey y con la mano izquierda sacó la daga y lo mató (Jueces 3:15-22). Ehud escapó y reunió a los hombres de Israel tocando una trompeta en el monte de Efraín. Tomaron los vados del Jordán y mataron a unos diez mil hombres de Moab cuando intentaban cruzar desde el lado este (Jueces 3:26-30). Moab fue sometido e Israel tuvo entonces ochenta años de paz.

Shamgar liberó a Israel de los filisteos matando a seiscientos hombres con una aguijada de buey (Jueces 3:31).

Cuando Israel volvió a hacer lo malo, el Señor los entregó en manos de Jabín, rey de Canaán, que reinaba en Hazor. Él oprimió a Israel durante veinte años. Débora, una profetisa que vivía en el monte Efraín, cerca de Betel, era jueza de Israel en aquel tiempo. Llamó a Barac de Cedes-Naftalí, cerca de Hazor, y le dijo que el Señor le había ordenado que tomara diez mil hombres de las tribus de Naftalí y Zabulón para enfrentarse a Sísara, capitán del ejército de Jabín, con sus carros y su multitud. Barac dijo que iría si Débora lo acompañaba. Ella accedió, pero le advirtió que no obtendría el honor de la victoria.

El Señor ayudó a Barac y a sus hombres a derrotar al ejército de Sísara, pero este se bajó de su carro y huyó a pie. Más tarde, cuando Barac persiguió a Sísara, descubrió que Jael, la esposa de Heber, había matado al rey pagano. Dios lo entregó en manos de una mujer (Jueces 4:9). Jabín fue sometido y el Señor ayudó a Israel a destruirlo (Jueces 4:1-24).

Después de la victoria sobre Jabín, Israel disfrutó de cuarenta años de paz. Pero gradualmente se alejaron de nuevo del Señor. Podemos preguntarnos por qué el pueblo de Israel era tan propenso a olvidar las bendiciones que el Señor les había concedido y su necesidad de depender completamente de Él. Debemos recordar que no tenían la experiencia del Espíritu Santo que podemos tener hoy. Durante este período. Dios le dio la victoria a Gedeón de tal manera que él y todo Israel supieron que fue por el poder de Dios, y no por su número ni por su destreza. Dios redujo deliberadamente el ejército de Gedeón de treinta y dos mil hombres a trescientos, para que se enfrentaran a sus enemigos, que eran innumerables como las langostas. La gran victoria que el Señor les concedió no les dejó lugar para atribuirse el mérito ni el honor (Jueces 7:1-25).

Entonces Israel quiso nombrar a Gedeón su gobernante, y a sus hijos después de él, pero él se negó y les dijo que el Señor debía gobernar sobre ellos (Jueces 8:22-23). Los madianitas fueron sometidos e Israel volvió a tener paz durante cuarenta años, durante

la vida de este poderoso juez (Jueces 8:28-32). Pero después de la muerte de Gedeón, los israelitas fallaron al Señor y volvieron a adorar a Baal (Jueces 8:33-35).

Abimelec no fue llamado por Dios para liberar a su pueblo, sino que fue un líder malvado que se autoproclamó y causó muchos problemas en Israel, y finalmente fue asesinado en Tebes, al norte de Siquem (Jueces 9:1-57).

Tola, de la tribu de Isacar, que habitaba en el monte Efraín, juzgó a Israel durante veinte años, pero no se registra nada sobre su gobierno (Jueces 10:1-2). Después de Tola, Jair, un galaadita, juzgó a Israel durante veintidós años, y tampoco se registra nada sobre su gobierno (Jueces 10:3-5).

Cuando el pueblo de Israel comenzó a adorar a todos los dioses de las naciones que los rodeaban, el Señor permitió que los filisteos los oprimieran. Los amonitas, al este del Jordán, también cruzaron el río y lucharon contra Judá, Benjamín y Efraín, causándoles gran aflicción. Entonces los israelitas confesaron al Señor que habían pecado y le rogaron que los liberara. Pero solo después de que abandonaron a sus dioses extraños y comenzaron a servir al Señor, Él tuvo misericordia de ellos (Jueces 10:6-16).

Los israelitas enviaron mensajeros a Tob y llamaron a Jefté para que los dirigiera contra los amonitas (Jueces 11:1-29). Jefté prometió al Señor que, si le daba la victoria sobre los amonitas, sacrificaría en holocausto lo primero que encontrara al regresar a casa. Obtuvo una gran victoria, pero al regresar a casa, su hija, su única hija, salió a su encuentro. Se le rompió el corazón. Sin embargo, más tarde cumplió su voto (Jueces 11:30-40). Tuvo problemas internos con los efraimitas, que estaban celosos de sus victorias. Juzgó a Israel durante seis años antes de morir (Jueces 12:1-7).

Ibzan de Belén juzgó a Israel durante siete años (Jueces 12:8-10). Elón, de la tribu de Zabulón, juzgó a Israel durante diez años (Jueces 12:11-12). Luego Abdón de Efraín juzgó a Israel durante ocho años (Jueces 12:13-15). Los veinticinco años de los reinados de estos tres jueces parecen haber sido un tiempo de paz, ya que no se menciona ningún problema.

Cuando Israel no tenía problemas que los impulsaran a buscar al Señor, volvieron a caer en los pecados y la idolatría de sus vecinos. El Señor entonces los entregó en manos de los filisteos durante cuarenta años (Jueces 13:1). El Señor prometió a Manoa y a su esposa, ambos de la tribu de Dan, un hijo a quien designó como nazareo desde su nacimiento para que liberara a Israel de la opresión de los filisteos (Jueces 13:2-23). A su debido tiempo nació Sansón. El Señor estaba con él y lo inspiraba en ocasiones a medida que crecía (Jueces 13:24-25).

Cuando Sansón se hizo joven, vio a una mujer filistea en Timnat con la que deseaba casarse. Sus padres no estaban de acuerdo con su deseo de casarse con una filistea. Pero él les dijo: «Consíganmela, porque me agrada mucho» (Jueces 14:3). El Señor había impulsado a Sansón a hacer esto para crear una oportunidad contra los filisteos, que dominaban a Israel (Jueces 14:4).

En su siguiente viaje a Timnat, un león rugió contra él en los viñedos de Timnat. El Espíritu del Señor vino con gran poder sobre él y mató al león con la misma facilidad con la que habría matado a un cabrito. Cuando regresó para casarse con la mujer, se desvió del camino para ver el cadáver del león que había matado. Descubrió que las abejas habían hecho miel en el cadáver del león. Comió de la miel y les dio un poco a su padre y a su madre, pero no les dijo dónde la había encontrado. En su banquete de bodas, les propuso una adivinanza a sus invitados, con el acuerdo de que si no la resolvían, le darían treinta túnicas y treinta mudas de ropa. Sin embargo, si la resolvían, él les daría treinta túnicas y treinta mudas de ropa. La adivinanza que les propuso fue: «Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura» (Jueces 14:14).

Como no pudieron resolver el acertijo, amenazaron a la esposa de Sansón si no conseguía la respuesta de él y se la revelaba. Temerosa, ella lloró ante Sansón hasta que él se la contó, y ella a su vez se la contó a los hombres. Al séptimo día le dijeron a Sansón: «¿Qué es más dulce que la miel? ¿Y qué es más fuerte que un león?». Y él les respondió: «Si no hubierais arado con mi novilla, no habríais descubierto mi acertijo» (Jueces 14:18).

Sansón se convirtió en el ejército unipersonal de Dios contra los filisteos. Parece que Dios usó la ira de Sansón por la forma en que los hombres habían descubierto su acertijo para asestar otro golpe a los filisteos. El Espíritu del Señor vino sobre Sansón y este fue a Ascalón, mató a treinta hombres y tomó sus despojos para dar treinta mudas de ropa a los treinta hombres que habían resuelto su acertijo. Luego, enfurecido, regresó a la casa de su padre.

El suegro de Sansón entregó a la esposa de Sansón a su compañero, quizás uno de los hombres que habían participado en la ceremonia de la boda (Jueces 14:19-20). Cuando Sansón regresó más tarde y se enteró de que su esposa había sido entregada a otro hombre, se sintió justificado para causar el mayor daño posible a los filisteos. Atrapó trescientos zorros, los ató de dos en dos por la cola y les ató antorchas encendidas entre las colas. Luego soltó las ciento cincuenta parejas en los campos de trigo, viñedos y olivares de los filisteos.

En represalia, los filisteos quemaron a la esposa de Sansón y a su familia. Él se vengó nuevamente matando a un gran número de filisteos (Jueces 15:1-8).

Entonces los filisteos fueron contra Judá, buscando a Sansón. Los hombres de Judá ataron a Sansón y lo entregaron a los filisteos para evitarse problemas con esa nación. Después de que Sansón fue entregado a los filisteos, el Espíritu del Señor vino sobre él y con facilidad rompió las cuerdas que lo ataban. Luego tomó una quijada de asno fresca y mató a mil filisteos con ella (Jueces 15:9-17). El último problema de Sansón con los filisteos fue causado por su enamoramiento de otra mujer filisteá llamada Dalila. Los príncipes de los filisteos le prometieron a esta mujer una gran recompensa si lograba que Sansón le revelara el secreto de su gran fuerza y cómo podrían someterlo.

Varias veces él la engañó. Cuando ella creía que lo había atado y llamaba a los filisteos, él rompía fácilmente sus ataduras. Ella siguió insistiendo hasta que finalmente él cedió y le confesó que era nazareo de Dios desde su nacimiento.

Sus padres habían hecho el voto de nazareo por él, lo que significaba que nunca debía cortarse el cabello, ni beber vino ni bebidas fuertes, ni comer el fruto de la vid, ni contaminarse tocando un cadáver (Números 6:2-8). Pertenecía a Dios por medio de su consagración, y Dios lo usó dándole fuerza sobrenatural contra los enemigos de su pueblo.

Sin embargo, cuando los filisteos rompieron su voto al cortarle el cabello, perdió su fuerza. Entonces le sacaron los ojos, lo ataron con cadenas de bronce y lo obligaron a moler en la cárcel de Gaza. No obstante, su cabello comenzó a crecer de nuevo (Jueces 16:1-22).

Los filisteos se reunieron para celebrar y sacrificar a su dios Dagón, pues creían que Dagón les había entregado a Sansón. Una gran multitud se congregó y la casa se llenó. Entonces mandaron traer a Sansón para que los entretuviera.

Mientras tanto, el cabello de Sansón había vuelto a crecer. Le pidió al joven que lo guiaba que lo dejara tocar las columnas que sostenían la casa. De pie entre las dos columnas principales, con un brazo alrededor de cada una, oró al Señor pidiéndole fuerza para vengarse de los filisteos por sus ojos. Dios le concedió su deseo de derribar la casa sobre la gente. Mató a más filisteos en su muerte que durante toda su vida. Sus parientes lo llevaron a casa y lo enterraron en el sepulcro de su padre Manoa. Había juzgado a Israel durante veinte años (Jueces 16:23-31).

Nos resulta difícil comprender todo lo que el pueblo hacía bajo la Ley en los tiempos del Antiguo Testamento. Dios trataba con ellos como un reino terrenal, mientras que con nosotros trata como su reino espiritual. En su Sermón del Monte, Jesús explicó la diferencia entre algunas normas del Antiguo Testamento y las normas que se exigen a su pueblo espiritual bajo la gracia (Mateo 5-7). Ellos solo tenían a Dios con ellos, mientras que nosotros lo tenemos en nosotros a través del Espíritu Santo (Colosenses 1:27).

El período de los jueces, desde la muerte de Josué hasta la época de Elí, abarcó unos trescientos años. La cronología de la narración termina con la muerte de Sansón. Los crímenes atroces y los acontecimientos registrados en los últimos cinco capítulos tuvieron lugar durante la primera parte de este período. El período de los jueces fue uno de los momentos más tristes en la historia de Israel. Quizás la principal causa de sus numerosas apostasías se revela en la declaración: «En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (Jueces 17:6). (Véase también Jueces 21:25). El Señor permitió que sus enemigos los oprimieran.

EL LIBRO DE RUT

Se cree que la historia de Rut tuvo lugar durante la primera mitad del período de los jueces. Todo el episodio parece haber sido ordenado por Dios. Está lleno de símbolos y prefiguraciones de su plan de salvación, particularmente del tipo de redención. Muestra la fe y la obediencia a las leyes de Dios de aquellos que le fueron fieles en una época sin ley. También revela mucho sobre el estilo de vida de Israel durante ese período de su historia.

Para este estudio, necesitamos repasar la ley de Dios con respecto a la herencia de tierras de Israel en Canaán. Josué dividió la tierra de Canaán entre las tribus de Israel. A cada familia se le asignó una herencia de tierra dentro de su tribu. Dios dijo que el cabeza de familia no debía vender su herencia, sino que debía transmitirse de generación en generación.

Sin embargo, previó la situación de quien se empobreciera y tuviera que vender parte o la totalidad de su herencia. Podía ser redimida en cualquier momento antes del siguiente año del Jubileo si había un pariente cercano dispuesto y capaz de comprarla de nuevo para la familia (Levítico 25:23-28).

Elimélec, su esposa Noemí y sus dos hijos, Mahlón y Quilión, tenían su herencia en Belén de Judá. Debido a una hambruna en Judá, abandonaron su hogar y se fueron a la tierra de Moab, al este del Mar Muerto. Perdieron o vendieron su herencia antes de abandonar Judá.

Elimélec murió en Moab, dejando a Noemí y a sus dos hijos. Los hijos se casaron con mujeres de Moab: uno se casó con Orfa y el otro con Rut. Luego, Mahlón y Quilión también murieron, dejando a Noemí con sus dos nueras. Cuando Noemí se enteró de que el Señor había bendecido la tierra de Judá y que las condiciones eran más prósperas allí, decidió regresar a su tierra natal.

Intentó persuadir a Rut y a Orfa para que regresaran con sus propias familias y su pueblo. Les dijo que serían extranjeras en Israel y que no podía prometerles que encontrarían maridos allí. Orfa, entre lágrimas, regresó, pero Rut dijo: «No me ruegues que te deje, ni que me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios» (Rut 1:16). Rut se había convertido a la fe de Noemí. Esto demuestra la fidelidad de Noemí a Dios, incluso en una tierra extraña.

Noemí y Rut regresaron a Belén al comienzo de la cosecha de cebada. Rut le pidió permiso a Noemí para ir a los campos a espigar donde le permitieran, para poder proveer para sí misma y para su suegra. Sucedió (sin duda por providencia divina) que fue al campo de Booz, un hombre rico y pariente de Elimélec, su difunto suegro.

Booz había oído hablar de la devoción de Rut hacia Noemí y de su admirable carácter. Cuando supo que era ella quien había espigado ese día en su campo, le habló con amabilidad y la animó a seguir espigando allí. Ordenó a los demás segadores que la trataran con bondad, y a la hora de la comida la invitó a comer con sus trabajadores.

Al finalizar la cosecha de cebada, Noemí aconsejó a Rut cómo hacerle saber a Booz que ella estaría encantada de que él redimiera la herencia de Elimélec, lo que implicaría tomarla a ella, la viuda del heredero, como esposa.

Booz estaba muy impresionado por el carácter de la joven y se alegró de poder redimir la herencia. Sin embargo, había un pariente más cercano que él, a quien primero se le debía ofrecer el derecho de redención. Este pariente rechazó la oferta, lo que dejó la redención a disposición de Booz. Él procedió de inmediato con la transacción y llamó a los hombres que se encontraban en la puerta de la ciudad (lugar donde se realizaban las transacciones legales) para que fueran testigos. Ellos presenciaron el acto y le dieron su bendición.

De esta unión nació un hijo llamado Obed. Él fue el padre de Jesé, quien a su vez fue el padre de David. Y Rut, que fue adoptada en la tribu de Judá, se convirtió en antepasada del Señor Jesucristo (Lucas 3:23-32).

La historia de Booz redimiendo la herencia perdida de Noemí es una prefiguración de la redención que el Señor Jesús realizó al recuperar la herencia perdida de la humanidad: la vida eterna. Cuando Adán pecó al desobedecer el mandato de Dios, la raza humana perdió la vida eterna. La única esperanza para que una persona recuperara la hermosa relación con Dios era a través de Cristo y la provisión de la redención. Era necesario un pariente cercano que estuviera dispuesto y fuera capaz de redimirla. El precio de la herencia de la vida eterna fue la muerte del Redentor. Solo Jesús estaba calificado para ser el Redentor porque era el único sin pecado. Todos los demás seres

humanos han pecado y solo podían pagar la pena por sus propios pecados, que es la muerte eterna. Jesús, al tomar carne humana, se convirtió en nuestro pariente cercano, y estuvo dispuesto a pagar el precio de la muerte para redimir a un mundo perdido (Hebreos 2:14-17). Como era sin pecado, pudo resucitar y otorgarnos su vida de resurrección.

SAMUEL, EL ÚLTIMO DE LOS JUECES

Elí era el sumo sacerdote en la época del nacimiento de Samuel y durante su infancia. Poco se sabe de la historia temprana de Elí; se dice que juzgó a Israel durante cuarenta años (1 Samuel 4:18). Era descendiente de Aarón y evidentemente había heredado el cargo de sumo sacerdote (1 Samuel 2:27-28). La única acusación en su contra era que no había impedido que sus hijos cometieran maldades mientras servían con él en el sacerdocio (1 Samuel 3:11-13). Esta era una acusación grave, pues los pecados de sus hijos habían provocado que el pueblo aborreciera las ofrendas del Señor (1 Samuel 2:12-17).

Ana prometió al Señor que si le daba un hijo, se lo consagraría como nazareo durante toda su vida (1 Samuel 1:11). El Señor le concedió su deseo y ella llamó a su hijo Samuel. Cuando lo destetó, lo llevó a la casa del Señor en Silo para que sirviera al Señor bajo la tutela de Elí (1 Samuel 1:20-28). Al igual que los padres de Sansón, ella había hecho el voto de nazareo para él de por vida. La mano del Señor estaba sobre Samuel de una manera muy especial. Siendo aún muy joven, el Señor lo llamó para servir a Israel como sacerdote, profeta y juez (1 Samuel 2:35; 3:20-21; 7:15). Fue el último de los quince jueces.

Israel había estado oprimido por los filisteos durante cuarenta años (Jueces 13:1). Este problema continuaba cuando Samuel se convirtió en juez. Los filisteos habían derrotado a Israel en una batalla cerca de Eben-ezer. Se sugirió que si Israel llevaba el Arca del Pacto a la batalla, seguramente el Señor les daría la victoria. Enviaron a Silo, donde estaba instalado el Tabernáculo, con el Arca reposando en el Lugar Santísimo entre los querubines. Cuando llevaron el Arca del Señor al campamento del ejército de Israel, el pueblo gritó con gran júbilo.

Los filisteos tuvieron miedo cuando oyeron que el Arca del Señor había llegado al campamento de Israel. Pero nuevamente los filisteos derrotaron a Israel. Mataron a treinta mil soldados del ejército de Israel, a los dos malvados hijos de Elí, y capturaron el Arca (1 Samuel 4:1-11).

Elí, que tenía noventa y ocho años, estaba sentado junto al camino cuando llegó un mensajero con la noticia de la captura del Arca y la muerte de sus dos hijos. Al oír la noticia, cayó de su asiento y se rompió el cuello (1 Samuel 4:12-18).

Afligida por el dolor, la esposa de Finehás, hijo de Elí, dio a luz a su hijo. Antes de morir, llamó al niño Icabod, pues dijo: «La gloria se ha apartado de Israel, porque el arca de Dios ha sido tomada» (1 Samuel 4:22).

El Arca, que contenía el Libro de la Ley, representaba la presencia de Dios para todo Israel, pues la gloria de Dios moraba sobre el propiciatorio (la cubierta de oro del Arca) entre los querubines (Deuteronomio 31:26; Levítico 16:2). Por lo tanto, la captura del Arca significó para Israel que Dios se había apartado de ellos.

Los filisteos llevaron el Arca a Asdod y la colocaron en el templo de su dios Dagón. Pronto aprenderían que representaba la gloria y el poder de Dios, pero no para su beneficio.

Cuando entraron al templo a la mañana siguiente, encontraron a Dagón caído de bruces ante el Arca de Dios. Lo volvieron a colocar en su lugar, pero al día siguiente lo encontraron de nuevo caído de bruces, con la cabeza y ambas manos cortadas. Entonces el Señor envió una plaga de tumores a la gente de Asdod. Enviaron el Arca a Gat, y el Señor envió la plaga a los hombres de Gat. Luego la enviaron a Ecrón. Pero la gente de Ecrón, atemorizada, suplicó a los príncipes de los filisteos que la devolvieran a Israel (1 Samuel 5:1-12).

Dios se negó a honrar a los malvados hijos de Elí, quienes habían llevado el Arca delante del ejército de Israel, pero cuidó de su nombre y reputación en la tierra de los filisteos. No obtuvieron ninguna victoria con su captura. Después de siete meses, se alegraron mucho de devolverla. Dios demostró aún más su poder cuando hizo que dos vacas lecheras, uncidas a una carreta nueva en la que se había colocado el Arca, abandonaran a sus terneros y regresaran directamente a Bet-semes, en Israel (1 Samuel 6:1-12).

Los hombres de Bet-semes estaban cosechando su trigo cuando vieron el Arca acercándose por el camino. La carreta se detuvo en el campo de Josué, junto a una gran piedra. Los levitas colocaron el Arca y las joyas que la acompañaban sobre la piedra. Usaron la carreta como leña y sacrificaron las vacas como holocausto al Señor. Pero más de cincuenta mil personas curiosas miraron dentro del Arca y fueron castigadas por el Señor (1 Samuel 6:13-21).

Los hombres de Quiriat-jearim llevaron el Arca a la casa de Abinadab y consagraron a su hijo Eleazar para que la cuidara. Permaneció allí veinte años (1 Samuel 7:1-2).

Durante este tiempo, Samuel se dedicó a enseñar y persuadir al pueblo de Israel para que se apartara de sus pecados, abandonara a todos sus dioses extraños y adorara solo al Señor. Les dijo que si hacían esto, el Señor los libraría de los filisteos. Convocó a todo Israel a reunirse en Mizpa, donde oró por ellos, y ellos confesaron sus pecados y adoraron al Señor (1 Samuel 7:3-6).

Los filisteos oyeron que el pueblo de Israel estaba en Mizpa y llevaron su ejército allí para atacar. Con miedo, el pueblo de Israel le pidió a Samuel que orara al Señor para que los librara. Samuel ofreció un holocausto al Señor, oró, y el Señor respondió. Le dio a Israel una gran victoria, por la cual los filisteos fueron sometidos y no volvieron a entrar en su territorio durante la vida de Samuel. Samuel juzgó fielmente a Israel durante todos los días de su vida (1 Samuel 7:7-17).

En sus últimos años, Samuel tuvo problemas con sus hijos, como le había sucedido a Elí antes que él. Nombró a sus dos hijos jueces sobre Israel en Beerseba, quizás porque ya no podía viajar como antes. Sin embargo, estos hijos eran malvados y el pueblo de Israel estaba descontento con ellos. Le pidieron a Samuel que nombrara un rey sobre Israel. El Señor le dijo a Samuel que les concediera su deseo, pero que les explicara claramente las consecuencias de su elección. Aun así, el pueblo insistió en que quería un rey como el de las demás naciones. Y Samuel comenzó a buscar al hombre adecuado (1 Samuel 8:1-22).

Repaso de la lección

Parte III, De Moisés a Samuel

1. ¿Cuándo designó Dios a Moisés como su instrumento para sacar a su pueblo de Egipto?

2. ¿Qué acontecimiento llevó a Moisés a convertirse en fugitivo en la tierra de Madián?

3. ¿Cómo se identificó Dios ante Moisés en la zarza ardiente, y cómo entendió Israel ese nombre?

4. Cuando Dios le dijo a Moisés que golpeará la roca en Horeb, ¿de qué era esto un símbolo?

5. ¿Por qué era tan importante que el tabernáculo y todo lo relacionado con él se construyera exactamente como Dios lo había ordenado?

6. ¿Cuál fue el único acto de desobediencia que impidió que Moisés y Aarón entraran en la tierra prometida, y por qué fue tan significativo?

7. Una vez que los intentos de Balac de maldecir a Israel fracasaron, ¿qué consejo le dio Balaam para debilitar a Israel?

8. La historia de Booz redimiendo la herencia perdida de Noemí, ¿de qué es un símbolo?

9. Después de que el cabello de Sansón volviera a crecer mientras molía grano en la prisión de Gaza, ¿qué se dijo sobre su tiempo como juez en Jueces 16:30?

10. ¿Qué juicio cayó sobre el sumo sacerdote Elí y sus hijos?

PARTE IV: EL REINO

SAÚL, EL PRIMER REY DE ISRAEL

Cis, de la tribu de Benjamín, envió a su hijo Saúl a buscar sus asnos. Después de que Saúl y su criado buscaran desde Benjamín hasta Efraín sin encontrarlos, el criado sugirió que fueran a ver a un hombre de Dios, un profeta de la ciudad. Siguieron las indicaciones y encontraron a Samuel.

El Señor le había dicho a Samuel que ese día le enviaría un hombre a quien debía ungir como caudillo de Israel. Samuel le dijo a Saúl que los asnos de su padre ya habían sido encontrados. Luego llevó a Saúl a un banquete que había preparado y lo honró, y a la mañana siguiente lo despidió (1 Samuel 9:1-27). Pero antes de que se marchara, lo ungió con aceite. Luego le indicó adónde debía ir y qué debía hacer.

Saúl objetó que su tribu era la más pequeña de Israel y su familia la más pequeña de su tribu. Pero Samuel le dijo que se encontraría con un grupo de profetas. Cuando se uniera a los profetas, el Espíritu del Señor vendría sobre él, profetizaría y se transformaría en un hombre diferente. Después de eso, debía ir a Gilgal, donde Samuel lo encontraría. Todo sucedió como Samuel lo había predicho (1 Samuel 10:1-13).

Samuel convocó a todo Israel en Mizpa y les transmitió el mensaje del Señor. El Señor dijo que no habían obedecido ni confiado en Él para que los librara de las manos de sus enemigos. Habían rechazado al Señor al pedir un rey, y Él les concedería su petición.

Saúl se había escondido, pero lo encontraron y la suerte recayó sobre él. Era más alto, desde los hombros hacia arriba, que cualquiera de los demás, y gritaron: «¡Viva el rey!» (1 Samuel 10:24). Luego Samuel despidió a todo el pueblo (1 Samuel 10:1-27).

Samuel había ungido a Saúl como rey de Israel. Sin embargo, Saúl no fue aclamado por todo el pueblo hasta después de su espectacular liberación de Jabes de Galaad de los amonitas. Entonces Samuel convocó a todo el pueblo en Gilgal, donde aclamaron unánimemente a Saúl como rey, después de lo cual ofrecieron sacrificios al Señor y se regocijaron (1 Samuel 11:1-15).

Entonces Samuel pronunció un discurso ante todo Israel. Los llamó a testificar contra él si no había trabajado desinteresadamente por su bienestar y su prosperidad

espiritual, desde su niñez hasta su vejez. No se encontró ninguna falta en la vida ni en el ministerio de Samuel, y el pueblo dio testimonio de su sinceridad y fidelidad (1 Samuel 12:1-5).

Luego buscó afianzarlos en la fe de sus antepasados. Los exhortó a recordar la misericordia y el amor de Dios al levantar jueces para liberarlos durante el oscuro período de sus apostasías. Enfatizó que el Señor quería ser su rey, suplicándoles que siempre le temieran y le obedecieran fielmente.

El Señor confirmó las palabras de Samuel ese día enviando truenos y lluvia. El pueblo temió, se arrepintió y le pidió a Samuel que orara por ellos. Él les aseguró la gran fidelidad de Dios (1 Samuel 12:6-22). Luego concluyó su mensaje con estas palabras: «En cuanto a mí, Dios me libre de pecar contra el Señor dejando de orar por ustedes; al contrario, les enseñaré el camino bueno y recto» (1 Samuel 12:23).

Después de la victoria de Israel sobre los filisteos en Eben-ezer, vivieron en paz durante los años restantes del reinado de Samuel como juez (1 Samuel 7:10-14). Pero después de que Saúl se convirtiera en rey, parece que los filisteos reanudaron sus ataques contra Israel. Saúl, después de reinar dos años, reunió un ejército selecto de tres mil hombres. En ese momento, los filisteos tenían una guarnición en Micmás, una en Betel y otra en Geba, todas en la parte sur del territorio de Israel. Jonatán, hijo de Saúl, dirigió a mil hombres contra la guarnición de Geba y los derrotó. Saúl dirigió a los otros dos mil hombres contra los filisteos en Micmás y en Betel.

Cuando los filisteos se enteraron de que Israel había derrotado a una de sus guarniciones, reforzaron su ejército en Micmás hasta que fueron tan numerosos como la arena de la orilla del mar (esta frase parece haberse usado para referirse a cualquier gran multitud incontable). Muchos israelitas se escondieron en cuevas, rocas y matorrales, mientras que algunos cruzaron el Jordán hacia el lado este. Saúl se encontraba en Gilgal, donde Samuel debía reunirse con él al séptimo día. Todo el pueblo que estaba con él temblaba de miedo. Saúl esperó hasta el séptimo día, pero, por temor, no esperó a Samuel. Ofreció un holocausto, pero tan pronto como lo hizo, llegó Samuel (1 Samuel 13:1-10).

Samuel era el sumo sacerdote. Según la ley de Dios, el sumo sacerdote siempre estaba por encima de los reyes y gobernantes de Israel. Solo los sacerdotes estaban autorizados para ofrecer sacrificios y holocaustos al Señor (Levítico 16:7-8; Números 16:40; 2 Crónicas 26:16-21). Samuel reprendió a Saúl y le transmitió el mensaje de juicio de Dios. Si hubiera obedecido la ley de Dios, la dinastía de los reyes de Israel habría continuado en su familia, pero ahora él sería el único rey de su linaje. El Señor ya había encontrado un hombre conforme a su corazón, en cuya familia continuaría la dinastía

de los reyes de Israel (1 Samuel 13:11-15). Sin duda, fue por voluntad del Señor que los filisteos no atacaron a Israel en ese momento.

Jonatán, hijo de Saúl, tenía gran fe en Dios y probablemente fue impulsado por el Señor a tomar a su escudero y realizar un ataque sorpresa contra un puesto de guardia de la guarnición filistea. Los dos mataron a unos veinte hombres. La conmoción y la sorpresa del ataque provocaron el pánico en toda la guarnición. Entonces la tierra tembló y toda la guarnición huyó, atropellándose unos a otros. Saúl y su compañía fueron entonces a la batalla, y los que estaban escondidos salieron y persiguieron a los filisteos (1 Samuel 14:1-23). La victoria de ese día fue del Señor e Israel fue salvado. Saúl libró muchas batallas contra los enemigos de Israel y guerreó contra los filisteos todos los días de su vida (1 Samuel 14:52).

El Señor envió a Samuel a Saúl con el mandamiento de atacar a los amalecitas y destruir a todos sus habitantes, así como a todo su ganado y rebaños. Saúl no debía dejar absolutamente nada con vida. Saúl reunió un ejército de doscientos diez mil hombres. Mataron a toda la gente, pero trajeron al rey Agag con vida. Destruyeron el ganado y las ovejas débiles y de menor valor, pero salvaron a los mejores.

Entonces el Señor envió a Samuel con otro mensaje para Saúl. Saúl le dijo a Samuel que había cumplido el mandamiento del Señor. Pero Samuel preguntó qué significaba el mugido de los bueyes y el balido de las ovejas. El rey desobediente se excusó diciendo que el pueblo había salvado a los mejores animales para sacrificarlos al Señor. Samuel respondió: «¿Acaso se complace el Señor tanto en los holocaustos y sacrificios como en la obediencia a su voz? Ciertamente, obedecer es mejor que sacrificar, y prestar atención es mejor que la grasa de los carneros» (1 Samuel 15:22).

Samuel le dijo a Saúl que el Señor lo había rechazado porque él había rechazado la palabra del Señor. Saúl intentó arrepentirse, pero ya era demasiado tarde. Entonces Samuel descuartizó a Agag. Pero Samuel no volvió a ver a Saúl hasta el día de su muerte (1 Samuel 15:1-35).

El Señor envió a Samuel a la casa de Jesé para ungir a uno de sus hijos como rey en lugar de Saúl. Samuel preparó un sacrificio, fue a la casa de Jesé y llamó a Jesé y a sus hijos para el sacrificio. Entonces Jesé presentó a cada uno de sus hijos ante el profeta, comenzando por el mayor. Pero el Señor rechazó a los primeros siete hijos. Samuel preguntó si no tenía otro hijo. Entonces mandó llamar al menor, que estaba en el campo cuidando las ovejas. Cuando David llegó, el Señor dijo: «Levántate y úngelo, porque este es» (1 Samuel 16:12). Samuel lo ungió y el Espíritu del Señor vino sobre David desde aquel día en adelante (1 Samuel 16:13).

Los filisteos se prepararon nuevamente para atacar a Israel. El ejército filisteo se encontraba en una montaña a un lado del valle, y el ejército de Israel en otra montaña al otro lado del valle. El campeón de los filisteos era un gigante llamado Goliat. Durante cuarenta días, Goliat salía cada día y desafiaba a Israel a que enviara a un hombre para luchar contra él. El corazón de los israelitas se llenó de temor al ver a este gigante de casi tres metros de altura, con una armadura de bronce que lo protegía completamente de cualquier arma que tuvieran.

David was sent to Israel's camp with provisions for his three older brothers who were in Saul's army. When he heard the challenge and learned that no man in Saul's army would go against the giant, he volunteered to go against him. He refused Saul's armor but took his sling and five stones and went to meet Goliath.

Que Saúl enviara a un joven como David a luchar contra él humilló al gigante. Este maldijo y juró que daría de comer la carne del muchacho a las aves y a las bestias del campo. Entonces David dijo: «Tú vienes a mí con espada, lanza y escudo, pero yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los ejércitos de Israel, a quien tú has desafiado» (1 Samuel 17:45).

Cuando el gigante se dirigió hacia el muchacho, David corrió a su encuentro, y mientras corría, sacó una piedra de su bolsa y la lanzó con la honda. La piedra de David golpeó al gigante en la frente, quizás el único lugar que no estaba cubierto de bronce. Goliat cayó de bruces y David tomó la espada del gigante y le cortó la cabeza. El ejército filisteo huyó y el ejército de Saúl los persiguió hasta su propia tierra. Cuando Israel regresó, tomaron el botín de las tiendas de los filisteos (1 Samuel 17:1-58).

Saúl quedó muy impresionado con David y lo llevó a vivir a su casa. Jonatán, hijo de Saúl, y David se hicieron grandes amigos. David obedecía a Saúl, y este lo puso al mando de sus hombres de guerra. Pero cuando David regresó de la matanza de los filisteos, las mujeres salieron bailando y cantando: «Saúl ha matado a sus miles, y David a sus diez miles» (1 Samuel 18:7). Saúl se puso celoso y se enfureció porque le habían atribuido mayor honor a David que a él mismo.

Desde ese momento, odió a David y aprovechó cada oportunidad para matarlo. Continuó enviando a David, como su capitán, a la batalla, con la esperanza de que muriera en combate, pero el Señor estaba con David y lo protegió. Saúl le prometió a David a su hija Mical como esposa si le traía cien prepucios de los filisteos, con la esperanza de que los filisteos lo mataran. David y sus hombres salieron y mataron a doscientos filisteos, le llevaron los prepucios a Saúl y David tomó a Mical por esposa (1 Samuel 18:1-29).

La segunda vez que Saúl intentó matar a David con una lanza, este escapó y huyó. Mical lo ayudó a escapar de su casa y David fue a ver a Samuel en Ramá. Saúl envió mensajeros tras David, pero ninguno pudo capturarlo. Entonces Saúl fue tras él personalmente, pero el Señor no permitió que David sufriera daño (1 Samuel 19:1-24).

Jonatán se convenció de que su padre estaba decidido a matar a David. Los dos amigos se encontraron e hicieron un pacto para ser amigos de por vida. Se despidieron entre lágrimas y David huyó para salvar su vida. Cuando escapó nuevamente de Saúl, David fue a ver a Ahimelec, el sacerdote de Nob. Ahimelec le dio pan de la proposición y la espada de Goliat, que estaba guardada en la casa del Señor. Luego, David huyó a Achis, rey de Gat. Sin embargo, temiendo a los filisteos, se refugió en la cueva de Adulam.

Sus hermanos y toda la casa de su padre, al enterarse de que estaba allí, fueron a verlo. Otros que estaban afligidos, endeudados o descontentos también se unieron a él, hasta que reunió a unos cuatrocientos hombres, de los cuales se convirtió en capitán (1 Samuel 21:1-15; 22:1-2).

David temía por la vida de sus padres. Le pidió al rey de Moab que les permitiera vivir en su tierra mientras él tenía que esconderse de Saúl para salvar su propia vida. El rey accedió a su petición y David llevó a sus padres a vivir allí.

Saúl estaba enloquecido de odio hacia David y quería matar a cualquiera que lo favoreciera. Ordenó a sus siervos que mataran a los sacerdotes que le habían dado pan de la proposición y la espada de Goliat. Los siervos se negaron, pero Doeg, el edomita, que era secuaz de Saúl, mató a unos ochenta y cinco sacerdotes ese día (1 Samuel 22:3-23).

David se enteró de que los filisteos estaban luchando contra Israel en Keila, a poca distancia de la cueva de Adulam. Consultó al Señor, quien le dijo que fuera a luchar contra ellos. Él y los hombres que lo acompañaban derrotaron a los filisteos con una gran matanza y liberaron al pueblo de Keila. Después de esto, David y sus seiscientos hombres huyeron de la tierra de Judá a una montaña en el desierto de Zif, al sureste de Hebrón. Saúl lo persiguió por dondequiera que iba (1 Samuel 23:1-18).

Algunos de Zif le dijeron a Saúl dónde se escondía David. Saúl y sus hombres fueron al desierto y estaban a punto de alcanzar a David cuando llegó un mensajero con la noticia de que los filisteos habían invadido Judá. Saúl abandonó la persecución de David para luchar contra los filisteos. David y sus hombres se dirigieron más al este y encontraron escondites cerca de En-gadi, en la costa occidental del Mar Muerto (1 Samuel 23:19-29).

Después de que Saúl regresara de luchar contra los filisteos, le informaron que David se encontraba en el desierto de En-gadi. Tomó tres mil hombres y fue en busca de su yerno. Pasó junto a una cueva y, cansado del viaje, entró a descansar y se quedó dormido.

David y sus hombres se encontraban en el interior de la cueva. Los hombres de David lo instaron a matar a Saúl mientras dormía, pero David se negó a hacerle daño. Consideraba que Saúl seguía siendo el rey ungido de Israel. Cortó un trozo del manto de Saúl como prueba de que podría haberlo matado, pero incluso por eso sintió remordimiento.

David y sus hombres se retiraron a un lado de la cueva y Saúl se marchó sin saber que habían estado allí. Entonces David salió de la cueva, llamó a Saúl y le contó lo sucedido. Le dirigió un hermoso discurso al rey y le mostró el trozo que había cortado de su manto.

Entonces Saúl dijo: «¿Es esta tu voz, hijo mío David?». Y Saúl alzó la voz y lloró. Y le dijo a David: «Tú eres más justo que yo, pues me has recompensado con bien, mientras que yo te he recompensado con mal» (1 Samuel 24:16-17). Le dijo al antiguo pastor que estaba seguro de que David se convertiría en rey de Israel y que el reino se establecería en sus manos. Le pidió que jurara que, cuando fuera rey, perdonaría a su familia y a la casa de su padre. David juró que lo haría. Entonces Saúl regresó a casa, pero David y sus hombres volvieron a su escondite (1 Samuel 24:1-22).

Cuando Samuel murió y fue enterrado en su casa en Ramá, todo Israel lloró su muerte. Nuestro estudio del ministerio de Samuel a Israel a lo largo de su vida nos ha permitido comprender cómo se sentía el pueblo hacia él y lo que su ministerio significó para ellos. Sin duda, fue uno de los personajes bíblicos más importantes. No hay constancia cierta de su edad, aunque se cree que tenía unos noventa y ocho años cuando murió.

David y sus hombres se adentraron aún más al sur, en el desierto de Parán, en la zona donde Israel vagó por el desierto antes de llegar a la tierra de Canaán. Allí, David tuvo una experiencia desagradable con Nabal, un hombre rico que era conocido por su carácter grosero y malvado. Sin embargo, la esposa de Nabal, Abigail, no solo era una mujer hermosa, sino también de gran inteligencia y de un carácter admirable. David se dirigía a vengarse terriblemente de Nabal por su trato hosco y malvado. Abigail se encontró con David y lo convenció de la insensatez de su intención, salvándolo de manchar su reputación. Después de la muerte de Nabal, David tomó a Abigail por esposa, al igual que a Ahinoam de Jezreel. Mientras tanto, Saúl había entregado a Mical, la esposa de David, a otro hombre (1 Samuel 25:1-44). El arrepentimiento de Saúl por intentar matar

a David parece haber sido efímero. Con tres mil hombres de Israel, volvió a perseguir a David.

David descubrió el lugar donde acampaban y, junto con Abisai, se infiltró en el campamento mientras Saúl y todos sus hombres dormían. David podría haber matado a Saúl, pero se negó a hacerle daño y no permitió que Abisai lo hiciera. Tomaron su lanza y su jarra de agua y se retiraron a una colina a cierta distancia del campamento. Entonces David llamó para despertar a los hombres dormidos, y por segunda vez le hizo saber a Saúl que le había perdonado la vida.

Saúl pareció arrepentirse de nuevo de su mala intención. Sabía en su corazón que David se convertiría en rey de Israel, y debió saber que el Señor había protegido a David de todos sus intentos de matarlo. David le dijo que enviara a un hombre a buscar su lanza. Luego siguió su camino y Saúl regresó a casa (1 Samuel 26:1-25).

Después de este último encuentro con Saúl, David perdió toda esperanza de recuperar la amistad de Saúl. Creyendo que Saúl seguiría buscando su vida mientras permaneciera en territorio israelita, decidió irse con los filisteos. Él y sus hombres, con sus esposas e hijos, fueron a Gat, donde estaba Aquis. Le pidió a Aquis que le diera una ciudad donde pudiera vivir con su compañía y recibió la ciudad de Siclag.

David vivió entre los filisteos un año y cuatro meses. Durante ese tiempo, realizó una incursión contra algunos enemigos de Israel en el sur, incluyendo a los amalecitas, y los mató a todos. Le dijo a Aquis que su incursión había sido contra la gente de Judá y otros pueblos del sur, y Aquis le creyó. Ahora creía que David se había unido definitivamente a los filisteos.

Poco después, los filisteos reunieron sus ejércitos para la guerra contra Israel. Aquis le dijo a David que esperaba que él y sus hombres los acompañaran a la batalla (1 Samuel 27:1-12; 28:1-2).

Los filisteos acamparon en Sunem, dentro del territorio de la tribu de Isacar, y Saúl acampó en Gilboa. Cuando Saúl vio el gran ejército de los filisteos, le falló el valor. No había nadie a quien pudiera recurrir en busca de ayuda, porque Samuel había muerto. Saúl intentó consultar al Señor, pero no recibió respuesta. No había ningún profeta a quien pudiera acudir.

En tiempos anteriores, en obediencia a la Palabra de Dios, había matado a todas las hechiceras (1 Samuel 28:3; Éxodo 22:18), pero ahora les pidió a sus siervos que encontraran a una mujer con un espíritu adivinatorio. Desesperado, se disfrazó y fue a ver a la mujer en Endor, pidiéndole que invocara a Samuel. Ella invocó una aparición, un anciano con un manto, que Saúl creyó que era Samuel. El mensaje que recibió era

esencialmente el mismo que Samuel le había dado cuando desobedeció el mandato de Dios de destruir a todos los amalecitas (1 Samuel 15:26-28).

Sabemos que el diablo no tiene poder sobre el pueblo de Dios, ni en la tierra ni en el cielo. Por lo tanto, parece que Saúl, en su estado mental desorientado y con la conciencia culpable, escuchó lo que ya sabía en su corazón: que Dios lo había abandonado y que David sería establecido como rey de Israel. Quizás no comprendamos completamente este incidente, pero sí entendemos que los juicios de Dios contra el pecado son ineludibles (1 Samuel 28:3-25).

David fue salvado providencialmente de tener que ir con los filisteos a luchar contra Israel. Aquis confiaba en la aparente lealtad de David hacia los filisteos y lo colocó a él y a sus hombres en la retaguardia del ejército. Sin embargo, los príncipes de los filisteos no confiaban en él y se negaron a que los acompañara (1 Samuel 29:1-11).

Cuando David y sus hombres regresaron a Siclag, encontraron que los amalecitas habían saqueado la ciudad y se habían llevado todo, incluso a las mujeres y los niños. Por la providencia del Señor, encontraron el campamento de los amalecitas, destruyeron sus fuerzas y recuperaron a todas las personas y el botín. David envió regalos del botín que habían tomado de los amalecitas a sus amigos: los ancianos de Judá y aquellos que lo habían ayudado cuando él y sus hombres se escondían de Saúl (1 Samuel 30:1-31).

Los filisteos obtuvieron una gran victoria sobre Israel. Saúl fue herido por los arqueros y le pidió a su escudero que lo matara con su espada. Cuando el escudero se negó, Saúl se arrojó sobre su espada y murió. El escudero también se arrojó sobre su propia espada y murió con él. Los tres hijos de Saúl también murieron en la batalla ese día.

Cuando los filisteos regresaron para tomar el botín de los muertos, encontraron a Saúl y a sus tres hijos. Le cortaron la cabeza a Saúl, le quitaron la armadura, que colocaron en la casa de su dios Astarot, y clavaron su cuerpo en el muro de Bet-sán.

Los hombres de Jabes de Galaad, al este del Jordán, recordaron la valentía con la que Saúl los había liberado de los amonitas poco después de ser ungido rey. Viajaron toda la noche y recuperaron su cuerpo y los cuerpos de sus tres hijos y los llevaron a Jabes. Quemaron los cuerpos, enterraron los huesos debajo de un árbol en Jabes y guardaron luto por ellos durante siete días (1 Samuel 31:1-13). Es lamentable pensar que alguien que comenzó con tantas promesas tuviera un final tan triste. Pero la paga del pecado es la muerte, que es la separación eterna de Dios.

Después de la muerte de Saúl, David consultó al Señor si debía regresar a su tribu en Judá, y el Señor le dijo que fuera a Hebrón. David, su familia y todos sus hombres con sus familias regresaron y se establecieron en las ciudades de Hebrón.

EL REINADO DE DAVID

Los hombres de Judá ungieron a David como rey sobre Judá. Pero Abner, que había sido capitán de los ejércitos de Saúl, llevó a Is-boset, hijo de Saúl, a Mahanaim y lo hizo rey sobre Galaad, al este del Jordán, y sobre Asur, Jezreel, Efraín y Benjamín, al oeste del Jordán (2 Samuel 2:1-11). Hubo varios años de guerra entre los seguidores de Is-boset y los seguidores de David.

Finalmente, tanto Abner como Is-boset fueron asesinados, pero no por voluntad de David. Él hizo ejecutar a quienes cometieron los asesinatos. Tras la muerte de Is-boset, todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón, hicieron un pacto con David y lo ungieron rey sobre todo Israel.

David tenía treinta años cuando fue proclamado rey de Judá y reinó sobre Judá durante siete años y seis meses. Luego reinó sobre todo Israel durante treinta y tres años, un total de cuarenta años y seis meses (2 Samuel 5:1-5). Cuando David se convirtió en rey de todo Israel, el reino poseía solo unas seis mil millas cuadradas de territorio. Antes del final de su reinado, había conquistado todo el territorio que Dios había prometido a la descendencia de Abraham a través de Isaac y Jacob. Sus límites, que abarcaban aproximadamente sesenta mil millas cuadradas, se describen a grandes rasgos en Génesis 15:18-21.

La primera campaña de David fue para reconquistar Jerusalén. Había sido conquistada bajo Josué, pero los jebuseos la habían fortificado y en ese momento se llamaba Jebús. Los jebuseos pensaban que su ciudad era inexpugnable. Sin embargo, David y sus hombres la tomaron por asalto (2 Samuel 5:6-9). La renombró Jerusalén y la convirtió en la capital del reino de Israel. Dos veces los filisteos acamparon en el valle de Refaim y dos veces David dirigió al ejército de Israel, los derrotó y los hizo retroceder a su propio territorio a lo largo de la costa mediterránea (2 Samuel 5:17-25).

Luego, David llevó a sus treinta mil hombres para trasladar el Arca de Dios a Jerusalén desde la casa de Abinadab en Quiriat-jearim. Había estado en su casa durante veinte años, desde que los filisteos la habían devuelto en un carro nuevo (1 Samuel 7:1-2). Lo colocaron en una carreta nueva, conducida por dos hijos de Abinadab. En el camino, los bueyes sacudieron el Arca, y Uza extendió la mano para sujetarla. Dios lo hirió de muerte por tocar el Arca. Como David temía ahora intentar moverla, la llevaron a la casa de Obed-edom, donde permaneció durante los siguientes tres meses. El Señor bendijo grandemente a Obed-edom y a su familia mientras el Arca estuvo en su casa.

Entonces David hizo otro intento para llevar el Arca a Jerusalén. Esta vez fue transportada por los sacerdotes (Números 4:15). David ofreció sacrificios y danzó, y el pueblo gritó y alabó al Señor. La colocaron en un tabernáculo que David había preparado para ella (II Samuel 6:1-23).

Hiram, rey de Tiro, había enviado cedros, carpinteros y albañiles, quienes construyeron una casa para David. David se sintió culpable al pensar que él vivía en una casa de cedro mientras el Arca de Dios estaba en una tienda detrás de cortinas. Quería construir una casa para el Señor. Sin embargo, el Señor le dijo que su hijo sería quien la construiría (II Samuel 7:12-17). El Señor tenía otras tareas para David durante su reinado sobre Israel. Dirigió varias campañas militares contra las naciones vecinas de Israel y conquistó todo el territorio que Dios le había prometido a Abraham (II Samuel 8-10).

Mediante una investigación, David encontró a un hijo de Jonatán, que era cojo. El niño había sido abandonado por su nodriza cuando esta huyó con él tras la muerte de Saúl y Jonatán. David lo llevó a Jerusalén para que viviera con él y comiera en su mesa. Y en recuerdo de su amistad con Jonatán, también le dio todas las propiedades que habían pertenecido a Saúl.

David era un gran hombre con muchas cualidades de carácter admirables. Pero a pesar de su carácter honorable y justo, y de su fe y amor por Dios, cometió un gran pecado. Ordenó que Urías fuera puesto en la primera línea de batalla para que muriera, ya que David deseaba quedarse con su esposa. El Señor envió al profeta Natán para que le mostrara la gravedad de su pecado. Entonces se dio cuenta de lo terrible que había hecho y se arrepintió amargamente, y el Señor lo perdonó (2 Samuel 11:1-27; 12:1-23).

La oración de arrepentimiento de David está registrada en el Salmo 51.

Este fue solo otro testimonio de que el mundo necesitaba un Salvador que lo salvara de la semilla del pecado que nace en cada ser humano. El Señor habló a través del profeta Jeremías: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?» (Jeremías 17:9). También leemos en Jeremías 10:23: «Oh Jehová, yo sé que el camino del hombre no está en sí mismo, ni está en el hombre que camina el ordenar sus pasos».

El Señor perdonó a David, pero le prometió juicio sobre su propia casa (2 Samuel 12:10-11). El juicio se manifestó en varias calamidades en su propia familia: el crimen de su hijo Amnón y la venganza de Absalón (2 Samuel 13:1-39). Su hijo Absalón intentó arrebatarse el trono de Israel a David, y este tuvo que huir de Jerusalén para salvar su vida. Finalmente, en una batalla entre los seguidores de David y los de Absalón, este

último murió. David quedó desconsolado y se afligió profundamente por Absalón (2 Samuel 13-18).

Los hombres de Judá enviaron un mensaje a David para que regresara a Jerusalén con todos los que estaban con él. Todavía se encontraba al este del Jordán, y los hombres de Judá e Israel se reunieron con él en el río Jordán para escoltarlo de regreso a Jerusalén. Tomaron una barca para cruzar el río con la familia del rey (2 Samuel 19:1-40). Las disputas y los celos entre algunas de las tribus finalmente se resolvieron (2 Samuel 19:41-43).

Después de las muchas dificultades que había enfrentado David, estalló otra guerra con los filisteos. Se libraron varias batallas contra los filisteos, en cuyo ejército había gigantes, uno de ellos hermano de Goliat. Los hombres de David salieron victoriosos en estas batallas y dieron muerte a los gigantes. En una batalla en Gat, el sobrino de David mató a un gigante que tenía seis dedos en cada mano y seis dedos en cada pie (2 Samuel 21:15-22).

2 Samuel 22:1-51 es un hermoso cántico de alabanza y acción de gracias que David entonó al Señor después de ser liberado de todos sus enemigos y aflicciones. Podemos aprender mucho sobre el carácter y la fe de David a través de sus numerosos y hermosos cánticos y profecías en el Libro de los Salmos. 2 Samuel 23:1-39 contiene algunas de las últimas palabras de David, una lista de los valientes que trabajaron con él y le sirvieron, y su elogio por sus hazañas.

David volvió a desagradar al Señor al censar al pueblo de Israel. El Señor le había ordenado a Moisés que censara al pueblo, pero no con el propósito de determinar su fuerza militar, que parece haber sido la motivación de David en esta ocasión. En 1 Crónicas 21:1 se dice que Satanás, que obra a través de la naturaleza carnal de los hombres, incitó a David a censar a Israel.

Joab le recordó a David que el Señor multiplicaba la fuerza de su pueblo independientemente del número. El Señor le había dicho a Gedeón que tenía demasiados hombres y redujo su ejército a trescientos para que el pueblo no se jactara de sus propios logros. Quizás el pueblo, al igual que David, confiaba más en su número y sus ventajas en ese momento que en el poder milagroso de Dios.

El Señor le dio a David a elegir entre tres castigos diferentes por su pecado. Él eligió encomendarse a sí mismo y al pueblo a la misericordia de Dios durante los tres días de plaga. Cuando ofreció sacrificio en la era de Arauna, la plaga cesó (2 Samuel 24:1-25).

EL REINADO DE SALOMÓN

Cuando David era anciano y estaba enfermo, su hijo Adonías conspiró para apoderarse del reino de Israel. El profeta Natán se enteró de lo que estaba haciendo y fue a ver a Betsabé y luego a David. David inmediatamente hizo todos los preparativos para que Salomón fuera ungido rey de Israel. Mientras Adonías celebraba un banquete con algunos amigos preparándose para proclamarse rey, oyó que Salomón ya había sido ungido rey por orden y disposición de David. Entonces Adonías temió por su vida, pero Salomón le aseguró que, mientras se comportara con honor, estaría a salvo (1 Reyes 1:1-53).

David se dio cuenta de que pronto moriría y le dio a Salomón un solemne encargo.

«Esfuézate, pues, y muéstrate hombre; y guarda el mandato del Señor tu Dios, andando en sus caminos, guardando sus estatutos, sus mandamientos, sus juicios y sus testimonios, como está escrito en la ley de Moisés, para que prosperes en todo lo que hagas y a dondequiera que vayas; para que el Señor cumpla la palabra que habló acerca de mí, diciendo: Si tus hijos guardan su camino, andando delante de mí en verdad con todo su corazón y con toda su alma, no te faltará (dijo él) un hombre en el trono de Israel» (1 Reyes 2:2-4).

Poco después, David murió y fue sepultado en la ciudad de David (1 Reyes 2:10). A pesar de sus fracasos, fue un hombre conforme al corazón de Dios. Dios escogió la descendencia de David para la dinastía real de Israel. Cristo, el Rey eterno del pueblo de Dios, sería hijo de David.

Salomón buscó librar al reino de algunos hombres malvados que habían ocupado puestos importantes pero que habían causado problemas a David. Amaba al Señor y quería andar en el camino de su padre, David, pero al principio de su reinado comenzó una práctica que finalmente causó su caída. Formó una alianza con el faraón, rey de Egipto, y se casó con su hija (1 Reyes 3:1-3).

Salomón fue a Gabaón para ofrecer sacrificios al Señor. El Señor se le apareció en un sueño y le dijo: «Pide lo que quieras que te dé» (1 Reyes 3:5). Salomón se sentía incapaz para la gigantesca tarea que tenía por delante. Le dijo al Señor que no sabía cómo gobernar al gran pueblo de Israel. Le pidió un corazón comprensivo y la capacidad de discernir entre el bien y el mal para saber cómo juzgar a su pueblo. Dios se complació con su petición y le prometió un corazón sabio y comprensivo, además de riquezas y honores, más que a todos los demás reyes de todas las naciones (1 Reyes 3:4-15). Una demostración de la sabiduría que Dios le otorgó a Salomón se registra en 1 Reyes 3:16-28.

Salomón llegó a ser muy sabio y muy rico, y su fama se extendió por todos los países. Además de un corazón comprensivo y sabiduría, Dios le dio la capacidad de instruirse en todas las materias. Los numerosos temas sobre los que escribió se registran

en los libros de Proverbios y Eclesiastés. Pronunció tres mil proverbios y compuso mil cinco canciones. Gente de todas partes venía a escuchar su sabiduría (1 Reyes 4:29-34).

Sin embargo, el asunto más importante para Salomón fue la construcción del Templo. La casa del Señor había sido el sueño de David, pero a David solo se le permitió hacer los planos y reunir los materiales. La era de Arauna, que David compró para construir un altar al Señor (2 Samuel 24:18-25; 1 Crónicas 21:18-30), parece haber sido el lugar elegido por el Señor para el Templo (2 Crónicas 3:1-2).

Salomón comenzó a construir el Templo en el cuarto año de su reinado, cuatrocientos ochenta años después de que Israel saliera de Egipto (1 Reyes 6:1). Construyó el Templo según el modelo que el Señor le había dado a David y que, a su vez, David le había dado a Salomón (1 Reyes 6:2-38; 1 Crónicas 28:11-19).

“Más vale un joven pobre y sabio que un rey viejo y necio que ya no acepta consejos” (Eclesiastés 4:13). Y concluyó sus reflexiones con estas palabras: “Oigamos la conclusión de todo el asunto: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque este es el deber de todo hombre. Pues Dios juzgará toda obra, incluso todo lo secreto, sea bueno o sea malo” (Eclesiastés 12:13-14).

Después de reinar cuarenta años sobre Israel, Salomón murió y fue sepultado en la ciudad de David. Y su hijo Roboam reinó en su lugar (1 Reyes 11:41-43).

Repaso de la lección

Parte IV. El Reino

1. En el último mensaje de Samuel como profeta y sacerdote a Israel, ¿qué promesa les hizo al pueblo?

2. ¿Cuál fue el error del rey Saúl en Gilgal mientras esperaba al profeta Samuel, y cuáles fueron las consecuencias de ese error?

3. ¿Cómo respondió Samuel cuando el rey Saúl se excusó diciendo que el pueblo había guardado lo mejor de los animales de los amalecitas para sacrificarlos al Señor?

4. Cuando el humillado gigante Goliat maldijo a David y juró que daría su carne de comer a las aves y a las bestias del campo, ¿cómo respondió David?

5. ¿Cuál fue la canción que las mujeres israelitas cantaron sobre David que hizo que el rey Saúl lo odiara y deseara matarlo?

6. A pesar del carácter honorable y justo de David, y de su fe y amor por Dios, ¿qué gran pecado cometió?

7. Salomón quería seguir el camino de su padre David, pero al principio de su reinado comenzó una práctica que finalmente causó su caída. ¿Cuál fue?

8. ¿Cuál fue el asunto más importante que Salomón tuvo que atender como rey de Israel?

9. Después de que el Arca del Pacto fue colocada en el Lugar Santísimo del Templo de Salomón, ¿qué sucedió después?

10. ¿Cuál es la conclusión de Salomón sobre todo el asunto al final del libro de Eclesiastés?

PARTE V: EL REINO DIVIDIDO



LA DIVISIÓN DEL REINO

El Señor le había dicho a Salomón que, debido a su infidelidad, le arrebataría el reino de Israel a su hijo, excepto la tribu de Judá.

Tras la muerte de Salomón, su hijo Roboam fue a Siquem, donde todo Israel se reunió para proclamarlo rey. Después de la apostasía de Salomón, el pueblo estaba descontento por las cargas que les había impuesto. Le pidieron a Roboam que aliviara el pesado yugo, pero Roboam rechazó el consejo de los ancianos y respondió al pueblo según el consejo de los jóvenes: les impondría un yugo mucho más pesado. Se rebelaron contra él y pidieron a Jeroboam que fuera su rey. En consecuencia, el reino se dividió, cumpliéndose así la palabra del Señor (1 Reyes 12:1-25).

Dios le había dado la tribu de Judá a Roboam porque había elegido la casa de David para la dinastía real de Israel y la ciudad de Jerusalén como sede del Templo, donde había decidido poner su nombre. Jeroboam temía que si el pueblo regresaba a Jerusalén para adorar y ofrecer sacrificios, se rebelarían contra él y volverían con Roboam. Para evitarlo, hizo dos becerros de oro (el dios de Egipto) y colocó uno en Betel, en la parte sur de su territorio, y otro en Dan, cerca de la frontera norte de su reino. Su excusa era que era demasiado difícil para el pueblo viajar a Jerusalén para ofrecer sacrificios. Intentó imitar el culto a Jehová con sus becerros para engañar al pueblo. Sin embargo, nombró sacerdotes de entre la gente más humilde, que no eran levitas (1 Reyes 12:26-33). Desde entonces se le conoció como Jeroboam, el que hizo pecar a Israel, porque los condujo a la idolatría (1 Reyes 14:16; 15:34; 16:19).

Roboam reunió un ejército para luchar contra Israel y Jeroboam. Sin embargo, el Señor le advirtió que no luchara contra sus hermanos. En cambio, Roboam se fortaleció en Judá y fortificó algunas ciudades (1 Reyes 12:21-24; 2 Crónicas 11:1-14). Los levitas y todos aquellos en Israel que eran fieles al culto de Jehová abandonaron sus posesiones en Israel y se fueron a Judá para poder adorar en Jerusalén. Roboam se fortaleció en Judá durante tres años (2 Crónicas 11:1-23). Pero después de haber consolidado su reino y sentirse seguro en su posición como rey, abandonó la ley del Señor, y el pueblo lo siguió en sus malos caminos (2 Crónicas 12:1).

En el quincuagésimo año del reinado de Roboam, Sisac, rey de Egipto, con mil doscientos carros y sesenta mil jinetes, hizo la guerra contra Jerusalén. El Señor envió al profeta Semaías a Roboam y a los príncipes de Judá para decirles que los había entregado en manos de Sisac porque lo habían abandonado. Cuando se humillaron ante el Señor, Él no permitió que Sisac los destruyera, pero este se llevó los tesoros del templo del Señor y los escudos de oro que Salomón había hecho (2 Crónicas 12:2-12). Después de reinar diecisiete años en Judá, Roboam murió, y su hijo Abías reinó en su lugar (2 Crónicas 12:13-16).

Abías comenzó su reinado en el decimoctavo año del reinado de Jeroboam sobre Israel (las diez tribus). Había habido guerra entre Israel y Judá durante el reinado de Roboam. Abías se enfrentaba ahora a esta situación de guerra.

Reunió un ejército de cuatrocientos mil hombres valientes en el monte Efraín, y Jeroboam salió a su encuentro con ochocientos mil hombres escogidos. Abías se detuvo en la cima de una montaña y le habló a Jeroboam. Le recordó a él y a su pueblo que el Señor había elegido a David para ser rey de Israel y había elegido a su casa para la dinastía real. Le dijo a Jeroboam que él y el pueblo de Judá confiaban en el Señor y guardaban sus leyes y el culto de su casa. Les dijo que Dios era su capitán y les suplicó que no lucharan contra el Señor (2 Crónicas 13:1-12).

Sin embargo, Jeroboam, que tenía el doble de hombres que Abías, había tendido una emboscada detrás de las fuerzas de Abías y los atacó por el frente y por la retaguardia. El pueblo de Judá clamó al Señor, los sacerdotes tocaron las trompetas, y el Señor les dio la victoria sobre Jeroboam e Israel. Quinientos mil hombres de Jeroboam murieron, y Jeroboam nunca recuperó su fuerza militar durante el reinado de Abías (2 Crónicas 13:13-22).

Abías murió después de reinar solo tres años en Judá. Según el relato de 1 Reyes 15:1-8, Abías también abandonó al Señor y siguió el camino de Roboam, pero evidentemente comenzó su reinado con fe.

Tras la muerte de Abías, su hijo Asa se convirtió en rey de Judá. Reinó en Jerusalén cuarenta y un años, los primeros diez de los cuales fueron pacíficos. Se esforzó por servir al Señor, hacer lo correcto y guiar a Judá por los caminos y las leyes de Dios. Construyó ciudades fortificadas y reunió un ejército de trescientos mil hombres de Judá y doscientos ochenta mil de Benjamín (2 Crónicas 14:1-8; 1 Reyes 15:11-13).

Después de diez años de paz, los etíopes se enfrentaron a él con un millón de hombres y trescientos carros. Asa clamó al Señor: «Señor, para ti no hay diferencia entre ayudar a muchos o a los que no tienen fuerza; ayúdanos, oh Señor, Dios nuestro, porque en ti confiamos y en tu nombre vamos contra esta multitud. Oh Señor, tú eres nuestro Dios; no permitas que el hombre prevalezca contra ti» (2 Crónicas 14:11). El Señor les concedió una victoria aplastante sobre los etíopes (2 Crónicas 14:9-15).

Cuando Asa regresó, el profeta Azarías salió a su encuentro con un mensaje del Señor: «El Señor está con vosotros mientras vosotros estéis con él; si lo buscáis, lo encontraréis; pero si lo abandonáis, él os abandonará» (2 Crónicas 15:2). Todos los problemas de Israel habían sobrevenido porque habían abandonado al Señor, pero cuando clamaban a Él, siempre los ayudaba. Asa se sintió animado por el mensaje del profeta y comenzó a esforzarse diligentemente para erradicar la idolatría de Judá y

Benjamín. Incluso destituyó a su propia madre como reina porque había hecho un ídolo en un bosque sagrado (2 Crónicas 15:3-19).

Jeroboam, rey de Israel, murió dos años después de que Asa se convirtiera en rey de Judá. Nadab, hijo de Jeroboam, reinó sobre Israel durante dos años y continuó con la idolatría, al igual que su padre. Baasa, de la tribu de Isacar, conspiró contra él, lo mató en una batalla contra los filisteos y reinó en su lugar. Baasa reinó sobre Israel durante veinticuatro años y condujo al pueblo por el camino de la idolatría, como lo había hecho Jeroboam, quien hizo pecar a Israel (1 Reyes 15:25-34).

En el trigésimo sexto año del reinado de Asa sobre Judá, Baasa, rey de Israel, fortificó Ramá, en la frontera entre Israel y Judá, para impedir que los israelitas entraran en Judá y que los judíos entraran en Israel. Un gran número de israelitas se habían trasladado a Judá durante el reinado de Asa. Asa envió plata y oro a Ben-hadad, rey de Siria, pidiéndole que rompiera su alianza con Baasa para que este último se retirara de la frontera de Judá. Ben-hadad accedió y Baasa dejó de construir en Ramá.

El Señor se disgustó con Asa por acudir al rey de Siria en lugar de confiar en Él para obtener ayuda. Envio al profeta Hanani para reprenderlo. Hanani le dijo: «Porque los ojos del Señor recorren toda la tierra para mostrar su poder a favor de aquellos cuyo corazón es perfecto para con él. En esto has obrado neciamente; por lo tanto, de ahora en adelante tendrás guerras» (2 Crónicas 16:9). En lugar de arrepentirse, Asa se enfureció con Hanani y lo encarceló (2 Crónicas 16:1-11).

Tres años después, Asa enfermó gravemente de los pies. De nuevo, desagradó al Señor al acudir a los médicos en lugar de buscar la ayuda divina. Murió y fue sepultado en su lujoso sepulcro, que él mismo había preparado con gran ostentación. Su hijo Josafat comenzó a reinar sobre Judá (2 Crónicas 16:12-14).

Baasa había matado a todos los descendientes de Jeroboam para que su familia se convirtiera en la dinastía reinante de Israel. Jehú profetizó que la casa de Baasa sería tratada como él había tratado a la casa de Jeroboam (1 Reyes 16:1-7). Cuando Baasa murió, su hijo Ela reinó sobre Israel durante dos años. Luego, su siervo Zimri lo mató mientras el rey estaba ebrio y reinó en su lugar. Zimri mató entonces a toda la familia de Baasa, según la profecía de Jehú.

Zimri reinó solo siete días. Cuando los israelitas se enteraron de lo que Zimri había hecho, proclamaron rey de Israel a Omri, capitán del ejército, y sitiaron Tirsá, la ciudad de Zimri. Cuando Zimri vio que la ciudad había sido tomada, entró en el palacio real, le prendió fuego y murió en el incendio (1 Reyes 16:8-20). Omri reinó doce años, pero fue más malvado que los reyes que lo precedieron. También trasladó la capital de Israel de Tirsá a Samaria.

Cuando murió Omri, su hijo Acab reinó sobre Israel. Acab reinó en Samaria durante veintidós años y fue más malvado que todos los que habían reinado antes que él. Se casó con Jezabel, hija del rey de Sidón, y adoró a su dios Baal. Construyó un altar y un santuario a Baal en Samaria (1 Reyes 16:21-34).

El Señor envió a Elías a Acab con el mensaje de que no llovería hasta que Elías anunciara que volvería a llover. Luego, el Señor le ordenó a Elías que se escondiera, donde el Señor lo alimentó junto al arroyo Querit hasta que el arroyo se secó. Después, el Señor envió a Elías a la viuda de Sarepta, donde Él cuidó de Elías, la viuda y su hijo durante la sequía (1 Reyes 17:1-24).

En el tercer año de la sequía, el Señor envió a Elías a encontrarse con Acab. Elías anunció a Acab un desafío entre el Señor Jehová y los profetas de Baal. Le dijo a Acab que reuniera a todo el pueblo de Israel, junto con los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y los cuatrocientos profetas de los bosques en el monte Carmelo.

Cuando todo el pueblo se hubo reunido en el monte Carmelo, Elías les dijo: «¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si el Señor es Dios, seguidle; pero si Baal, seguidle a él» (1 Reyes 18:21). Instruyó a los profetas de Baal que prepararan un novillo para el sacrificio y lo pusieran sobre la leña, pero sin fuego debajo. Luego él haría lo mismo, y el dios que respondiera con fuego sería Dios.

Los profetas de Baal hicieron lo que Elías les dijo, invocando a Baal todo el día hasta la hora del sacrificio vespertino. Se desesperaron tanto que saltaron sobre su altar y se hirieron a sí mismos en un frenesí, pero no cayó fuego.

Entonces Elías reparó el altar del Señor que había sido derribado, usando doce piedras, una por cada tribu de Israel. Puso la leña sobre el altar y el sacrificio sobre la leña. Hizo una zanja alrededor del altar e hizo que se vertieran doce cántaros de agua sobre su sacrificio hasta que el agua llenó la zanja. Luego oró una sencilla oración de fe. El fuego de Dios cayó, consumió el sacrificio y el altar, y lamió el agua. Después de que Elías matara a todos los profetas de Baal, le dijo a Acab que comiera y bebiera, pues iba a llover. Luego subió a la cima del monte Carmelo y oró hasta que vio una pequeña nube surgir sobre el mar. Le envió un mensaje a Acab anunciándole que iba a llover, y muy pronto nubes negras y viento trajeron una lluvia torrencial (1 Reyes 18:1-46).

Jezabel le envió un mensaje a Elías diciéndole que lo mataría por haber matado a sus profetas de Baal. Entonces Elías tuvo que huir de su ira. Pero el Señor lo protegió hasta que terminó su gran ministerio en Israel y fue llevado al cielo en un carro del Señor (1 Reyes 19:1-21; 2 Reyes 2:1-13).

Ben-adad, rey de Siria, sitió Samaria, pero el Señor tuvo misericordia de Acab y le dio la victoria sobre Ben-adad. Sin embargo, a pesar de los momentos de arrepentimiento parcial de Acab, continuó en sus malos caminos bajo la influencia y el dominio de su malvada esposa Jezabel (1 Reyes 20:1-43). Cuando Nabot se negó a venderle a Acab su herencia del Señor, Jezabel lo mandó matar para que Acab pudiera apoderarse de su viña. Entonces el Señor envió de nuevo a Elías a Acab, prediciendo su perdición y la de Jezabel (1 Reyes 21:1-29).

Después de la última visita de Elías a Acab, Israel y Siria disfrutaron de tres años de paz. Luego, Josafat, rey de Judá, fue a Samaria para visitar a Acab. Acab lo recibió con honores y le pidió que se uniera a él en la batalla contra el rey de Siria en Ramot de Galaad. Como Josafat quería consultar al Señor, Acab convocó a unos cuatrocientos de sus profetas, quienes unánimemente estuvieron de acuerdo en que debían ir contra Siria. Sin embargo, Josafat pidió otro profeta. Llamaron a Micaías, quien dio una profecía verdadera: Acab moriría en la batalla según el plan de Dios. Fueron a la batalla y Acab murió, cumpliéndose así el mensaje que Elías le había dado (1 Reyes 22:1-40).

Ocozías, hijo de Acab, comenzó a reinar sobre Israel en el decimoséptimo año del reinado de Josafat sobre Judá. Anduvo en todos los pecados de su padre y de su madre, y de Jeroboam, quien hizo pecar a Israel (1 Reyes 22:51-53). Ocozías murió, según la palabra del Señor pronunciada por Elías (2 Reyes 1:2-6). Su hermano Joram reinó doce años sobre Israel. Quitó la imagen de Baal que su padre Acab había hecho, pero continuó en los pecados de Jeroboam (2 Reyes 1:17-18; 3:1-3).

El Señor le dijo a Elías que ungiera a Eliseo para que fuera profeta en su lugar cuando él fuera llevado al cielo (1 Reyes 19:15). Eliseo fue ungido y siguió a Elías, sirviéndole durante el resto de su ministerio. Cuando se acercaba el momento en que Elías sería llevado al cielo, Eliseo no quiso separarse de él, pues estaba decidido a verlo ascender. Apareció un carro de fuego y Elías fue arrebatado en un torbellino y llevado al cielo. Eliseo tomó el manto que cayó de Elías y comenzó a hacer con él los mismos milagros que Elías había hecho. Se convirtió en el profeta del Señor en Israel (2 Reyes 2:1-25).

Cuando el rey de Moab se rebeló contra Joram, rey de Israel, Joram le pidió a Josafat que lo acompañara a luchar contra Moab. Josafat accedió, y el rey de Edom también se unió a ellos. Viajaron durante siete días y no encontraron agua para sus ejércitos ni para sus animales. Josafat pidió un profeta para consultar al Señor, y encontraron a Eliseo. Eliseo accedió a consultar al Señor solo por la presencia de Josafat. Les dijo que cavaran zanjas en el valle, y el Señor las llenaría de agua. Sucedió tal como Eliseo había dicho. Luego derrotaron a Moab y regresaron a su tierra (2 Reyes 3:4-27).

Más tarde, Josafat se enteró de que Moab venía contra Judá con un gran ejército. Tuvo miedo y confesó al Señor que él y su ejército no tenían fuerzas para enfrentarse a esa gran multitud, pero que confiaban en el Señor. El Señor le respondió por medio del profeta Jahaziel: «Así dice el Señor: No temáis ni os acobardéis ante esta gran multitud, porque la batalla no es vuestra, sino de Dios» (2 Crónicas 20:15).

Josafat y todo el pueblo se postraron rostro en tierra y adoraron al Señor. Cuando Josafat designó cantores para que marcharan delante del ejército, alabando al Señor por la belleza de su santidad, el Señor hizo que sus enemigos se volvieran unos contra otros y se destruyeran a sí mismos. Verdaderamente, la batalla fue del Señor.

Josafat y todo su ejército regresaron a Jerusalén regocijándose en el Señor. El temor de Dios se apoderó de todos los reinos de aquellas tierras cuando oyeron que el Señor había luchado contra los enemigos de Israel (2 Crónicas 20:1-34). Pero Josafat se unió a Ocozías, el malvado rey de Israel, para construir barcos, y el Señor hizo que los barcos se destruyeran para que no pudieran ir a Tarsis (2 Crónicas 20:35-37).

Cuando murió Josafat, su hijo Joram reinó sobre Judá. Hubo dos Jorams. Joram, hijo de Acab, reinó sobre Israel después de la muerte de su hermano Ocozías. Y Joram, hijo de Josafat, reinó en Jerusalén durante ocho años. Josafat había sido uno de los mejores reyes de Judá desde David, pero su hijo Joram era malvado. Se casó con la hija de Acab y siguió los caminos de Acab y de los reyes de Israel (2 Crónicas 21:1-7).

Todas las naciones alrededor de Israel habían sido conquistadas por David y se habían convertido en tributarias de Israel. Pero después de la división del reino de Israel, comenzaron a rebelarse. Tanto Edom como Libna se rebelaron contra Judá durante el reinado de Joram. Elías, antes de ser llevado al cielo, envió una carta a Joram en la que lo reprendía por sus pecados (2 Crónicas 21:12-15). El Señor incitó a los filisteos, los árabes y los etíopes contra Joram. Entonces el Señor lo hirió con una enfermedad incurable y Joram murió por el juicio de Dios (2 Crónicas 21:16-20).

Los habitantes de Jerusalén hicieron rey a Ocozías, el hijo menor de Joram, en su lugar. Reinó un año. Su madre Atalía era hija de Omri y hermana de Acab. Ella aconsejó a Ocozías en los malos caminos de la casa de Acab. Joram, rey de Israel, fue herido en una batalla contra los sirios en Ramot de Galaad y regresó a Jezreel para recuperarse. Ocozías fue a visitarlo a Jezreel, y mientras estaba allí, Jehú llegó para ejecutar el juicio sobre la casa de Acab. Ocozías, junto con todos los parientes de Acab, fue asesinado (2 Crónicas 22:1-9).

Atalía, la malvada madre de Ocozías, intentó matar a todos los descendientes reales de David para poder reinar en Jerusalén. Pero Josabet, esposa del sacerdote Joiada y hermana de Ocozías, robó a Joás, el hijo pequeño de Ocozías, y lo escondió en el templo

durante seis años. En el séptimo año, el sacerdote Joiada convocó a todos los jefes y a los levitas al templo, donde presentaron a Joás, lo ungieron, lo coronaron rey y Atalía fue asesinada. Joiada hizo un pacto con el pueblo para que sirvieran al Señor. Destruyeron el altar y las imágenes de Baal y mataron a sus sacerdotes. Entonces todo el pueblo de Judá se regocijó (2 Crónicas 23:1-21).

Joás comenzó su reinado sobre Judá a la edad de siete años y sirvió al Señor. Fue un rey digno durante todos los días del buen sacerdote Joiada. Durante este tiempo repararon el Templo (2 Crónicas 24:1-14). Pero cuando Joiada murió a la edad de ciento treinta años, los príncipes de Judá influyeron en Joás para que se apartara del Señor. Cuando el sacerdote Zacarías, hijo de Joiada, intentó que volvieran al Señor, lo apedrearon hasta la muerte en el atrio del Templo (Lucas 11:57). Entonces los sirios invadieron la tierra y derrotaron a Judá. Dejaron a Joás gravemente enfermo. Más tarde, los siervos reales mataron al rey. Su hijo Amasías reinó en su lugar (2 Crónicas 24:15-27).

Dios nunca se ha quedado sin un testigo (Hechos 14:17). No se quedó sin un testigo entre las tribus de Israel. Elías fue su testigo durante el malvado reinado de Acab. Eliseo lo siguió y fue un poderoso testigo y ministro en Israel durante muchos años. El Señor realizó muchos milagros a través de él como testimonio para todo Israel. Testificó a Israel del poder de Dios y de su gran misericordia y cuidado por su pueblo. El ministerio de Eliseo está registrado en 2 Reyes 2-13.

El Señor le dijo a Eliseo que enviara a uno de los profetas jóvenes a Ramot de Galaad para ungir a Jehú, hijo de Nimsi, como rey sobre Israel, para que vengara la sangre de los profetas asesinados por Jezabel y los pecados de Acab. El joven profeta encontró a Jehú y lo ungió rey sobre Israel, y los demás capitanes del ejército lo reconocieron como rey. Jehú procedió a ejecutar el juicio de Dios sobre la casa de Acab. Mató a todos los descendientes de Acab, incluyendo a Joram, rey de Israel, y a Ocozías, rey de Judá. No quedó ni uno solo. También mató a Jezabel. Fue devorada por los perros, según la palabra de Elías (1 Reyes 21:17-26). Luego, Jehú mató a todos los profetas de Baal y exterminó el culto a Baal en Israel.

Sin embargo, Jehú no guardó las leyes de Dios, sino que siguió los pecados de Jeroboam. Dios a menudo usa la maldad de los hombres para cumplir su propósito para el bien de los justos. Usó la maldad de los fariseos, la debilidad de Pilato y la avaricia de Judas para llevar a cabo su plan eterno de salvación para todos aquellos que se acercarían al Señor Jesucristo. Jehú reinó sobre Israel veintiocho años. Cuando murió, su hijo Joacaz se convirtió en rey (2 Reyes 9:1-37; 10:1-36).

Joacaz reinó diecisiete años en Samaria, guiando al pueblo por los caminos de su padre Jehú. Durante este tiempo, el Señor permitió que el rey sirio Hazael y su hijo Benadad invadieran Israel y los oprimieran. Aunque Joacaz parece haber tenido un

arrepentimiento parcial (2 Reyes 13:4-6), la opresión siria continuó durante todos los días de su reinado.

El Señor parece haber dado a Israel un respiro durante el reinado del hijo de Joacaz, Joás, quien recuperó las ciudades que los sirios le habían quitado a su padre (2 Reyes 13:22-25). Joás (Jehoás) visitó a Eliseo durante la enfermedad del profeta, y Eliseo intentó mostrarle que debía luchar contra Siria hasta destruirla por completo. Pero Jehoás golpeó sus flechas contra el suelo solo tres veces, y solo derrotó a Siria tres veces (2 Reyes 13:14-19, 25).

Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, comenzó a reinar sobre Judá en el segundo año del reinado de Jehoás, hijo de Joacaz, rey de Israel. Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar y reinó en Jerusalén veintinueve años. Siguió al Señor, pero no como David. Después de que sintió que el reino estaba consolidado en sus manos, mató a los siervos que habían asesinado a su padre Joás (2 Reyes 14:1-6; 2 Crónicas 25:1-4).

Amacías reunió un ejército de trescientos mil hombres de Judá y Benjamín. Contrató a otros cien mil hombres de Israel para que lo acompañaran contra Edom. El Señor envió un profeta para advertirle que no llevara consigo a los hombres de Israel que no servían al Señor. Amacías escuchó al profeta y envió a los hombres de Israel de regreso a sus hogares. El Señor le concedió una gran victoria sobre los edomitas. Pero Amacías trajo consigo los dioses de los edomitas y se postró ante ellos y les quemó incienso. Luego desafió al rey de Israel, quien había saqueado algunas ciudades de Judá, y fue derrotado estrepitosamente. Después de que Amacías se apartara del Señor, los hombres de Jerusalén conspiraron contra él y lo mataron en Laquis, adonde había huido (2 Crónicas 25:1-28).

En el decimoquinto año del reinado de Amacías sobre Judá, Jeroboam II, hijo de Joás, rey de Israel, comenzó su reinado de cuarenta y un años sobre Israel. Siguió los malos caminos de los reyes de Israel, pero logró restaurar gran parte del territorio que Israel había perdido a manos de sus enemigos. Jonás había profetizado esto sobre él (2 Reyes 14:23-25). El Señor vio la aflicción del pueblo de Israel y tuvo misericordia de ellos. Este fue quizás el período más próspero en la historia de las diez tribus (2 Reyes 14:23-29).

Cuando murió Jeroboam II, su hijo Zacarías reinó sobre Israel durante seis meses. Salum conspiró contra él, lo mató y reinó en su lugar (2 Reyes 15:8-12). Esto se cumplió según la palabra de Dios de que los hijos de Jehú reinarían sobre Israel hasta la cuarta generación (2 Reyes 10:30).

Salum, que comenzó a reinar en Samaria en el trigésimo noveno año del reinado de Uzías en Jerusalén, reinó un mes completo. Menahem, hijo de Gadi, llegó a Samaria,

mató a Salum y reinó en su lugar. Era malvado, como todos los reyes de las diez tribus. Reinó diez años y murió. Su hijo Pekaías reinó dos años sobre Israel. Entonces Peka, hijo de Remalías, mató a Pekaías en el palacio real de Samaria y reinó veinte años sobre Israel. Durante el reinado de Peka, que comenzó en el quincuagésimo segundo año del reinado de Uzías en Jerusalén, Tiglat-pileser, rey de Asiria, invadió Israel y llevó cautivos a muchos de sus habitantes a Asiria. Luego Oseas mató a Peka y reinó en su lugar (2 Reyes 15:13-31).

Repaso de la lección

Parte V: El reino dividido

1. ¿Por qué le dio Dios la tribu de Judá a Roboam?

2. ¿Cuál fue el mensaje del profeta Hanani al rey Asa de Judá después de que Asa acudiera al rey de Siria en busca de ayuda?

3. ¿Cuál fue el mensaje de Elías al pueblo de Israel en el monte Carmelo cuando desafió a los profetas de Baal?

4. ¿Cómo respondió el profeta Jahaziel a Josafat cuando Moab atacó a Judá con un gran ejército?

5. Después de que Jehú fuera ungido rey de Israel, ¿qué hizo con la casa de Acab?

6. Después de diez años de reinado pacífico, el rey Asa de Judá fue atacado por los etíopes. ¿Qué le clamó Asa al Señor?

7. Cuando el rey Asa regresó de la batalla contra los etíopes, ¿con qué mensaje del Señor lo recibió el profeta Azarías?

8. ¿Cuántos reyes de las tribus del norte de Israel sirvieron al Señor durante sus reinados?

PARTE VI:

LA DISPERSIÓN Y EL REGRESO

LA CAÍDA DEL REINO DE ISRAEL

Oseas reinó nueve años en Samaria y siguió los caminos idólatras de los reyes de Israel. Durante este tiempo, Salmanasar, rey de Asiria, atacó a Israel, y Oseas se convirtió en su vasallo y le pagaba tributo anualmente. Entonces Salmanasar se enteró de que Oseas había enviado mensajeros al rey de Egipto en busca de ayuda. Regresó, conquistó Israel, llevó al pueblo a la tierra de Asiria y asentó a algunos de ellos en las ciudades de los medos (2 Reyes 17:1-6).

Dios había sido muy misericordioso y paciente con Israel. Los había castigado por sus pecados y luego, con misericordia, los había ayudado muchas veces. Les concedió los maravillosos ministerios y testimonios de Elías y Eliseo. Pero nunca se apartaron de los pecados de Jeroboam, quien los había llevado a la idolatría (2 Reyes 17:7-23).

El rey de Asiria, que en ese entonces gobernaba la mayor parte de los países orientales, repobló la tierra de Israel con gente de Babilonia y de otros lugares. Cuando los colonos extranjeros comenzaron a tener problemas en la tierra de Samaria, se quejaron al rey de Asiria de que no conocían las costumbres del dios de Samaria. Por lo tanto, ordenó que se enviara un sacerdote para que les enseñara la religión de los israelitas. La religión de las diez tribus se había convertido en una mezcla de idolatría que intentaban imitar la adoración de Jehová. Parece evidente que algunos israelitas se quedaron en su tierra o fueron enviados de regreso con los sacerdotes. Se casaron con miembros de estas otras tribus y así se convirtieron en una raza mixta con una religión mixta. Este fue el origen del pueblo que llegó a ser llamado samaritano (2 Reyes 17:24-41).

LOS REYES DE JUDÁ

Después de que Amasías fuera asesinado, todo el pueblo de Judá nombró rey a su hijo Uzías, de dieciséis años. Reinó cincuenta y dos años en Judá. Su reinado comenzó aproximadamente ochenta y tres años antes del cautiverio asirio de las diez tribus de Israel, alrededor del año 721 a. C.

En su juventud, Uzías tuvo la fortuna de estar bajo la influencia de Zacarías, quien tenía entendimiento de las visiones de Dios. Buscó a Dios en los días de Zacarías, y

mientras buscó al Señor, prosperó (2 Crónicas 26:5). Fue victorioso en la guerra contra los filisteos y otras tribus vecinas. Se hizo famoso y poderoso.

“Pero cuando se hizo fuerte, su corazón se envaneció para su propia destrucción; porque transgredió contra el Señor su Dios, y entró en el templo del Señor para quemar incienso sobre el altar del incienso” (2 Crónicas 26:16). Azarías, el sacerdote, junto con otros sacerdotes, entró en el Templo tras Uzías y se le opuso cuando intentaba quemar incienso, algo que solo los sacerdotes tenían permitido hacer.

Uzías, enfurecido, se resistió a los sacerdotes, y el Señor lo hirió con lepra. Cuando la lepra apareció en su frente, Uzías salió apresuradamente del Templo antes de que los sacerdotes pudieran expulsarlo. Durante el resto de su vida, tuvo que vivir en una casa aparte como leproso. Su hijo Jotam estaba a cargo de la casa del Señor y era juez del pueblo de Judá. Cuando Uzías murió, Jotam reinó como rey (2 Crónicas 26:17-23).

Isaías fue profeta de Dios en Judá durante los reinados de Uzías, Jotam, Acáz y Ezequías (Isaías 1:1). Fue en el año de la muerte de Uzías cuando Isaías fue humillado ante el Señor por una poderosa visión. Y cuando el Señor lo tocó con su Espíritu, se ofreció voluntariamente al servicio del Señor (Isaías 6:1-8).

Jotam tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar y reinó sobre Judá dieciséis años. Fue un rey muy bueno e hizo mucho por el pueblo y la tierra de Judá. Se hizo poderoso porque preparó sus caminos ante el Señor (2 Crónicas 27:6). Sin embargo, muchos seguían quemando incienso en los lugares altos y actuaban con perversidad. Antes de su muerte, tanto Siria como Israel comenzaron a hostigar a Judá. Cuando Jotam murió, su hijo Acáz reinó en su lugar (2 Reyes 15:32-38; 2 Crónicas 27:1-9).

Acáz comenzó su reinado sobre Judá a los veinte años y reinó dieciséis años. Siguió los caminos idólatras de los reyes de Israel, practicando todas las abominaciones de los paganos. Incluso hizo imágenes fundidas de Baal.

El Señor permitió que los sirios derrotaran a las fuerzas de Acáz y se llevaran a un gran número de personas a Damasco. El Señor también permitió que el ejército de Peká, rey de Israel, derrotara a Acáz. Se llevaron doscientas mil personas y mucho botín de Judá. Sin embargo, el profeta Oded reprendió al pueblo de Israel y devolvieron todo lo que se habían llevado. Los edomitas y los filisteos invadieron Judá y causaron muchos problemas. Acáz pidió ayuda a Asiria. Tiglat-pileser aceptó su tributo, pero no lo ayudó. Acáz hizo pedazos los vasos sagrados del Templo y cerró las puertas de la casa de Dios. Murió sin honor y su hijo Ezequías reinó sobre Judá (2 Crónicas 28:1-27).

Ezequías tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar y reinó veintinueve años en Jerusalén. Ascendió al trono de Judá en quizás su momento de mayor decadencia

espiritual, pero caminó en la fe y en los caminos de David y condujo al pueblo de regreso a Dios.

En el primer año de su reinado, abrió las puertas de la casa de Dios y las reparó. Ordenó a los levitas que se santificaran y se prepararan para reanudar los servicios del Señor. Los sacerdotes purificaron el Templo desde el muro interior hasta la puerta y llevaron los desechos al arroyo Cedrón.

Una vez hecho esto, Ezequías reunió a todos los gobernantes de la ciudad en la casa del Señor para un gran sacrificio al Señor. Mientras se ofrecía el holocausto, los levitas cantaban y tocaban las canciones de David y Asaf, y los sacerdotes tocaban sus trompetas, tal como David había dirigido el servicio del Señor en su tiempo. Entonces todo el pueblo se inclinó y adoró al Señor. Y Ezequías se regocijó de que el Señor hubiera preparado al pueblo para adorarlo y servirle (2 Crónicas 29:1-36).

Las diez tribus de Israel fueron llevadas a Asiria unos cinco años después de que Ezequías se convirtiera en rey de Judá. Pero antes de que esto sucediera, Ezequías comenzó a preparar una gran fiesta de la Pascua, que no se había celebrado en Jerusalén durante mucho tiempo. La celebraron en el segundo mes del año, ya que no hubo tiempo para que los sacerdotes se santificaran en el primer mes. También enviaron mensajeros por todo Israel, invitando a todos los que quisieran a venir a Jerusalén para la Pascua. Muchos se burlaron y se negaron, pero muchos más vinieron y una gran congregación se reunió en Jerusalén para la Pascua. Se celebró de la misma manera que Dios había ordenado a través de Moisés, y fue la mayor fiesta de la Pascua desde los días de Salomón (2 Crónicas 30:1-27).

Luego, Ezequías envió gente por toda la tierra para destruir todas las imágenes, los bosques sagrados y los lugares de culto idólatrico. Restauró todos los servicios del Templo y ordenó al pueblo que trajera sus diezmos y ofrendas para el sustento de los sacerdotes y levitas. El pueblo trajo las primicias de sus cosechas y sus diezmos en abundancia, y el excedente se almacenó en habitaciones del Templo. Y todo lo que Ezequías hizo al servicio del Señor, lo hizo de todo corazón, y prosperó (2 Crónicas 31:21). Sin duda, estas lecciones sobre los reyes de Israel y de Judá deberían hacernos reflexionar sobre la gran responsabilidad de los líderes y ministros del pueblo de Dios. Los reyes malvados alejaron al pueblo del Señor, pero los reyes justos los guiaron de regreso a Él.

Judá estaba preparada espiritualmente para la invasión de Senaquerib, rey de Asiria, quien había sitiado las ciudades fortificadas de Judá. Ezequías aconsejó a los príncipes y a los hombres principales que desviarán las aguas de las fuentes y arroyos que fluían fuera de las ciudades, para que los asirios no encontraran agua en esos lugares. Después de hacer todo lo posible para fortificarse contra este enemigo, Ezequías reunió a todos los capitanes en la puerta de Jerusalén para animarlos con estas palabras: «Sed

fuertes y valientes; no temáis ni os acobardéis ante el rey de Asiria ni ante toda la multitud que lo acompaña, porque hay más con nosotros que con él. Con él está un brazo de carne, pero con nosotros está el Señor nuestro Dios para ayudarnos y para pelear nuestras batallas. Y el pueblo confió en las palabras de Ezequías, rey de Judá» (2 Crónicas 32:7-8).

Senaquerib amenazó, insultó y ridiculizó a Ezequías y a Judá por confiar en el Señor, y blasfemó contra Él. Pero el Señor calmó el espíritu de Ezequías mediante un mensaje enviado por el profeta Isaías. Isaías le dijo que el Señor enviaría un soplo y haría que Senaquerib oyera un rumor, de modo que regresaría a su propia tierra, donde sería asesinado por sus propios hijos (2 Reyes 19:6-7). Le sucedió a Senaquerib y a su ejército tal como el Señor le había dicho a Isaías (2 Reyes 19:35-37; 2 Crónicas 32:20-21).

Ezequías enfermó de muerte e Isaías le dijo que pusiera en orden su casa, pues moriría. La respuesta de Ezequías a este mensaje fue volverse hacia la pared y orar. Entonces el Señor envió a Isaías de regreso con el mensaje de que Dios había escuchado su oración y le añadiría quince años a su vida (2 Reyes 20:1-11).

Ezequías cometió un error en sus últimos días. El rey de Babilonia, que se había enterado de su enfermedad, le envió cartas y un presente a Ezequías por medio de sus emisarios. Este gesto amistoso influyó en Ezequías para que abriera su casa y les mostrara a los hombres todas sus riquezas y objetos de valor. Entonces el Señor envió a Isaías para decirle que había actuado insensatamente. Le dijo que llegaría el tiempo en que todas las riquezas que él y todos los reyes anteriores habían acumulado, así como las del pueblo, serían llevadas a Babilonia (2 Reyes 20:12-18; 2 Crónicas 32:31).

Cuando Ezequías murió, lo sepultaron en el mejor sepulcro de los hijos de David. Y todos los habitantes de Jerusalén y de Judá lo honraron en su muerte. Su hijo Manasés reinó en su lugar.

Manasés comenzó su reinado a la edad de doce años y reinó en Jerusalén cincuenta y cinco años. Fue muy malvado y deshizo la mayor parte del bien que Ezequías había hecho en Judá. Sus malas acciones están registradas en 2 Crónicas 33:1-10 y en 2 Reyes 21:1-16. El Señor permitió que los asirios atacaran Jerusalén. Apresaron a Manasés y lo llevaron a Babilonia. En medio de su aflicción, se humilló y buscó al Señor. Dios tuvo misericordia de él y lo trajo de regreso a Jerusalén para que continuara su reinado, donde intentó reparar algunos de los males que había cometido contra el pueblo de Judá (2 Crónicas 33:11-20).

Manasés murió y su hijo Amón, de veintidós años, reinó dos años en Jerusalén. Fue aún más perverso que su padre. Sus propios siervos lo asesinaron en su casa. El pueblo de Judá mató entonces a los siervos que habían conspirado para matar a Amón. Luego proclamaron rey de Judá a su hijo Josías (2 Crónicas 33:21-25).

Josías comenzó su reinado a la edad de ocho años y reinó treinta y un años en Jerusalén. Siendo aún joven, buscó al Señor. Y cuando tenía doce años, comenzó a purificar Jerusalén y Judá de la idolatría. El Templo se había convertido en un lugar de ídolos. En el decimoctavo año de su reinado, designó a hombres para que comenzaran la reparación de la casa de Dios.

Durante la reparación del Templo, Hilcías, el sacerdote, encontró el libro de la ley de Moisés. Se lo entregó a Safán, el escriba, quien se lo leyó a Josías. Josías se angustió mucho al darse cuenta de cuánto había pecado el pueblo de Judá contra la palabra del Señor. Envío a Hilcías y a otros a Hulda, la profetisa, para consultar al Señor. El mensaje del Señor a Josías fue que traería grandes calamidades sobre Jerusalén y sobre todo el pueblo de Judá, pero que esto no sucedería durante su vida (2 Crónicas 34:1-33). Entonces Josías preparó y celebró la Pascua más grande que se había celebrado desde los días de Samuel (2 Crónicas 35:1-19).

El rey de Egipto llegó a la región. Josías salió a su encuentro, fue herido en la batalla y murió. Hubo gran luto entre todo el pueblo de Judá por Josías. Jeremías, que había comenzado a profetizar en el decimotercer año de su reinado, lo lamentó (2 Crónicas 35:20-27).

Entonces el pueblo de Judá hizo rey a Joacaz, hijo de Josías. Reinó solo tres meses cuando el rey de Egipto sometió a Judá a tributo. El faraón destronó a Joacaz, hizo rey a su hermano Eliaquim y cambió el nombre de Eliaquim a Joacim. Joacaz fue llevado a Egipto.

Joacim reinó once años en Jerusalén. Fue malvado y causó mucho mal a Judá. Más tarde, Nabucodonosor, habiendo obtenido el poder sobre la mayor parte del territorio que antes pertenecía a Asiria y Egipto, subyugó a Judá. Apresó a Joacim y lo habría llevado a Babilonia. Pero como Joacim impuso tributos al pueblo para pagar el tributo a Nabucodonosor, permaneció en Judá (2 Reyes 23:31-37; 24:1-7; 2 Crónicas 36:1-8). Sin embargo, Nabucodonosor se llevó muchos tesoros del templo del Señor y a algunos de los mejores jóvenes de Judá, incluyendo a Daniel y sus tres amigos, a Babilonia (Daniel 1:1-7).

En el cuarto año del reinado de Joacim, el Señor le ordenó a Jeremías que escribiera en un rollo todos los mensajes de juicio que enviaría sobre Judá, Israel y las demás naciones por sus pecados. Luego, Jeremías debía hacer que se leyera el rollo en el templo del Señor. Jeremías dictó los mensajes a Baruc y lo envió a leerlos al pueblo. Jeremías no pudo ir él mismo, pues estaba encarcelado.

Los mensajes causaron temor entre el pueblo y algunos acudieron a Joacim para informarle al respecto. Él pidió ver el rollo. Cuando el rey escuchó lo que se leía, tomó el rollo, lo cortó con un cuchillo y lo arrojó al fuego de la chimenea hasta que se consumió. Pero pronto aprendería que no podía quemar la Palabra del Señor.

El Señor hizo que Jeremías dictara las palabras de nuevo, añadiendo las palabras de Su juicio que vendría sobre Judá y Joacim en un futuro próximo (Jeremías 36:1-32).

Cuando murió Joacim, su hijo Joaquín fue nombrado rey de Judá. Había reinado solo tres meses cuando los ejércitos de Nabucodonosor volvieron a sitiar Jerusalén. Joaquín se rindió y él, su familia y sus oficiales fueron llevados a Babilonia (II Reyes 24:8-16; II Crónicas 36:9-10). Evidentemente, Ezequiel también fue llevado a Babilonia con este grupo, aproximadamente cinco años después de que Daniel fuera llevado a Babilonia (II Reyes 24:11-16).

Nabucodonosor nombró rey de Judá a Matatías, hijo de Josías y hermano de Joacim. Le cambió el nombre por el de Sedequías (II Reyes 24:17-19; II Crónicas 36:10). Sedequías reinó once años hasta la caída de Jerusalén. Acudió en secreto a Jeremías en varias ocasiones para preguntarle por la voluntad del Señor, pero era demasiado débil para enfrentarse a los príncipes de su corte. Finalmente cedió a la presión de estos para rebelarse contra Nabucodonosor, a pesar de la advertencia de Jeremías en contra de esta acción (Jeremías 37:11-21; 38:2-28).

LA CAÍDA DE JERUSALÉN

Sedequías se rebeló en el noveno año de su reinado, e inmediatamente los ejércitos de Nabucodonosor sitiaron Jerusalén. En menos de dos años, en el undécimo año del reinado de Sedequías, Jerusalén fue tomada y destruida (2 Reyes 25:1-21; 2 Crónicas 36:11-21; Jeremías 39:1-12; 40:1-6).

Tras la caída de Jerusalén, Sedequías intentó escapar, pero fue capturado y llevado ante Nabucodonosor en Ribla. Nabucodonosor mató a los hijos de Sedequías delante de él, luego le sacó los ojos y lo llevó a Babilonia, donde murió (Jeremías 32:1-5; 39:1-7; Ezequiel 12:10-13).

Tanto Isaías como Jeremías profetizaron la caída del reino de Judá y la destrucción de Jerusalén como castigo divino por los años de pecado continuo de sus reyes y del pueblo. Ezequiel profetizó a los cautivos que ya se encontraban en Babilonia que Dios entregaría al pueblo de Judá en manos de Nabucodonosor. Ahora sus profecías se habían cumplido.

Fue un espectáculo verdaderamente triste, como se describe en los últimos capítulos de 2 Reyes, 2 Crónicas y Jeremías. Todo el oro y los tesoros fueron retirados del hermoso Templo de Salomón y este fue incendiado. Los palacios y edificios de Jerusalén fueron quemados y las murallas derribadas. Muchos de los habitantes fueron asesinados. Todos los demás fueron llevados cautivos a Babilonia, excepto un pequeño grupo de los pobres de la tierra que fueron dejados como viñadores y labradores (agricultores).

Nabucodonosor dio órdenes de que no se le hiciera daño a Jeremías. Se le concedió la libertad de ir a Babilonia o a cualquier lugar que eligiera. Él decidió quedarse con los que quedaron en la tierra de Judá. Gedalías fue nombrado gobernador de los que quedaron en la tierra, pero Ismael, un traidor, lo asesinó. Entonces, el remanente de los judíos, temiendo ser castigados por Nabucodonosor, huyó a Egipto y se llevó consigo a Jeremías (Jeremías 39:11-14; 40:2-16; 41:1-2; 43:1-7). Posteriormente, perecieron cuando Nabucodonosor invadió Egipto.

EL CAUTIVERIO BABILÓNICO

Ni el cautiverio asirio de Israel (las diez tribus), alrededor del 721 a. C., ni el cautiverio babilónico de Judá, alrededor del 586 a. C., fueron designados por Dios para ser el fin de su pueblo en la tierra. Él permitió que ambos reinos se disolvieran cuando cada uno se había entregado casi por completo a la idolatría. Pero nunca abandonó a su pueblo. Los cautiverios de Israel y Judá fueron el castigo de Dios por haberse apartado de la adoración de Jehová para caer en la idolatría con todos sus pecados concomitantes. Pero Él estuvo con ellos en el cautiverio, donde la mayoría de ellos regresaron a la fe en Jehová.

Antes del cautiverio babilónico, Dios prometió a través de Jeremías que después de setenta años los cautivos de Israel y Judá regresarían a su tierra natal (Jeremías 25:9-12; 29:10; 2 Crónicas 36:20-23). El período de setenta años probablemente comenzó cuando Nabucodonosor conquistó Jerusalén durante el reinado de Joacim y llevó a cabo la primera deportación a Babilonia. Terminó con el regreso del primer grupo de judíos, bajo el liderazgo de Zorobabel, por decreto de Ciro, rey de Persia, quien había conquistado Babilonia (2 Crónicas 36:22-23; Esdras 1:1-11; 2:1-70).

El Libro de Daniel es nuestra principal fuente de historia bíblica para este período de setenta años. Este período ha sido llamado el período misionero de Israel. Se ha dicho que hicieron más para plantar la fe en el único Dios verdadero entre las naciones paganas durante su cautiverio de lo que habían logrado hacer durante los aproximadamente novecientos años transcurridos entre su éxodo de Egipto y su cautiverio en Babilonia.

Daniel registró algunas poderosas demostraciones del poder de Dios en las vidas de algunos judíos fieles en Babilonia. El primer testimonio a Babilonia fue cuando Daniel

y sus amigos se propusieron en sus corazones no contaminarse con la comida ni el vino del rey. La dieta que Dios les proporcionó hizo que sus hijos lucieran mucho mejor que aquellos que seguían la dieta prescrita por el rey (Daniel 1:8-16). Dios les dio a Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego conocimiento y habilidad en todo tipo de aprendizaje y sabiduría, y le dio a Daniel entendimiento en todas las visiones y sueños. El rey los encontró diez veces mejores que todos sus magos y astrólogos (Daniel 1:17-20).

Nabucodonosor estaba perturbado e insomne a causa de un sueño que no recordaba. Después de que sus magos, astrólogos y hechiceros no pudieran revelar el sueño, Daniel se lo contó y le dio su interpretación. Era una revelación profética de la historia de los cuatro grandes imperios mundiales, desde el imperio babilónico de Nabucodonosor hasta el imperio romano en tiempos de Cristo (Daniel 2:1-45).

Nabucodonosor, sintiéndose engrandecido por la interpretación de Daniel, mandó hacer una estatua de oro y ordenó que cualquiera que no se postrara y la adorara al sonido de la trompeta fuera arrojado a un horno de fuego. Sadrac, Mesac y Abed-nego se negaron a adorar la estatua y fueron arrojados al horno. Cuando salieron ilesos y sin olor a fuego en sus vestiduras, Nabucodonosor confesó al Señor Dios ante todo su pueblo. Luego ascendió a Sadrac, Mesac y Abed-nego a altos cargos (Daniel 3:1-30).

Daniel interpretó otro sueño para el rey que revelaba que el Señor humillaría a Nabucodonosor quitándole la razón durante siete años. Durante esos siete años sería expulsado de su palacio y viviría como una bestia del campo. El rey comería hierba como un buey hasta que reconociera que el único y verdadero Señor Dios gobierna en los reinos de los hombres. Daniel le dijo al rey Nabucodonosor que abandonara sus pecados mediante la justicia y sus iniquidades mostrando misericordia a los pobres. Dios le dio doce meses para arrepentirse, pero él persistió en su orgullo y enloqueció.

Al final de los siete años, recuperó la cordura y reconoció y alabó al único Señor Dios de los cielos. Dijo: «Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, exalto y honro al Rey del cielo, cuyas obras son verdad y cuyos caminos son justicia; y a los que andan con soberbia, él los puede humillar» (Daniel 4:37).

Jeremías profetizó sobre Nabucodonosor: «Y todas las naciones le servirán a él, a su hijo y al hijo de su hijo, hasta que llegue el tiempo de su propia tierra; y entonces muchas naciones y grandes reyes se servirán de él» (Jeremías 27:7).

LA CAÍDA DE BABILONIA

La profecía de Jeremías se cumplió la noche en que apareció la escritura de Dios en la pared. Belsasar, nieto de Nabucodonosor, celebraba un gran banquete con mil de sus nobles. Les sirvió vino en los vasos de oro y plata que su abuelo había tomado del

Templo de Jerusalén, vasos que habían sido consagrados para el servicio del Señor. Daniel interpretó la escritura: «Dios ha contado tu reino y le ha puesto fin... Has sido pesado en la balanza y hallado falto... Tu reino ha sido dividido y dado a los medos y a los persas» (Daniel 5:26-28).

Esa misma noche, los medos y los persas, tras desviar las aguas del río Éufrates, entraron en Babilonia por el lecho seco del río, bajo las murallas. Belsasar fue asesinado y los medos y los persas tomaron su reino (Daniel 5:30-31). Existía una alianza entre medos y persas, y Babilonia fue entregada a Ciro, el persa.

Isaías profetizó la manera en que caería Babilonia y el papel de Ciro en el regreso de los judíos, unos ciento setenta y cinco años antes de su cumplimiento. Describió la caída de Babilonia y mencionó a Ciro por su nombre en Isaías 44:27-28: «El que dice al abismo: Sécate, y yo secaré tus ríos; el que dice de Ciro: Él es mi pastor, y cumplirá toda mi voluntad; diciendo también a Jerusalén: Serás reedificada; y al templo: Tus cimientos serán puestos». Ciro hizo exactamente lo que Isaías había profetizado.

Según el Comentario de Clarke sobre Daniel 5:30-31, Darío, quien tomó la ciudad de Babilonia, era supuestamente el tío materno de Ciro. Los medos y los persas eran aliados en su guerra contra Babilonia, y aparentemente Darío cedió el trono de Babilonia a Ciro. Tras la caída de Babilonia, todos los judíos quedaron bajo el dominio medo-persa. Y de nuevo Daniel adquirió gran importancia. Darío lo prefirió por encima de todos los presidentes y príncipes como el principal gobernante del reino (Daniel 6:1-3). Sus rivales tramaron un complot para que fuera arrojado al foso de los leones. Sin embargo, salió de la situación con mayores honores que antes (Daniel 6:4-24). Su experiencia se convirtió en un poderoso testimonio para el Señor (Daniel 6:25-28).

LOS JUDÍOS REGRESAN A SU PATRIA

Habían pasado unos setenta años desde que Nabucodonosor conquistó Judá, y unos cincuenta años desde la destrucción de Jerusalén y el Templo. Es evidente que Ciro conoció las profecías de Isaías (Isaías 44:27-28; 45:1-4) y Jeremías (Jeremías 25:9-12; 29:10), y que llegó a creer en el Dios de Daniel, el Señor Jehová: «Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor, Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra; y me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, que está en Judá» (Esdras 1:2).

El decreto de Ciro para que los judíos regresaran a Judá a reconstruir su Templo y su país parece haber sido una de las primeras acciones de su reinado (Esdras 1:1-4). No solo promulgó el decreto por escrito y lo envió por todo su reino, sino que animó a los judíos a regresar y los ayudó en todo lo posible. Sacó todos los utensilios que Nabucodonosor había tomado del Templo de Jerusalén y se los entregó a los judíos que regresaban (Esdras 1:7-11). No todos los judíos regresaron a su tierra natal, pero un

numeroso grupo regresó inicialmente bajo el liderazgo de Zorobabel, quien era de linaje real (Esdras 1:5, 6; 2:1-70).

Durante los primeros siete meses en Judá, el pueblo se estableció en sus ciudades. Luego, Zorobabel, el gobernador, y Josué, el sumo sacerdote, reunieron a todo el pueblo en Jerusalén, construyeron el altar del Señor y comenzaron a ofrecerle holocaustos. Celebraron la Fiesta de los Tabernáculos y se prepararon para la construcción del Templo (Esdras 3:1-7).

En el segundo año de su regreso, colocaron los cimientos del Templo. Luego, los sacerdotes se vistieron con sus vestiduras y los levitas con címbalos para cantar y alabar al Señor. Tuvieron un gran servicio de adoración y alabanza al Señor.

Sin embargo, muchos de los ancianos que habían estado en Jerusalén antes de la destrucción del hermoso Templo de Salomón lloraron amargamente porque sabían que no podrían construir otro Templo que igualara su antiguo lugar de culto. Ahora eran solo una fracción de su número anterior y eran un pueblo sometido. Sus lamentos se mezclaron con los gritos de la generación más joven, que estaba feliz con la esperanza de tener un lugar donde pudieran encontrarse con Dios (Esdras 3:8-13).

Los samaritanos, que descendían de las personas que Senaquerib había enviado a la tierra desde Asiria después del cautiverio de Israel, comenzaron una campaña para obstaculizar la construcción del Templo. Primero intentaron llegar a un acuerdo ofreciéndose a construir con ellos. Pero Zorobabel no quiso tener ninguna relación con estos samaritanos, aunque algunos pudieran tener ascendencia judía. Al no poder unirse a los judíos, intentaron desanimarlos de todas las maneras posibles. Finalmente, cuando Ciro ya no reinaba, lograron obtener una orden para detener la construcción durante el reinado de Artajerjes. Los judíos dejaron de construir hasta el segundo año del reinado de Darío (Esdras 4:1-24), lo que parece haber sido unos catorce años después.

Durante estos años, los judíos comenzaron a construir y embellecer sus propias casas, y se volvieron indiferentes a la construcción del Templo (Hageo 1:2). Darío era ahora rey del Imperio Medo-Persa, pero no habían intentado averiguar si les permitiría reanudar la construcción del Templo. Debido a su falta de celo por la casa del Señor, el Señor les envió adversidades. Se empobrecieron y carecían de alimentos y ropa para satisfacer sus necesidades. El Señor envió al profeta Hageo para mostrarles la razón de su pobreza (Hageo 1:1-6).

Los esfuerzos de Hageo y Zacarías tuvieron mucho éxito. Zorobabel y el sacerdote Josué animaron al pueblo, y este comenzó a construir con gran entusiasmo (Hageo 1:7-15).

Una vez más, sus enemigos intentaron detener la construcción. Cuando enviaron una carta a Darío (Esdras 5:1-17), el rey revisó minuciosamente los archivos y encontró el decreto que Ciro había emitido. Envío un mensaje a Tatnai ordenándole que dejara en paz la obra de los judíos. También les ordenó que les proporcionaran a los judíos todo lo necesario para continuar con la construcción del Templo y su adoración a Jehová. Así, el pueblo de Israel prosperó y el Templo se terminó cuatro años después, en el sexto año del reinado de Darío (Esdras 6:1-15).

En la dedicación del Templo, los judíos ofrecieron doce cabras, una por cada tribu, como ofrenda por el pecado de todo Israel, además de sus otros sacrificios (Esdras 6:17). Nunca hubo división entre Israel y Judá después de su regreso del cautiverio. Los asirios, que habían llevado cautivas a las diez tribus, controlaban el mismo territorio que Babilonia gobernaba cuando Nabucodonosor conquistó Judá. Durante el cautiverio, todos se encontraban en el mismo país. Parece que algunos miembros de todas las tribus regresaron a la tierra de Israel en los diversos grupos que regresaron periódicamente (Esdras 6:16-22).

Los habitantes del reino del sur llegaron a ser llamados judíos, por el nombre de Judá. Sin embargo, todas las tribus conservaron registros de sus genealogías e identidades hasta después del nacimiento de Cristo. Era muy importante que los registros mostraran claramente que Jesús era el hijo prometido de David. Sin embargo, después de la resurrección de Cristo y el establecimiento de la iglesia primitiva, las tribus se fusionaron gradualmente en una sola raza. Todos siguen entre nosotros y se les llama judíos o israelitas.

Unos sesenta y ocho años después de que Zorobabel dirigiera al primer grupo de judíos a Jerusalén, el rey persa Artajerjes autorizó a Esdras, un escriba de ascendencia sacerdotal, a dirigir otro grupo de regreso a Jerusalén. (Este no era el mismo Artajerjes mencionado en Esdras 4:11). Esdras reunió a unos dos mil de los principales hombres de Israel, entre los que se encontraban muchos sacerdotes y levitas, para que lo acompañaran de regreso a Jerusalén: «Porque Esdras había dispuesto su corazón para buscar la ley del Señor, y para cumplirla, y para enseñar en Israel estatutos y decretos» (Esdras 7:10). Esdras se propuso en su corazón practicar primero las leyes de Dios y luego enseñarlas al pueblo de Israel.

Artajerjes le entregó a Esdras una carta en la que declaraba su plena autorización y apoyo para este viaje. Esto nos habla de la buena reputación que algunos israelitas se habían ganado durante el cautiverio. El rey instó a todos los que quisieran a ofrecer plata, oro y todo lo necesario para el culto al Señor en su casa en Jerusalén. Él mismo contribuyó a este fondo y envió instrucciones a sus gobernadores en la tierra de Israel para que ayudaran a los judíos en todo lo que necesitaran (Esdras 7:11-26). Esdras expresó su gratitud al Señor por esta gran bendición (Esdras 7:27-28).

Esdras reunió a su grupo junto al río Ahava y proclamó un ayuno antes de comenzar su viaje de cuatro meses (Esdras 8:1-20). Sabía que el viaje podía ser peligroso si no contaban con la protección del Señor, ya que solía haber ladrones en el camino. No quiso pedirle al rey una escolta militar para que los protegiera durante el viaje, porque le había asegurado que el Señor cuidaría de su pueblo.

Y el Señor los cuidó de una manera maravillosa. Esdras escogió a doce de los sacerdotes principales y les confió toda la plata, el oro y los objetos de valor que les habían sido entregados como ofrendas voluntarias. Se pesó todo y se registró la cantidad entregada a los sacerdotes para su custodia. Al llegar a Jerusalén, se volvió a pesar y se comprobó que la cantidad completa estaba intacta (Esdras 8:21-36).

El Señor conocía la gran necesidad en Jerusalén cuando impulsó a Esdras a regresar para enseñar al pueblo la Palabra del Señor. Los judíos se estaban desviando rápidamente de nuevo hacia las costumbres de los paganos que los rodeaban y se estaban casando con ellos. Esdras se sintió abrumado por el dolor al enterarse de la triste situación. Se recuperó, comenzó a interceder por el pueblo y a confesar sus pecados (Esdras 9:1-15).

Mientras Esdras yacía postrado ante la casa de Dios, orando, llorando y confesando, una gran multitud de hombres, mujeres y niños se reunió a su alrededor y lloró. Querían apartarse de sus pecados y hacer nuevamente un pacto con Dios. Un gran número de personas y algunos sacerdotes se habían casado con paganos, pero ahora repudiaron a sus esposas paganas y a los hijos de estas y se volvieron al Señor (Esdras 10:1-44).

Unos catorce años después del regreso de Esdras a Jerusalén, en el vigésimo año del reinado de Artajerjes, el Señor inspiró a otro judío en la tierra del cautiverio. Nehemías era el copero del rey, un cargo de honor, ya que se le había confiado este servicio personal al rey. Su hermano, junto con algunos amigos, llegó a Persia desde Jerusalén y le contó sobre la situación en Jerusalén: el pueblo estaba en gran aflicción y oprobio, y las murallas de la ciudad aún estaban derribadas. Nunca se habían reconstruido desde que fueron destruidas por el ejército de Nabucodonosor. Nehemías se entristeció por este informe. Lloró, ayunó y oró durante varios días ante el Señor. Recibió una carga, y sin duda un llamado, del Señor para regresar a Jerusalén y ayudar a la gente de allí (Nehemías 1:1-11).

La siguiente vez que Nehemías se presentó ante el rey con su copa de vino, probablemente lo hizo con una oración en su corazón para que Dios obrara en el asunto de su deseo de ir a Jerusalén. El rey notó la tristeza en el rostro de su copero. Entonces le contó al rey la situación de su patria y de la ciudad de Jerusalén. Le pidió al rey que lo

enviara a Jerusalén para reconstruir las murallas y otros edificios. Le pidió al rey cartas dirigidas a las autoridades del país para que le permitieran el paso y le proporcionaran los materiales que necesitaría para la construcción.

El rey concedió todas sus peticiones. También le dio capitanes y un ejército de jinetes para asegurar su paso seguro por el país. Pero Sanbalat, el horonita, y Tobías, el amonita, se disgustaron mucho de que se hubiera enviado a alguien para velar por el bienestar de los judíos (Nehemías 2:1-10).

Después de que Nehemías estuvo en Jerusalén tres días, salió de noche para ver las ruinas de lo que había sido la muralla que rodeaba Jerusalén. Debido a la gran cantidad de escombros, no pudo pasar por algunos lugares con el animal que montaba. Todavía no le había contado a nadie sobre su misión en Jerusalén ni sobre la autoridad que le había otorgado el rey Artajerjes. Después de su noche de investigación, les contó a los gobernantes y al pueblo sobre su propósito y sobre la concesión del rey para que viniera a reconstruir.

Entonces el pueblo dijo: «Levantémonos y construyamos». Así que se animaron para esta buena obra (Nehemías 2:18). Sanbalat y Tobías intentaron desde el principio obstaculizar la construcción, pero el Señor prosperó a los judíos (Nehemías 2:10-20).

La reconstrucción de la muralla de Jerusalén fue una obra maestra de organización. Nehemías dividió el proyecto en cuarenta secciones y organizó un grupo diferente para construir cada sección. Y las cuarenta secciones se construyeron simultáneamente. Los sacerdotes construyeron la puerta de las ovejas, y la cuadragésima sección llegaba hasta la puerta de las ovejas. Sanbalat y Tobías se opusieron a ellos por todos los medios a su alcance, pero a pesar de sus esfuerzos, la muralla se terminó en cincuenta y dos días (Nehemías 3:1-32; 4:1-23; 5:1-19; 6:1-19).

Cuando Artajerjes envió a Nehemías a Jerusalén, lo nombró gobernador de los judíos en Judá (Nehemías 5:14). Y Nehemías nombró a su hermano Hanani y a Hananías para que supervisaran la apertura y el cierre de las puertas de Jerusalén, para que estuvieran a salvo de cualquier ataque externo (Nehemías 7:1-4). Luego se dedicó a los registros genealógicos del pueblo. Encontró el registro de todos los que habían llegado a Jerusalén con Zorobabel, que se encuentra en Nehemías 7:6-67.

En el séptimo mes, el pueblo llegó desde sus hogares en la provincia a Jerusalén para escuchar la Palabra del Señor. Se reunieron en la calle, frente a la Puerta del Agua (la puerta que conducía del Templo al arroyo Cedrón), y llamaron a Esdras para que les leyera el libro de la ley de Moisés. Esdras se colocó sobre una plataforma que se había preparado para él, leyó la Palabra del Señor y explicó su significado al pueblo. Leyó desde la mañana hasta el mediodía, y el pueblo lloró al escuchar la palabra de la ley. Entonces

Nehemías, el gobernador, y Esdras, el sacerdote, les dijeron que comieran, bebieran y se alegraran, porque ese día era santo para el Señor.

Al día siguiente, Esdras les leyó que Moisés había ordenado al pueblo que habitara en cabañas durante la fiesta del séptimo mes (la Fiesta de los Tabernáculos). Entonces todo el pueblo construyó sus cabañas. Y se les leyó la Ley todos los días durante siete días. La fiesta concluyó al octavo día con una asamblea solemne (Nehemías 8:1-18).

Como resultado de escuchar la Palabra de Dios, el pueblo se arrepintió, confesó sus pecados y se separó de los extranjeros (gentiles). Firmaron un pacto para servir al Señor y guardar Sus mandamientos (Nehemías 9:1-38; 10:1-39). Procuraron restablecer todos los servicios del Templo. El pueblo perseveró en la fidelidad durante el gobierno de Nehemías (Nehemías 12:44-47).

Nehemías había recibido permiso de Artajerjes para ir a Jerusalén por doce años, tras lo cual regresó a Babilonia por un tiempo. Durante su ausencia de Jerusalén, Elisib, el sacerdote que estaba a cargo de las cámaras del Templo, se alió con Tobías y lo introdujo en una de ellas. Cuando Nehemías regresó a Jerusalén y encontró esta situación, expulsó a Tobías con todas sus pertenencias. Limpiaron las cámaras y las volvieron a usar para los utensilios de la casa del Señor y para las ofrendas (Nehemías 13:1-6). Nehemías trabajó con celo para erradicar todo pecado entre el pueblo de Israel y para afianzarlos en el temor y la adoración de Jehová (Nehemías 13:7-31).

EL LIBRO DE ESTER

El primer versículo de este libro quizás proporciona la base más sólida para determinar su contexto histórico. La historia de Ester tuvo lugar durante el reinado de Asuero, quien, en algún momento del Imperio Persa, gobernó sobre ciento veintisiete provincias que se extendían desde la India hasta Etiopía. Dado que los israelitas cautivos permanecieron bajo el dominio persa desde que el Imperio Medo-Persa conquistó Babilonia en el 536 a. C. hasta que fue derrotado por Alejandro Magno en el 330 a. C., la historia narrada en este libro se desarrolló durante ese período.

Aunque el nombre de Dios no se menciona en la historia de Ester, es un hermoso ejemplo de cómo Dios cuidó de su pueblo, ya fuera en Egipto, en el desierto, en su tierra natal de Canaán o en el cautiverio, tal como lo hace hoy. Podemos estar seguros de que nuestro Señor nunca pierde de vista a ninguno de sus hijos. Él utiliza las circunstancias de cada vida para manifestar su tierno amor y cuidado por cada persona. Él obra a través de esas circunstancias para el bien de todos los involucrados. «Porque los ojos del Señor recorren toda la tierra para mostrar su poder a favor de los que tienen un corazón íntegro para con él» (2 Crónicas 16:9).

Muchos de los israelitas que fueron llevados cautivos por Asiria y Babilonia nunca regresaron a la tierra de Israel. En tiempos de Cristo, se les llamaba «los judíos de la diáspora», pero continuaban regresando a Jerusalén para sus fiestas anuales. Muchos se encontraban en Jerusalén el Día de Pentecostés cuando se derramó el Espíritu Santo (Hechos 2:7-11). Desde el tiempo de su cautiverio y dispersión entre las naciones, el pueblo de Israel hizo muchos prosélitos a la religión judía y a la fe de Jehová (Ester 8:17). En tiempos del Nuevo Testamento, muchos de ellos aceptaron al Señor Jesucristo y formaron parte de la iglesia del Nuevo Testamento.

LOS ÚLTIMOS LIBROS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Ya hemos mencionado el ministerio de Hageo y Zacarías entre los judíos en Jerusalén bajo el liderazgo de Zorobabel. Estos dos profetas animaron a los judíos a reanudar la construcción del Templo en Jerusalén después de que la hubieran abandonado durante catorce años. Hageo les mostró que su indiferencia hacia el Templo era la razón por la que el Señor les había dejado con escasos recursos y poco fruto de su trabajo. Zacarías los animó con visiones del glorioso futuro del pueblo de Dios. Estos profetas, junto con Esdras y Nehemías, lograron un avivamiento muy necesario entre los judíos, pero después de unos treinta y cinco años, los judíos en Jerusalén volvieron a necesitar urgentemente un avivamiento.

Nehemías fue el último libro de la historia del Antiguo Testamento, y Malaquías fue el último libro de la profecía del Antiguo Testamento. Alrededor del año 400 a. C., el Señor envió al profeta Malaquías para dar a los judíos en Jerusalén su último mensaje hasta la llegada del precursor de Cristo. Malaquías describió al pueblo como religiosamente devoto en apariencia, pero indiferente e insincero en su interior. Su culto se había convertido en una formalidad vacía, practicada por un sacerdocio corrupto. Se habían alejado del avivamiento provocado por Nehemías, Esdras, Hageo y Zacarías, y ahora eran fríos y endurecidos ante las leyes de Dios.

Malaquías les dijo a los judíos que no habían honrado a Dios como su Padre y Señor. Sus sacerdotes lo deshonraban ofreciendo pan contaminado y sacrificios defectuosos. Servían solo por recompensa. Deshonraban el nombre del Señor ante los gentiles y atraían la maldición de Dios sobre sí mismos por sus pecados.

Malaquías, como todos los demás profetas, solo podía prometer a Israel la salvación mediante la venida de Cristo. Pero reveló que la venida del Mesías prometido no cumpliría sus expectativas de restauración y gloria nacional. Más bien, su santa presencia condenaría su injusticia e hipocresía. Jesús cumplió esta profecía en su enfrentamiento con los escribas y fariseos (Mateo 23:1-33). Malaquías concluyó su profecía, que fue el último mensaje que Dios dirigiría a su pueblo durante los siguientes

cuatrocientos años, con la promesa de la venida del Mesías, precedida por su precursor (Malaquías 4:1-6).

Repaso de la lección

Parte VI: La Dispersión y el Retorno

1. ¿Quién fue el profeta de Dios en Judá durante los reinados de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías?

2. Ezequías guió al pueblo de Judá de regreso a Dios, pero cometió un error en sus últimos días. ¿Cuál fue?

3. ¿Qué hizo el rey Josías en el decimoctavo año de su reinado sobre Judá?

4. ¿Qué hizo el rey Joacim con el rollo de los mensajes de juicio de Dios que Jeremías escribió?

5. Tras la caída de Jerusalén, ¿qué le sucedió al rey Sedequías después de intentar escapar?

6. ¿Qué dijo Nabucodonosor al final de sus siete años de locura?

7. ¿Cómo reaccionó el pueblo de Jerusalén ante Nehemías cuando les contó su preocupación y que el rey había accedido a su petición de ir a reconstruir la ciudad?

8. A pesar de la oposición de Sanbalat y Tobías, ¿cuánto tiempo duró la reconstrucción de la muralla de Jerusalén?

9. ¿Cómo se llamaban los judíos en tiempos de Cristo que fueron llevados cautivos por Asiria y Babilonia, pero que nunca regresaron a la tierra de Israel?

10. ¿Cómo concluyó el profeta Malaquías su profecía, que fue el último mensaje que Dios le comunicaría a su pueblo durante los siguientes cuatrocientos años?
